



La verdadera tierra
Erskine Caldwell

Traducción de Juan Carlos Onetti



*“Leer a Erskine Caldwell deja huellas
difíciles de borrar” Gabriel García Márquez*

Lectulandia

Con su directo y vigoroso estilo literario, Erskine Caldwell narra en esta novela el adverso destino de la familia Crockett. Desde la muerte de Alice, sus cinco hijos, el viudo, Chism, y el abuelo, blancos pobres del sur, malviven en un pequeño pueblo. Todos echan de menos a la madre, que con bondad y energía mantenía la unidad dentro del hogar y sabía dar certeros consejos a sus hijos. Pero, sin ella, no les van bien las cosas. Solo dos trabajan y aportan algún dinero: Ross, joven abogado, que no vive con ellos, y Vickie, camarera en un café. El padre solo piensa en ir a cazar zarigüeyas con sus perros, y el abuelo, el más sensato, es demasiado viejo para trabajar. Dorisse, casada con un hombre guapo y jugador que la maltrata, y los dos pequeños, Jane y Jarvis, completan la familia. En este mundo desesperanzado, la historia se centra en Chism, ocioso y deshonesto, y en sus tres hermosas hijas que sufrirán violencia y humillaciones hasta derivar en una tragedia. Pero de esta, como catarsis depuradora, surgirá la posibilidad de regeneración.

Lectulandia

Erskine Caldwell

La verdadera tierra

ePub r1.0

Titivillus 05.01.16

Título original: *This very earth*
Erskine Caldwell, 1948
Traducción: Juan Carlos Onetti

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO I

El sol bajaba, y se sentía en el aire el frío del final de octubre. Liz, Rocky y Margie, los tres sabuesos de piel manchada de marrón y blanco, estaban tendidos en el rincón del porche. Margie, cuyas largas y aterciopeladas orejas colgaban sobre las mandíbulas, fue la primera en alzar la cabeza y husmear con curiosidad. Al mismo tiempo, la delgada cola de Rocky empezó a golpear el piso de madera. Chism Crockett lanzó un puñado de bizcochos hacia el patio trasero y se produjo una precipitada rebatiña cuando los tres moteados cazadores de zarigüeyas saltaron por encima de la baranda. Chism tomó asiento sobre los escalones y contempló pensativamente a los perros hambrientos que devoraban su comida. Cuando la última migaja fue lamida del patio arenoso, los animales se apoyaron sobre las ancas y comenzaron a rascarse furiosamente. Luego, satisfechos, se incorporaron, se sacudieron y vagaron con lentitud por el patio, bostezando y estirando las patas traseras mientras husmeaban con expectación los olores familiares.

—Si no trato de hacer correr un poco más a estos perros —se dijo Chism en voz alta— terminarán siendo los mejores comedores de bizcochos y los más despreciables sabuesos de la región.

Permaneció sentado, contemplando largamente las casas de techo bajo extendidas en el sector sudoeste de la ciudad; luego, gradualmente, percibió un olor particular que había estado pasando por alto durante todo el verano. Echó la cabeza hacia atrás, con las ventanas de la nariz dilatadas, y aspiró hondamente el aire de octubre. El agradable y picante aroma del humo de leña, bocanadas donde entremezclábanse el pino verde con el seco roble rojo, constituían la señal que había estado esperando desde la primavera. Ahora que habían pasado los calores del verano y hacía frío suficiente para encender la chimenea por la noche, podría al fin volver a cazar.

Se agachó laboriosamente, deshizo los lazos de los cordones de sus zapatos y volvió a atarlos con recios nudos, como lo hacía siempre que se aprestaba para vagar de noche por los bosques y la campiña.

—En una noche otoñal como esta los perros deberán correr muy bien —se dijo, cabeceando. Se irguió y echó una mirada al cielo oscurecido. No había nubes en la altura y el aire era fresco y cortante.

—También esas malditas zarigüeyas deben correr bien esta noche.

Terminó de liar un cigarrillo, lo encendió en seguida y se puso a caminar alrededor de la casa, en dirección al patio delantero. Ya estaba casi oscuro, pero Jarvis continuaba jugando a la pelota en la calle con algunos de los chicos de los vecinos. Chism se apoyó en el portón y llamó a Jarvis con un grito.

Jarvis, como de costumbre, se tomó para contestar todo el tiempo de que fue capaz.

—No quiero entrar todavía, papá —gimió por fin con voz llorosa—. Quiero jugar a la pelota un poco más. No me hagas entrar aún, papá. Es demasiado temprano para

estar en casa.

—Ya me has oído —fue todo lo que repuso Chism.

Mientras aguardaba a Jarvis en la puerta, los sabuesos moteados, como si adivinaran lo que proyectaba hacer, aparecieron trotando rápidamente por la esquina de la casa y se agruparon frente a él, expectantes, estudiando atentos la cara de Chism y esperando oír la orden familiar. Cuando Jarvis entró refunfuñando por el portón, arrastrando los pies y quejándose, Chism lo empujó hacia adelante y lo siguió por la escalera del frente hasta el interior de la casa. Liz, Rocky y Margie trotaron tras sus talones, meneando ansiosos los largos rabos tiesos.

Una vez dentro, Chism encendió la luz. El abuelo Crockett, cuya larga barba de nieve destelló con alarmante fulgor en la pieza súbitamente iluminada, se encontraba acurrucado junto a la piedra del hogar, contemplando los vacíos y tiznados morillos de la chimenea. El abuelo, que tenía ochenta y cinco años, era un hombre grande, de anchos hombros, con unos ojos celestes que le daban siempre una expresión triste y melancólica. Cuando su hijo entró en la habitación, alzó esperanzado los ojos.

—Chism, he estado aquí sentado esperando que entraras pronto —dijo el abuelo, encorvando la espalda y arrimando su silla hacia la chimenea—. Me gustaría tanto encender un poco de fuego esta noche, Chism. —Mantuvo las palmas de las manos hacia la negra chimenea como si esperara extraer de allí un poco de calor. Sus ojos celestes pestañearon suavemente y la habitual expresión de tristeza se incrustó más hondamente en las viejas líneas de su cara—. Este tiempo húmedo de otoño me cala hasta los huesos, hijo —se quejó—. Todos los años, en esta época, sufro más que nunca del frío y la humedad. Tan pronto se pone el sol en estas tardes de octubre siento que el frío me penetra. Una vez que se ha instalado alrededor de mis huesos, tengo la sensación de que no me será posible librarme de él hasta que vuelvan los días cálidos de la primavera. Un fueguito en la chimenea sería bienvenido esta noche, hijo. Realmente lo apreciaría.

—Papá, sabes muy bien que no tenemos ni un solo trozo de madera. ¿De dónde voy a sacar dinero para comprar leña? Si te alejaras de esa chimenea y dejaras de pensar en eso no sentirías tanto el fresco del aire.

El abuelo se acercó más a la chimenea.

—No quiero enfermarme justamente a principios del invierno, hijo. Cuando un viejo como yo se enferma se convierte en un peso para todos. Eso me hace pensar siempre que debería irme a cualquier parte y morir.

—Anda entonces a ponerte mi abrigo, viejo —repuso Chism—. Eso te ayudará a entrar en calor mientras trato de encontrar leña en algún lado.

—Las cosas no eran así allá en nuestro hogar, antes de que vendieras —dijo el viejo con amargura. Sujetó su larga barba contra el pecho mientras Chism le clavaba los ojos. Cuando volvió a hablar su voz gorjeaba con desencanto—: Antes que tuviéramos que abandonar nuestra casa para mudarnos a la ciudad, teníamos siempre leña cortada y seca en abundancia en esta época del año. Y además todo lo necesario,

incluyendo una buena comida cuando alguien tenía hambre. Siempre me enorgullecí de eso. Me ocupé de que hubiera siempre una provisión de todo lo que podía necesitar un ser humano. Y, además, todo lo cultivé en mi chacra. Era uno de los pedazos de campo más hermosos de todo el valle. De este lado de las grandes montañas, nunca vi nada que pudiera comparársele. Yo mismo limpié por entero los doscientos acres, hace unos sesenta años, cuando era un muchacho, arrancando tocones y raíces durante el día y trabajando de noche para apilarlos y quemarlos. Trabajé de corazón aquella tierra y estaba orgulloso de haberlo hecho, como lo hubiera estado en mi lugar cualquier otro hombre. El terreno para el algodón estaba en declive y bien seco, y el terreno del fondo, junto al riacho, producía año tras año la mejor cosecha de maíz que haya visto nadie en esta tierra. No era posible comprar con dinero una granja como la mía; ningún dinero hubiera sido lo bastante bueno como para arrebatármela. Pero tú me la quitaste con engaños y la cambiaste por esta mala casa de ciudad; solo porque te habías vuelto demasiado perezoso para agacharte y recoger lo que allí crecía. Fue una lástima que Alice tuviera que morir entonces. Tú no te apartaste ni una pulgada de nuestro hogar mientras ella vivió, no te lo hubiera permitido.

—¡Por todos los diablos! ¿Por qué tendrás siempre que sacar eso a relucir? — exclamó Chism con enojo—. Estoy harto de oír siempre la misma cosa. Me sentía más que cansado de vivir en la maldita chacra, trabajando hasta deslomarme. El hecho de que tú te hayas dedicado a la agricultura no es razón para que yo haga lo mismo. Quiero vivir a mi manera, como todos los que se mudan a la ciudad. Puedes hablar tanto como quieras; pero nadie me hará volver al campo para ponerme a trabajar como un maldito chacarero. Hasta donde llegan mis recuerdos, mi mayor ambición fue vivir en la ciudad y ser un ciudadano. Nunca los ves sudar sangre como los campesinos. Toman la vida con calma, como yo quiero tomarla. Cuando no tienen ganas de trabajar, pues, simplemente, se quedan sentados; y si no tienen lo bastante para comer, la ciudad se encarga de distribuir dinero para comprar comestibles. Nunca viste que nadie diera de comer a los campesinos, ¿verdad?

—Chism, un hombre no puede rehuir sus responsabilidades en este mundo y vivir egoístamente sin crearse dificultades. Si un hombre insiste en hacerlo terminará por hacer sufrir a mucha gente. En tu caso, son los niños los que van a sufrir. Deberías hacer todo lo posible por educarlos como lo deseaba su madre. Lo que pueda pasarme en el futuro no tiene mayor importancia porque ya he vivido mi vida; pero lo que le suceda a las chicas, eso sí es importante. Deberías pensar en eso antes de que sea demasiado tarde. Pueden ocurrirles cosas terribles. No te gustaría, ¿verdad? Y, además, está Jarvis. Ya sabes que la mayor parte del tiempo no va al colegio; pero no haces nada al respecto. Vas a echar a perder a cada uno de los chicos si no te das cuenta de tus responsabilidades mientras sea tiempo. Puedes arreglar las cosas ahora, si quieres, o puedes arruinar sus vidas. ¿Qué es lo que te parece más correcto?

—Estoy muy satisfecho de mi manera de vivir y lo seguiré estando. Me gusta

mucho. Vivo en la ciudad y deseo tener todas las cosas buenas de que puede tener necesidad un hombre en esta vida; y estoy muy satisfecho. Por lo tanto, puedes dejarte de hablar de lo que hago y dedicar tu aliento a la crítica de cualquier otra cosa.

Le dio la espalda y salió al vestíbulo. Jarvis, que estaba junto a la puerta, retrocedió ante él.

—¿Dónde están los demás a esta hora de la noche? —preguntó Chism—. ¿Por qué Jane no ha vuelto aún del colegio? ¿Dónde está Dorisse? ¿Se ha ido ya Vickie al trabajo? ¿Cómo quieren que coma si nunca hay nadie cuando llega la noche?

Caminó hasta el fondo del vestíbulo y volvió.

—Tú mismo tendrás que buscarte algo para comer, Jarvis —dijo, empujándolo hacia la cocina—. Hay algunos bizcochos; también encontrarás salchicha cocida y melaza. Yo tengo prisa. Apúrate, no pierdas tiempo.

—¿Dónde vas, papá?

—¿Dónde voy? —repuso, alzando la voz—. A cazar zarigüeyas, naturalmente. ¿Qué otra cosa desearía hacer nadie que esté en sus cabales en la primera noche de otoño apta para cazar zarigüeyas? ¿No aspiraste una buena bocanada de ese olor que hay en el aire? ¿No sabes qué significa? Es la señal indudable de que ha llegado el tiempo de cazar zarigüeyas.

—¿Puedo acompañarte? ¿Me dejas, papá? —Jarvis tironeó de la chaqueta de su padre y se puso a dar pequeños saltos de excitación—. ¡Prometiste que me dejarías acompañarte la próxima vez que fueras! ¿Puedo ir, papá? ¿Puedo?

—Puedo llevarte... si estás listo a tiempo.

—¿Ahora mismo? ¿Esta noche?

—Tan pronto como consigas algo para comer.

Los tres sabuesos manchados ya estaban haciendo cabriolas alrededor de las rodillas de Chism, dando saltos y gruñendo cuando Jarvis se lanzó velozmente hacia la cocina. Agachándose, Chism tironeó las largas orejas de los animales y frotó afectuosamente sus pieles. El abuelo Crockett había llegado hasta la puerta y pedía una vez más un poco de fuego para la chimenea; pero Chism no le hizo caso.

—Nos iremos dentro de un minuto o dos, Liz —dijo al sabueso, sujetándole el hocico con la mano—. No te agotes ahora; no podrás cazar bien esta noche si lo haces. Quieto tú, Rocky, y Margie.

Los perros jadeaban excitados. Los tres se abalanzaron sobre él, golpeándole el pecho con las patas y lamiéndole la piel de la cara y el cuello con sus enormes lenguas húmedas.

—Tendrás tiempo bastante para correr todo lo que quieras —dijo a Margie, tironeándole las orejas—. Tranquilízate ahora; tú, Liz y Rocky. No les miento cuando digo que vamos de caza esta noche. Nunca les miento, ¿verdad?

Se enderezó y mantuvo una mano extendida.

—¡Firmes! —ordenó alzando la voz. Inmediatamente los tres animales quedaron rígidos. Sus rojas lenguas goteantes desaparecieron y los negros hocicos crispados

apuntaron a la cara de Chism. Luego de mantenerlos inmóviles unos instantes, les habló nuevamente, con el mismo tono de voz—. ¡Rompan filas! —gritó, y de inmediato los animales se pusieron a dar saltos a su alrededor.

—En seguida vamos, Liz. Ahora quédense quietos un ratito más. Hay tiempo de sobra para andar entre los árboles persiguiendo a las malditas zarigüeyas. Pórtate bien, Margie.

—Chism, si consiguieras algunas ramas y las pusieras en la chimenea... Sería una gran ayuda para mí —dijo el abuelo en voz alta.

Jarvis vino corriendo desde la cocina con la boca llena de bizcochos y melaza. Llevaba un bizcocho y una porción de pastel de salchicha en cada mano.

—Ya estoy listo, papá —dijo, haciendo sonar confusamente las palabras a través del bocado.

—Anda a ponerte una chaqueta —le ordenó Chism—. Hará frío antes de que amanezca.

Jarvis recogió la chaqueta y siguió a su padre fuera de la casa y por el patio trasero. El abuelo salió al porche y llamó a Chism varias veces. Chism no se detuvo. Los sabuesos se adelantaron corriendo hacia el automóvil que estaba en el sendero, junto al galpón y golpearon y arañaron las puertas hasta que Chism se acercó y los dejó trepar en el asiento trasero. Al abrirse la portezuela trataron de entrar al mismo tiempo, gruñendo y empujándose.

El coche se puso en movimiento y avanzó hacia las afueras de la ciudad; los perros ladraban y gruñían en el asiento de atrás. La mayoría de las granjas a ambos lados del camino asfaltado estaban iluminadas; a través de las ventanas de algunas de las casas se veían las chimeneas encendidas. Revoloteando próxima a la tierra, Chism vio una nube azul oscura de humo de leña, la primera que descubría desde las frescas noches primaverales.

En lo alto de la colina, a unas dos millas de la ciudad, Chism se desvió de la calle principal y condujo al coche por un camino de tierra despereado y pedregoso, estrecho y viboreante. Los tres sabuesos estaban ahora tan excitados que se habían erguido para colocar sus patas delanteras sobre el respaldo del asiento de Chism y le lamían las orejas. Tuvo que ajustarse el sombrero en la cabeza para impedir que lo hicieran rodar.

—¿Dónde vamos ahora, papá? —preguntó Jarvis, sentado tenso en el borde del asiento y tomado del parabrisa—. ¿A dónde nos lleva este camino?

—Vamos hacia allá, alrededor de una milla, en dirección al cerro —repuso Chism al rato—. Por allá hay un buen lugar para empezar la cosa y levantar un rastro. A las zarigüeyas les gusta vivir en estos cerros secos, si tienen malezas y algunos bosquecillos donde esconderse. Solo se dirigen a los arroyos y los terrenos llanos cuando tratan de despistar a los sabuesos que les siguen el rastro. Si aspiras a ser algún día un buen cazador de zarigüeyas, tienes que conocer sus costumbres. Son animales muy listos. Si no estás en guardia, cualquier maldita zarigüeya podrá

burlarse de ti. Pero teniendo sabuesos como estos, no hay mucho de qué preocuparse. Este Rocky es el cazador de zarigüeyas más hábil que yo haya visto hasta ahora en esta parte del mundo. En su tiempo, Rocky cazó más zarigüeyas que cualquier media docena de perros juntos del país. Los sabuesos comunes son capaces de seguir una pista fría y se encuentran con que el rastro desaparece de pronto porque lo recorrieron en sentido inverso. Y mientras tanto la maldita zarigüeya se aleja de ellos. Pero eso no le sucede a Rocky. Nunca ha fallado en encontrar un rastro verdadero; y, lo que es más, sabe acorralar a la zarigüeya cuando huye hacia un arroyo y obligarla a trepar a un árbol. He visto a zarigüeyas tan enfurecidas porque Rocky las burló y las hizo subir a un árbol, que solo atinaban a quedarse allá arriba sentadas sobre una rama, haciendo crujir los dientes y escupiendo como viejas. Algunos sabuesos son capaces de perseguir a una miserable zarigüeya durante toda la mitad de una noche y a través de dos condados antes de poder obligarla a subir a un árbol. Pero no Rocky. Sabe que hay demasiadas zarigüeyas sobre esta parte del mundo para perder el tiempo persiguiendo solo a una. Algunos de los mejores sabuesos del país son también capaces de hacer los idiotas persiguiendo a cualquier endiablado conejo; pero para Rocky el rastro de un conejo es inexistente. Lo he visto mirar a un conejo que saltaba en un matorral y no darle más importancia que la que da al nudo de un árbol. Preferiría perder mi mano derecha antes de que le suceda algo a Rocky. Creo que estaría afligido hasta la muerte si perdiera a Rocky. No podría soportarlo.

El camino se fue haciendo más difícil a medida que se acercaban al cerro. Chism hacía girar el volante de un lado a otro para evitar que el coche se desviara del zanjón. Los sabuesos ladraban y gruñían más que nunca en el asiento trasero. Un rato después el camino desembocó repentinamente en un pequeño robledal. De inmediato, Chism detuvo el motor y apagó las luces.

Liz, Rocky y Margie saltaron a tierra antes de que el coche se detuviera del todo y empezaron a correr en círculo alrededor del automóvil tratando de encontrar un rastro. No se veía ninguna luz; solamente unas pocas y débiles estrellas temblaban en lo alto. Jarvis, estremecido en parte por el miedo y en parte por la excitación, se puso junto a su padre. Oía a los sabuesos jadeantes correr sobre la maleza seca; pero no llegaba ningún otro ruido.

Permanecieron allí durante varios minutos; luego Chism llamó suavemente a los sabuesos. Se acercaron de inmediato, jadeando anhelantes, y se detuvieron frente a él. Jarvis pudo ver que su padre se agachaba para acariciar la cabeza de cada perro. Ya no daban brincos; esperaban expectantes y pacientes sus órdenes.

—Bueno, perros, tengan mucho cuidado esta noche —les dijo seriamente—. Cuídense de ese maldito alambre de púa. La gente es tan necia que lo coloca por todos lados sobre esta parte del mundo. No quiero que ninguno de ustedes regrese con tajos en las patas ni en el vientre. Hay por aquí muchos malditos alambrados de púa; es necesario que tengan cuidado. ¿Me están escuchando, Rocky, Liz y Margie? Bueno, tengan presente lo que acabo de decirles.

Les hizo una última caricia afectuosa en las cabezas y dio un paso hacia atrás. Los sabuesos, jadeando y babeando, aguardaban nerviosos, rígidos, con una de las patas delanteras apoyada en el suelo.

—¡Vayan por ellas! —gritó.

Los tres manchados sabuesos dieron un salto en el aire y se hundieron en la maleza, con gruñidos y aullidos de contento. Durante los siguientes minutos se les oyó dar vueltas sobre el lugar, buscando el rastro de una zarigüeya. Un instante después, silenciosa y velozmente, se alejaron; ya no ladraban. Chism y Jarvis estuvieron un momento aún inmóviles; luego Chism se sentó en el suelo, la espalda apoyada en un tronco. Cuando Jarvis se le acercó, había sacado su tabaco y estaba liando un cigarrillo. Todavía temblando un poco, Jarvis tomó asiento a su lado.

—¿Cómo sabremos que han encontrado una zarigüeya, papá? —preguntó preocupado.

—Cuando empiecen a gruñir en serio —repuso Chism—. No dejarás de oírlos por más lejos que estén. En cuanto descubran un rastro vivo aullarán como condenados. Hasta entonces no dejarán que la maldita zarigüeya se entere de que la están rastreando.

Encendió el cigarrillo y dio varias pitadas.

—Dales una media hora, tal vez menos, y habrán encontrado el rastro. Apuesto a que esta vez, como siempre, será Rocky el primero en descubrirlo. Nueve veces de cada diez es él el primero. Como un mecanismo de relojería. No cambiaría a ese viejo perro por ninguna cosa que conozco en esta parte del mundo.

Durante el siguiente cuarto de hora permanecieron sentados en silencio, esperando los ruidos reveladores de que había sido encontrado el rastro. Luego, como un toque de clarín en la noche, se oyó la vibración lejana del ladrido de Rocky, cargado de indudable significado. Chism se incorporó de un salto, arrojó su sombrero al suelo y abrió las manos como pantallas alrededor de sus orejas.

—¡Escúchalo! —gritó excitado—. ¡Haz el favor de escucharlo! ¡Es Rocky! ¡Rocky lo descubrió! ¡Ese viejo bandido de orejas colgantes ya encontró el rastro! ¡Escúchalo aullar! ¡Te dije que sería el primero en descubrir la pista!

Mientras escuchaban, Liz y Margie agregaron su aullido al de Rocky; después los tres perros se alejaron gruñendo hacia el norte.

—Esa zarigüeya se dirige hacia el arroyo —dijo Chism. Rodeose la boca con las manos y llamó a los sabuesos—: ¡Huuueyuuu! ¡Huuueyuuu!

El sonido se extendió por el campo y los bosques.

—¡Huuueyuuu! ¡Huuueyuuu! —volvió a gritar. Un momento después golpeaba suavemente el pecho de Jarvis—. ¡Me oyeron! —gritó excitado—. La están acorralando y la obligan a retroceder. ¡Solo perros de la mejor clase son capaces de hacer eso, te lo aseguro! Están rodeando a la maldita zarigüeya y la conducen hacia la colina. Son, sin duda, los perros más listos que haya poseído nunca un hombre en esta parte del mundo. Preferiría mil veces caer muerto antes que perder a esos perros. Son

más inteligentes que la mayoría de las personas, te digo. Han hecho regresar a la maldita zarigüeya en cuanto me oyeron hablarles. Apuesto a que esa maldita zarigüeya está tan enfurecida por haber sido engañada que se echaría a maldecir si pudiera hablar. ¡Huuueyuuu! ¡Huuueyuuu! Oye cómo se dirigen a la colina en pos de la maldita zarigüeya. La obligarán a treparse a un árbol en menos tiempo del que demoraría el fuego del infierno en quemarte los fondillos de los pantalones.

Estaba demasiado excitado para quedarse quieto; se puso a caminar de un lado a otro nerviosamente mientras esperaba que Liz, Rocky y Margie hicieran subir a la zarigüeya a algún árbol de la colina de robles.

CAPÍTULO II

Era medianoche; pero Dorisse se encontraba despierta cuando Nobby tropezó ruidosamente en el vestíbulo oscuro y encendió la luz. Se incorporó en la cama, parpadeando, mientras Nobby lanzaba su sombrero a través de la habitación hacia el «*chiffonier*» teñido de color nogal. Nobby rio para sus adentros cuando el sombrero chocó contra la pared y desapareció detrás de una silla.

—¿Por qué tienes los ojos tan brillantes a esta hora de la noche? —preguntó el hombre, volviéndose hacia ella con una mirada de irritación—. ¿Qué esperas que ella te traiga? ¿Un pedazo de torta o algo así?

Nobby Hair era un joven rubio, robusto, de veinticuatro años de edad, cuatro mayor que Dorisse. Tenía los dientes blancos y parejos y cuando quería impresionar bien su sonrisa resultaba encantadora. Durante su último año en el colegio había sido elegido centro del equipo de fútbol representativo del Estado y le concedieron una beca para la universidad. Pero fue expulsado del equipo al fin de la primera semana de entrenamiento, por haberse emborrachado. Abandonó la universidad, volvió al hogar y se dedicó a vivir apostando a los dados. Sus padres se mudaron poco después de esto. Nobby no tenía parientes cercanos en la ciudad. Era apuesto, de apariencia ruda, agresivamente orgulloso de su pasada fama futbolística. A veces se jactaba de haber recibido una oferta para jugar al fútbol como profesional; pero, en secreto, todos opinaban que esto era mentira. Cuando andaba por la parte baja de la ciudad se encontraba siempre con alguien que comentaba su carrera futbolística; llegó a creer que se hubiera convertido en un astro famoso de haberlo intentado. Casi todo el mundo en la ciudad, con excepción de Dorisse, lo llamaba por su sobrenombre.

—Me alegro de que estés en casa, Noble —dijo Dorisse sonriéndole afectuosamente. Nunca podía adivinar en qué estado de ánimo volvería Nobby por las noches, pero tenía siempre la esperanza de que se mostrara bueno y amable con ella. Levantó las frazadas con un gesto invitador y se quitó del rostro un mechón de cabello.

Dorisse era esbelta y graciosa, con largas pestañas oscuras y una boca ancha, tentadora, con labios llenos y sensuales. Hacía dos años que estaban casados; pero durante el último año Nobby había estado afuera hasta tarde todas las noches.

—Siempre me preocupo cuando demoras, Noble —dijo ella, suplicante—. Cuando no sé dónde estás imagino toda clase de cosas horribles. No puedo impedirlo, Noble. Eso es lo que me ocurre, por quererte tanto. Te ruego que trates de comprender. Te extraño terriblemente, Nobby.

Nobby luchaba torpemente con los botones de su camisa. Dorisse se levantó de la cama y se le acercó.

—Permíteme que la desabroche, Noble —dijo, colocándole las manos sobre el pecho.

—Déjame en paz —la rechazó él con el codo—. Métete en tus asuntos y déjame

tranquilo. No me gusta que me molesten.

Ella esperó pacientemente mientras Nobby luchaba con la camisa; nuevamente trató de ayudarlo a desvestirse. El olor a *whisky* era tan intenso que se hacía evidente que Nobby había derramado bebida sobre sus ropas.

—¡Ya te dije una vez que me dejaras en paz! —gritó—. ¿Cuántas veces tendré que repetírtelo?

La empujó con el codo. Ella volvió hacia la cama y se sentó, desviando los ojos para esconder sus sentimientos. Por fin Nobby se quitó la camisa y la arrojó a un lado. Caminó inseguro alrededor de la cama y se detuvo frente a ella. Dorisse, aún esperanzada, le sonrió ansiosa.

—Quiero fumar —dijo él, mirándola—. Búscame un cigarrillo.

Ella contuvo el aliento y se mordió los labios.

—¿Me oíste? —insistió Nobby malhumorado.

—Es que no tengo cigarrillos, Noble —repuso ella con inquietud—. No los hay acá. —Se puso de pie, temblando—. ¿No habrá alguno en tus bolsillos? Déjame ver, Noble.

Nobby la empujó contra la cama antes de que pudiera acercársele.

—Te pedí un cigarrillo —dijo con violencia—. No me lo pedí a mí mismo, ¿verdad? Quiero fumar; apúrate.

—Pero, Noble, no tengo cigarrillos —repuso Dorisse conteniendo las lágrimas—. Sabes que no fumo. ¡No tengo, simplemente!

Por un momento creyó que él iba a golpearla y retrocedió instintivamente.

—Bueno, ¿qué es lo que piensas hacer? ¿Quedarte sentada y lloriquear?

Le dio la espalda y caminó hasta el pie de la cama.

—No sé qué quieres decir, Noble.

—Deja de hacer la tonta y anda a buscarlos —contestó él impaciente—. Deja de lloriquear y apúrate, antes que te dé un bofetón. ¿Me has oído?

Ella se levantó rápidamente.

—¿Pero a dónde, Noble? —preguntó suplicante, incapaz ya de retener las lágrimas—. ¿Dónde quieres que los consiga a esta hora de la noche?

—No me importa dónde los consigas siempre que te des prisa. —La contempló con una mueca implacable—. Bueno, ¿qué esperas ahora? ¿Vas a quedarte ahí hasta que te abofetee?

—¿Quieres decir que deseas que vaya a esta hora hasta la parte baja de la ciudad, Noble?

—¿Sabes por casualidad de otro sitio dónde conseguir cigarrillos?

—No.

—Entonces, ve a buscarlos donde todo el mundo los compra.

—Pero, Noble... Tengo miedo de ir sola a estas horas. Es más de medianoche. ¡Me moriría de miedo! —Lo miró desesperada—. Por favor, Noble, no me obligues a hacerlo.

—Será mejor que te largues antes de que pierda la paciencia. Quiero darte una lección. Así, la próxima vez que llegue a casa tendrás todos los cigarrillos que yo desee. Ahora, vete como te ordené.

—Bueno, Noble —dijo ella—, iré.

Temblando, Dorisse se quitó rápidamente el camisón y deslizó un vestido por encima de su cabeza. Se calzó los zapatos y se cepilló el pelo. Nobby le arrojó el dinero. La moneda rodó a los pies de Dorisse; se agachó rápidamente para recogerla. Las manos le temblaban tanto que tenía miedo de dejar caer el dinero y no poder encontrarlo; lo aferró desesperadamente con el puño. Sabía que era inútil tratar de ablandar a Nobby; corrió a través de la habitación. Cuando llegó a la puerta se detuvo y se volvió para mirarlo.

—Noble, dime por favor dónde puedo encontrar cigarrillos a esta hora de la noche. No sé dónde ir. Por favor, Noble.

—Hay muchos negocios abiertos en la ciudad —repuso indiferente—. Camina hasta encontrar alguno iluminado. ¿Por qué no pruebas en el Café Rainbow? —Se echó a reír—. Vickie se sorprendería si te viera, ¿no?

Dorisse aguardó mientras las lágrimas le caían por las mejillas, esperando que Nobby cediera a último momento y le permitiera quedarse. Pero él se volvió, y al comprobar que continuaba allí, hizo un movimiento como para lanzarse hacia la puerta; entonces ella echó a correr ciegamente por el pasillo y por los escalones hasta la oscuridad de la calle.

Cuando Dorisse salió, Nobby abrió la ventana y la miró correr en dirección a la Calle Mayor hasta que la perdió de vista. Después se desvistió y fue a sentarse en el borde de la cama. La casa estaba en silencio; el único ruido que podía oírse era el resoplar de una locomotora en la playa de maniobras de la estación, a varias cuerdas de distancia. Dorisse había dejado abierta la puerta que comunicaba con el pasillo; pero la que daba a la habitación contigua estaba, como siempre, cerrada. La puerta no había tenido llave desde que Nobby vivía en la casa. Trató de escuchar nuevamente algún sonido en el silencio de la casa; luego se puso de pie y atravesó la habitación en puntillas.

Escuchó junto a la puerta de la pieza contigua; luego la abrió, empuñando sigilosamente la manija. La hermana menor de Dorisse, Jane, dormía en su cama junto a la ventana. Jane compartía la habitación con Vickie, pero esta era camarera nocturna en el Café Rainbow y dormía en las horas diurnas, mientras Jane se encontraba en el colegio. Jane estaba ya en el último año del colegio y pocas semanas atrás había ganado un primer premio en la exposición rural, en el concurso de hornear pan. Era esbelta y graciosa como Dorisse, pero su cabello era mucho más oscuro, casi negro. Confeccionaba por sí misma toda su ropa y estudiaba ciencias domésticas en el colegio.

—Hola, Nobby —dijo Jane con un susurro atemorizado cuando se despertó y le vio de pie a su lado.

Nobby no contestó pero se acercó aun más. Jane apretó las frazadas alrededor de su cuerpo.

—¿Qué quieres, Nobby? —preguntó. Luego se incorporó y estuvo observándolo en la penumbra—. ¿Qué haces aquí?

Nobby se sentó en la cama, a su lado.

—Empecé buscando un cigarrillo —dijo—. Cuando uno empieza a buscar un cigarrillo no sabe nunca dónde terminará, ¿verdad, Jane?

—Pero, Nobby...

—He estado pensando en entrar en esta habitación para buscar un cigarrillo. Pienso en eso desde hace mucho tiempo.

—Sabes que yo no fumo, Nobby. No tengo cigarrillos.

—Es una lástima, Jane —repuso burlándose de ella—. Deberías tener algunos, siempre a mano, por si a mí se me ocurre venir a buscarlos en medio de la noche. Sería bueno que te acordaras. Tenlo en cuenta siempre que te pida algo; debes estar segura de que lo tienes para dármelo. Es la mejor manera de hacer amigos, Jane.

—¿Dónde está Dorisse, Nobby?

—No lo sé. —Nobby se rio de ella—. Olvídate de eso, ¿quieres?

—Pero, Nobby...

La respuesta de Nobby fue brusca y perentoria:

—He dicho que lo olvides, ¿no es cierto?

Ella esperó que él se marchara después de eso; pero Nobby se le acercó más. Jane trató de apartarse, pero él la atrajo hacia sí.

—Siempre es conveniente que una chica tenga amigos, Jane —dijo—. ¿No lo sabías?

Ella sacudió la cabeza velozmente. Nobby se aproximó más y comenzó a murmurarle:

—Estás más linda cada día. No me extraña que te hayan dado el primer premio en la feria en lugar de concedérselo a alguna calabaza barrigona. Eso prueba que había personas inteligentes en el jurado. Tan pronto como lo supe, me dio por pensar que me había estado perdiendo algo muy importante. Estudié el problema al volver esta noche a casa y decidí que era necesario hacer algo. Siempre oí decir que existe la tendencia de no tomar en cuenta lo que tenemos muy a mano. Supongo que era eso lo que me pasaba. Me alegro de haber despertado a tiempo.

—Nobby, ¿dónde está Dorisse? ¿Por qué no se encuentra aquí?

—Olvídate, hazme el favor —dijo él con voz ronca.

—Pero quiero saber dónde está Dorisse, Nobby.

Él se rio en lugar de contestar. Una vez más Jane trató de desasirse; pero Nobby la retuvo con el peso de su cuerpo.

—Nobby, ¿qué haces? —dijo ella temblando.

—¿Qué crees que hago? —repuso, sonriendo burlonamente.

Conteniendo el aliento, ella negó con la cabeza.

—No te hagas la tonta —dijo Nobby con rudeza—. Eres demasiado hermosa para posar de inocente. Sabes de qué se trata y bastante más. Hasta apuesto a que puedes enseñarme algunas cosas.

Jane trató de liberar sus brazos, pero Nobby la apretó con más fuerza. Ella se dio cuenta de su impotencia para luchar con él.

—Sabes qué haría Dorisse si estuviera acá, Nobby —su voz expresaba francamente el miedo.

—Me da lo mismo saberlo o no. Me importa un comino lo que pueda hacer ella. No me preocupa. Siempre puedo dominarla. Come de mi mano. Hace lo que le ordeno.

—Pero Dorisse...

—¡Cállate la boca! —exclamó con furia—. ¡Te he dicho que la domino! ¡No me asusta lo que pueda hacer!

Jane se sintió débil e indefensa cuando Nobby le estiró los brazos hacia atrás, por encima de la cabeza; sabía que le era imposible detenerlo. Se echó a llorar, pero se calló al rato, comprendiendo que sus lágrimas no harían ningún efecto sobre él. Se puso a luchar desesperadamente.

—Me gusta cuando se resisten un poco al principio —dijo Nobby, burlándose—. Pero te aconsejo que no llesves las cosas demasiado lejos. No tengo paciencia con las gatas rabiosas. Les pego sin piedad.

—Por favor, Nobby... —empezó a decir ella.

—También puedes prescindir de los ruegos.

Jane quedó tensa e inmóvil durante algunos minutos; luego, repentinamente, se puso a gritar con todas sus fuerzas. Nobby tuvo que soltarle uno de los brazos para teparle la boca; ella pudo gritar una vez más.

—¡Cállate, estúpida!

Ella se puso a forcejear y patalear con todas sus fuerzas. Nobby le pegó en la cara con la mano abierta. Jane lo había visto pegarle así a Dorisse, cuando ella hacía algo que no era de su agrado; comprendió entonces qué sentía Dorisse en esos momentos.

—Parece que aprendiste a hacer un número atrayente —dijo Nobby, respirando con fuerza. Le retorció el brazo detrás de la cabeza—. Tal vez ese número pueda ser premiado en algunos lugares del país; pero no acá. Solo estás tratando de hacerte la interesante. Pero no me engañas. Conozco todos esos trucos.

Mientras hablaba, la puerta del pasillo se abrió de golpe, la luz fue encendida y el abuelo Crockett se acercó a la cama tan rápidamente como le era posible. Llevaba un camisón de franela y enarbolaba muy alto un pesado bastón de roble. La mano izquierda asía la larga barba blanca. En el momento en que Nobby se volvió para ver quién había encendido la luz, el bastón se abatió sobre su espalda con un golpe resonante. Nobby lanzó un grito de dolor.

—¡Bribón inútil! —gritó el abuelo golpeando a Nobby con la punta del bastón.

Nobby gritó de nuevo y saltó al suelo. Trató de alcanzar la larga barba del abuelo,

pero antes de que pudiera acercarse lo suficiente, la punta del bastón golpeó violentamente contra su estómago. El dolor obligó a Nobby a encoger el cuerpo, los brazos cruzados sobre el estómago, hasta caer de rodillas. Desde el suelo, gritó y maldijo al abuelo. Jane atravesó corriendo la habitación y buscó refugio detrás del anciano.

—¡Desvergonzado inútil! —repetía el abuelo, sin temor, golpeando con el bastón la cabeza y el cuerpo de Nobby—. Debieran deportarte por lo que has hecho. Jamás me inspiró confianza un hombre que se negaba a trabajar y no intentaba ganarse la vida. Eres un puerco sinvergüenza. No sirves para nada, no creo que exista ninguno peor que tú.

—¡Cállate la boca, viejo arrugado! —gritó Nobby—. Nada te importa lo que yo haga. Me las pagarás. ¡Espera y verás, viejo barbudo!

—Supe que no podía esperarse nada bueno de ti desde la primera vez que te puse los ojos encima —dijo el abuelo—. Los hombres como tú solo sirven para crear dificultades y acarrear desgracias a los demás. Si dependiera de mí, te echaría de esta casa de una vez y para siempre.

—Si alguna vez logro ponerte una mano encima, bolsa de pelos, te arrastraré de un extremo a otro de la ciudad —gritó Nobby, amenazante—. Lo que yo hago no es asunto tuyo.

El abuelo volvió a enarbolarse el bastón y Nobby corrió a protegerse detrás de una silla. Permaneció acurrucado allí, alerta, maldiciendo al viejo. El abuelo, sin correr riesgos, se mantenía a distancia pero no cesaba de amenazar con el bastón. Jane estaba abrazada al anciano cuando Dorisse entró en la habitación. Le bastó una sola mirada para comprender qué había sucedido.

—Échalo de esta casa, Dorisse —dijo el abuelo, señalando con el bastón a Nobby que continuaba detrás de la silla—. Echa a este sinvergüenza inútil antes de que suceda algo peor. No es digno de seguir viviendo ni un momento más en esta casa.

—Es un viejo entremetido y nada más —aulló Nobby—. No tenía por qué intervenir de esa manera.

Con un sollozo, Dorisse pasó corriendo junto al abuelo y Jane y se acercó a Nobby, protegido aún por la silla. Lo ayudó a levantarse y lo llevó hasta la puerta, colocándose entre él y el abuelo para defenderlo. Cuando se fueron a su cuarto, el abuelo, sujetando aún su larga barba blanca con la mano izquierda, se derrumbó en una silla. El pesado bastón cayó al suelo.

En su habitación, Nobby se sentó en la cama, apoyando la cabeza sobre las manos. Dorisse se arrodilló frente a él y, nerviosamente, abrió de un tirón el paquete de cigarrillos que le había traído. Estaba sollozando, pero logró encender un cigarrillo y colocarlo entre los labios de Nobby antes de que las lágrimas la encegucieran. Abandonándose al llanto, lo rodeó con los brazos. Nobby aspiró el humo y miró hacia la ventana.

—¡Por qué hiciste eso, Noble! —exclamó ella con voz angustiada—. ¡Oh, cómo

pudiste hacerlo!

Nobby continuó en silencio, sentado en la cama, chupando el cigarrillo, los ojos fijos en la ventana abierta. Una capa de humo empezó a flotar sobre ellos.

—¿Por qué hiciste eso, Noble? —preguntó ella suplicante—. ¿No sabes cuánto me hiere? Soy capaz de hacer cualquier cosa con tal de que no vuelvas a tratarme de esa manera.

—¡Cállate la boca, guárdate los sermones! —dijo Nobby—. Ya me tienes hartó.

Dorisse guardó silencio durante un rato. Contempló la cara de Nobby.

—Tenemos que conseguir un hogar para nosotros solos, Noble —suplicó—. Tenemos que mudarnos de esta casa e irnos a vivir a una nuestra. No puedo seguir soportando esto, Noble. No puedo, simplemente. ¿No comprendes lo horrible que es para mí? No me importa la clase de lugar donde tengamos que vivir, siempre que sea nuestro y estemos solos. Si lo hicieras, Noble... —Se echó a llorar y durante varios minutos no pudo agregar una palabra. Nobby trató de librarse de sus brazos, pero ella se aferró desesperadamente a él—. Noble, por favor, consigue un trabajo cualquiera y alquila una casa para nosotros. ¿No puedes comprender cómo cambiaría todo si nos mudáramos? Estoy dispuesta a hacer todo lo que me pidas si consigues una casa para nosotros. Preferiría vivir en una carpa o debajo de un árbol antes que quedarnos en esta casa un solo día más. ¿No quieres buscar un trabajo, Noble, hacerlo por mí? Por favor, dime que lo harás. No te pediré nada más mientras viva.

Nobby la apartó y se puso de pie. Tomó el paquete de cigarrillos y encendió otro con el que tenía entre los dedos.

—Estás loca —dijo sin mirarla—. Aquí lo tenemos todo gratis. Vivir aquí no nos cuesta un centavo. ¿Por qué voy a deslomarme trabajando para pagar el alquiler y comprar la comida? No pienso moverme de aquí. Sé muy bien cuándo me encuentro cómodo.

—Pero este no es nuestro hogar, Noble. Nunca seremos completamente felices si no tenemos una casa para nosotros.

—¡Cállate! —gritó él—. Estoy cansado de tantos reproches. Una de estas noches volveré a casa con un montón de dinero y entonces te arrepentirás de haberme rezongado. Te arrastrarás de rodillas pidiéndome que salga y traiga más. Conozco bien a las mujeres. No les importa la manera en que un hombre gane el dinero siempre que les entregue la mayor parte. Espera, pues, y verás cuánto conseguirás de mi dinero.

Dorisse se dejó caer sobre la cama.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¡Ayúdame, por favor! ¡No puedo soportar más! ¡Ayúdame, por favor, antes de que sea demasiado tarde!

La cara de Nobby enrojó de ira. Se acercó a la cama, se agachó y tomando a Dorisse de un brazo la hizo girar sobre un costado. Mientras ella lloraba, enceguecida por las lágrimas, él le golpeaba la cara, con la mano abierta, con todas sus fuerzas.

CAPÍTULO III

Eran las dos de la mañana y un copioso rocío cubría la tierra cuando los sabuesos cazaron su tercera zarigüeya. La luna nueva asomaba detrás del robledal del cerro. Luego de una noche de caza tan excelente, Chism se sentía de muy buen humor. Recogió algunas hojas secas de roble y ramas y encendió una hoguera cerca del bosquecillo; estaba pensando ya en todas las noches de aquel invierno en que cazaría zarigüeyas con los tres sabuesos y le desagradaba pensar que algún día habría de volver el verano. Partió unas cuantas ramas secas y el fuego no tardó en arder alegremente, elevando las llamas doradas hasta la altura de su cabeza. Chism y Jarvis se apartaron para contemplar el fuego durante unos minutos; luego se sentaron junto a él, acuclillados, hasta entrar en calor. Chism había regalado a los sabuesos una de las zarigüeyas; ahora estaban tendidos en círculo alrededor del fuego chispeante, estirando placenteramente de vez en cuando los músculos de sus patas y gruñendo a veces con satisfacción por la abundante comida.

Chism introdujo un palo en el fuego. Las chispas ascendían girando en el humo y luego desaparecían bruscamente.

—Juro que no existe ninguna cosa en el mundo —dijo con un suspiro— que me agrade más que salir a cazar zarigüeyas en el otoño y sentarme luego al amanecer junto a una buena fogata. Prefiero morir antes que perderme esto. Me convence de que una vida sencilla es, después de todo, lo mejor que hay. Tal vez pueda cambiar de idea respecto a ciertas cosas; pero la caza de la zarigüeya no está incluida entre ellas. Se oye hablar mucho de los placeres que puede ofrecer la vida; pero, en lo que a mí respecta, nada se compara con la caza de la zarigüeya. Solo me interesa en la vida andar detrás de los sabuesos; todo lo demás es un maldito fastidio. El mundo podrá desfondarse e irse todo a los malditos infiernos; yo seguiré cazando zarigüeyas hasta el día de mi muerte. Quiero que recuerdes siempre eso, Jarvis; y cuando oigas a los demás criticarme porque no hago lo que a ellos se les antoja, piensa que no puedo remediarlo, así como un gallo no puede impedir que le nazca una cresta.

Permanecieron luego acuclillados en silencio frente al fuego durante una media hora, contemplando las llamas saltarinas y las brillantes brasas y escuchando los ladridos de los perros de otros cazadores de zarigüeyas en las colinas lejanas. Durante casi todas las noches de tiempo seco del resto de la temporada invernal los cazadores cruzarían la campiña en pos de sus sabuesos. Jarvis había tenido sueño al principio de la noche, pero ahora se sentía completamente despierto y deseaba que su padre no decidiera emprender de inmediato el regreso. Era la primera vez que lo llevaba a cazar zarigüeyas y quería que la noche no terminara jamás. Aquello lo hacía sentirse ligado a su padre por primera vez en su vida; deseaba llegar a ser como él y poseer muchos sabuesos como Liz, Rocky y Margie. Un estremecimiento de excitación recorría su cuerpo cuando pensaba que en realidad se encontraba allí con su padre y los tres perros, tan lejos de su casa, frente a una hoguera que habían hecho ellos

mismos. Más allá del círculo de luz del fuego, el resto del mundo era una tierra remota y extraña. Tragó para librarse de un nudo que sentía en la garganta y se acercó más a su padre. Chism encendió otro cigarrillo con el extremo ardiente de una rama.

—Papá —dijo Jarvis, aproximándose aun más y tironeando del brazo de su padre—. Papá, ¿por qué no volvemos nuevamente al campo para vivir como lo hacíamos entonces?

Observó el rostro de su padre, fascinado por la luz que se agitaba contra su piel curtida por la intemperie y contra sus retintas cejas espesas.

Al comprender lo que había dicho Jarvis, Chism salió de su éxtasis. Se inclinó hacia adelante y escupió ruidosamente en el fuego.

—¿Por qué no lo hacemos, papá? —insistió Jarvis—. A mí me gusta mucho más la vida en la chacra que en la ciudad. Todo aquí es tan aburrido... Y no hay cosas para hacer, como llevar las vacas al corral, ir de pesca al salir de la escuela... Me gusta vivir así. Si viviéramos en el campo, tú y yo podríamos salir a cazar zarigüeyas casi todas las noches del año, como lo hacías antes. ¿No te gustaría, papá?

Chism lanzó otra brazada de ramas al fuego. Estuvo contemplando las llamas que se alzaron sin preocuparse por contestar.

—¿Qué sucede, papá? —preguntó Jarvis, tironeando de la manga de Chism.

Chism sacudió la cabeza.

—¿No te gustaría también a ti volver al campo, papá? —continuó Jarvis—. A ti te gustaba más el campo que la ciudad, ¿verdad, papá?

Chism sacó papel y tabaco y lio otro cigarrillo antes de contestar. Su mano temblaba un poco al encender el cigarrillo.

—¿Cómo se te ha metido en la cabeza esa idea estúpida? —repuso, frunciendo el ceño y mirando el fuego.

—No lo sé exactamente —murmuró Jarvis, asustado por la frialdad de su padre—. Solo dije que me gustaba más vivir en el campo. No es culpa mía.

—¿Has estado escuchando a tu abuelo?

—Lo he oído hablar de eso. Pero solo dijo que también a él le gustaba más el campo.

—En primer lugar, ¿por qué crees que me marché de allí? —preguntó Chism con enojo.

Observando la cara de su padre, Jarvis sacudió la cabeza y dijo que lo ignoraba.

—¿Quieres decir que no volverás nunca a la chacra? —Una sensación de desencanto se apoderó de él al mirar el rostro severo de su padre—. ¿Nunca, papá?

—¡No! ¡Demonios! ¡No! Has prestado demasiada atención a tu abuelo. Deja de hacer caso a lo que dice. Ya está tan viejo que casi nunca sabe de qué habla. Quítate esa idea tonta de la cabeza y no pienses nunca en volver a vivir allá. No quiero oír ni una palabra más sobre este asunto. En adelante, seremos habitantes de la ciudad. —Empujó una rama con la punta del zapato—. Cuando seas mayor podrás abrir un pequeño negocio en la ciudad. Eso es lo que siempre he ambicionado hacer.

—No me gusta, papá. Cuando sea grande quiero vivir otra vez en la chacra. Tener muchos caballos, un tractor y cosas así. También podría criar vacas y chanchos, como hacíamos antes de venir a la ciudad. Y quiero tener muchos sabuesos, además. Eso es lo que me gustaría.

Después de esto Chism no volvió a hablar. Al rato escupió en el fuego y se puso de pie, dirigiéndose al coche. Al regresar sacó del bolsillo una botella chata. Muchas veces había visto Jarvis a su padre bebiendo de una botella de *whisky*; pensó que tomaría un corto trago para guardar en seguida la botella. Pero no fue así. Chism destapó la botella, limpió cuidadosamente la boca con el dorso de la mano y se la ofreció a Jarvis. Este había respirado más de una vez el olor nauseabundo de la bebida, preguntándose con frecuencia qué gusto tendría. Miró temeroso la botella en la mano de su padre.

—¿Qué quieres hacer con eso, papá? —preguntó, retrocediendo.

—Ya eres lo bastante hombre como para tomar un trago —dijo Chism, obligándolo a aceptar la botella—. ¿Qué edad tienes, Jarvis?

—Once, casi doce —repuso con voz temblorosa—. ¿Por qué, papá?

—Justo lo que calculaba —comentó Chism con un movimiento de cabeza—. Ya estás en edad. Nunca serás un hombre si no eres capaz de tomar un trago de una botella. Anímate y bebe. Te hará bien; además, ya es hora de que conozcas eso. Existen también otras cosas de las que debieras estar enterado. El que vive en la ciudad debe saber de todo. Esa es una de las ventajas de vivir en la ciudad. Puedes hacer una cantidad de cosas que serían imposibles en el campo. Vamos, bebe un trago como te he dicho.

—¿Qué... qué es? —preguntó Jarvis, temblando.

—Licor de maíz, solamente. No te morderá.

—Tengo miedo, papá —gimió Jarvis.

—Te estás portando como una vieja —dijo Chism en tono de burla—. ¿Quieres ser una vieja miedosa toda tu vida?

Jarvis negó rápidamente con la cabeza.

—Entonces, haz lo que te digo.

Jarvis alzó la botella lentamente; los vapores le llenaban la nariz y le quemaban tan dolorosamente en el interior de la cabeza que sus ojos se llenaron de lágrimas. De inmediato sintió un malestar en el estómago; cerró los ojos y apartó la cabeza para eludir el olor. Tenía miedo de beber el *whisky*, pero al mismo tiempo quería demostrar a su padre que era lo bastante hombre como para tragarlo.

—¿Por qué mueves la cabeza de esa manera? —preguntó Chism tocándole las costillas—. Deja la cabeza quieta y haz lo que te dije. Por ser la primera vez, puedes taparte la nariz. Eso te ayudará. Vamos, bebe. No quiero que un hijo mío se comporte como una vieja. Aprieta la nariz y tómate un buen trago, como te digo.

Conteniendo el aliento y apretándose la nariz tanto como le era posible, Jarvis alzó la botella y se llenó la boca con un trago. En cuanto pudo apartar la botella, la

devolvió a su padre. Luego, con los ojos apretados, inclinó un poco la cabeza hacia atrás y dejó que parte del ardiente líquido goteara por su garganta. Chism lo observaba para asegurarse de que Jarvis no escupiría la bebida.

—Vamos, trágalo —insistió—. Trágalo y deja de portarte como una vieja.

Lo aferró del hombro y lo sacudió con violencia. Jarvis tragó y, para su sorpresa, el *whisky* bajó sin dificultad por su garganta. Tuvo la sensación de haber tragado una taza de agua hirviente.

—Así se hace —oyó decir a su padre con voz satisfecha—. La primera vez es siempre la más difícil.

Jarvis abrió los ojos por un momento. Alcanzó a divisar a su padre aproximando la botella a la boca y bebiendo, mientras su manzana de Adán subía y bajaba. Al cerrar los ojos, Jarvis sentía que algo se alzaba en las profundidades de su estómago. Trató de superar el malestar conteniendo la respiración; pero pronto comprendió que todo lo que hiciera sería inútil. Se echó hacia adelante y el *whisky* saltó de su boca. Sintió luego que su cabeza chocaba sordamente contra la tierra.

Lo primero que supo después fue que estaba tendido junto al fuego y que su padre se había agachado a su lado con la botella aún en la mano. Lanzó un gemido al ver el rostro severo de su padre a la luz inquieta de las llamas. Trató de huir arrastrándose, pero Chism lo tomó de un brazo y lo hizo sentar.

—¿Qué haces, papá? —preguntó con voz débil.

—La única manera de quitar a un perro el miedo al revólver es continuar haciendo disparos hasta que se acostumbre.

—No quiero beber más de eso —dijo Jarvis gesticulando—. ¡Por favor, papá, no me obligues!

Chism mantuvo la botella frente a sus ojos. En su desesperación, trató de alejar la botella dando un golpe en la mano de su padre. De inmediato, Chism lo abofeteó con tanta fuerza que los oídos de Jarvis quedaron zumbando. Le fue imposible contener el llanto.

—Por favor, no me hagas beber más, papá —suplicó. Las lágrimas le corrían por la cara. Trató de borrarlas con el dorso de las manos—. ¡No quiero sentir ese gusto, papá! ¡Me da asco! ¡Por favor, no me obligues, papá!

—¡Cállate! —Oyó que ordenaba su padre—. Ya tengo bastante de tus quejas. Harás lo que te mande. Si el primer trago te enferma, solo podrás curarte tomando otro. Sé lo que te digo. Siéntate como un hombre y bebe un buen trago. Y basta de llorar, además. Te estás portando peor que una vieja.

Jarvis trató de reprimir el llanto, pero le fue imposible. Se sentía desgraciado y detestaba a su padre. Nunca había estado tan enfermo. Deseaba poder alejarse a la carrera y no ver nunca más a su padre. Se lanzó de pronto hacia un lado y trató de escapar. Chism lo sujetó tomándolo de un brazo. Nuevamente cerró los ojos con todas sus fuerzas e hizo lo posible por no respirar aquel olor nauseabundo. Chism comenzó a sacudirlo hasta hacerle doler todo el cuerpo.

—Por favor, papá, no me obligues —suplicó débilmente—. No quiero. No me gusta. Me descompone. Lo odio, te digo. ¡Lo odio!

—Lo beberás aunque tenga que perder toda la noche. No estoy bromeando, te advierto. Ya estoy harto de tu llanto y de tus quejas. Vamos, haz lo que te digo; bébelo antes que me enoje.

—Papá, te prometo no hablar jamás de irnos a vivir a la chacra si no me obligas a beber. Te lo juro, papá. No me acordaré de eso mientras viva.

Chism rodeó el cuello de Jarvis con un brazo y le acercó el gollete de la botella a los labios. Mantuvo con firmeza la botella en la boca del muchacho mientras este se retorció y pataleaba en un frenético esfuerzo por golpearla. Su padre trató de separarle los dientes con el gollete, produciéndole un dolor tan intenso que los ojos volvieron a llenársele de lágrimas. La mayor parte del *whisky* se derramó sobre su chaqueta y sus pantalones, pero algo bajó por la garganta. Cuando la botella estuvo casi vacía, Chism lo soltó. Pudo ver que su padre bebía el resto del *whisky* y arrojaba después el envase vacío hacia la oscuridad, por encima de un hombro.

Jarvis yacía junto al fuego mientras las nerviosas llamas se iban convirtiendo en brillantes y rojas brasas. A cada momento abría los ojos para saber dónde se encontraba. La cabeza empezó a darle vueltas y el severo rostro de su padre retrocedía paulatinamente más y más en la oscuridad vacía, lejos del fuego. Había dejado de llorar; se preguntaba cuánto tiempo había permanecido tirado en el suelo.

Un rato después Chism apagó las brasas con los pies y llamó a los sabuesos para que volvieran al coche. Jarvis deseaba que su padre se marchara y lo dejara solo, pero oyó que lo llamaba desde una gran distancia. Tan lejano sonaba el llamado, que consideró inútil tratar de responder. Cerró los ojos, feliz, e imaginó que estaba de vuelta en la chacra donde había vivido un tiempo y que ayudaba a su madre a dar de comer a las gallinas. Algunos pavos y patos corrían entre las gallinas y él y quiso impedir que se comieran el maíz partido. Hizo un esfuerzo para levantarse y espantarlos; pero las piernas no le respondían. Les gritó a los pavos tan alto como le fue posible, pero no le hicieron caso. Creyó oír que alguien lo llamaba; pero estaba tan atareado dando de comer a las gallinas y manteniendo a raya a los pavos, que carecía de tiempo para contestar.

Sintió de pronto que lo sacudían bruscamente y al abrir los ojos vio a su padre de pie a su lado. Llamó desesperadamente a su madre; pero ella había desaparecido, ya no se encontraba allí para impedir que su padre le hiciera daño. Se puso a llorar.

—Levántate y deja de lloriquear —dijo Chism con aspereza—. Ahora nos vamos a casa.

No quería regresar a casa; cerró los ojos de nuevo para no ver el rostro de su padre.

Acababa apenas de entornar los párpados cuando sintió que lo alzaban de un tirón. Fue empujado hacia adelante y caminó a ciegas en la oscuridad. Luego lo levantaron hasta el asiento delantero del coche. El coche corrió a lo largo del toscó

camino hasta alcanzar la carretera principal; luego rodó suavemente sobre el pavimento. Durante un instante, Jarvis tuvo el impulso de arrojarlo fuera del coche, pero estaba demasiado cansado para moverse. No cambiaron una palabra durante todo el viaje de regreso, pero Chism observaba a su hijo con el rabillo del ojo. Los tres perros manchados se ovillaban en el asiento trasero, cansados y soñolientos luego de la noche de caza.

Cuando treparon por el sendero para detenerse junto al galpón, Jarvis estaba dormido. Chism trató de despertarlo, pero el muchachito yacía estirado contra el asiento y no quería abrir los ojos. Finalmente, Chism lo llevó en brazos hasta el porche y lo puso de pie contra el suelo. Jarvis se recostó en una pared mientras su padre encendía la luz; no trató de despertarse hasta que se sintió sacudir con violencia.

—Ya estamos de vuelta, hijo —anunció Chism, sin cesar de sacudirlo—. Si quieres, puedes irte a la cama. Es bastante tarde. Deben ser las cinco.

Chism lo condujo a través del vestíbulo hasta el dormitorio. El abuelo Crockett se volvió al encenderse la luz y alzó la cabeza de la almohada. Los observó amodorrado mientras Chism se desvestía; Jarvis iba de un lado a otro sin resolverse a quitarse las ropas. El abuelo, aplanando su blanca barba contra el pecho, se sentó en la cama.

—¿Qué le pasa a Jarvis, Chism? —preguntó preocupado—. Parece raro.

Chism continuó desvistiéndose.

—Duérmete, padre.

De pronto, Jarvis cayó contra la mesa. Trató de incorporarse, pero resbaló hasta el suelo. El abuelo se calzó las zapatillas y se sentó en el borde de la cama, mirando alternativamente a Jarvis y a Chism.

—Huelo licor de maíz —afirmó el abuelo en tono acusatorio. Husmeó el aire varias veces, con expresión de sospecha—. Estoy seguro. Chism, si es eso lo que le pasa a Jarvis...

—Está bien —dijo Chism, bostezando—. Déjalo en paz y se le pasará. Vuelve a dormirte, papá.

Jarvis, que luchaba aún por incorporarse, lanzó una aguda carcajada. El abuelo corrió hacia él y lo levantó.

—Este niño está borracho, Chism —dijo el abuelo, excitado. Condujo a Jarvis hasta el rincón donde estaba su cama—. Tú eres el culpable. Es imposible que no sea así.

—No me molestes —repuso Chism, dejándose caer en la cama. Manoteó las cobijas hasta cubrirse la cabeza.

El abuelo, andando tan velozmente como le era posible sin la ayuda de su bastón, atravesó el cuarto y le arrancó las mantas.

—Le has hecho beber *whisky*, Chism —exclamó con rabia—. Lo hiciste. Cualquiera puede ver lo que le pasa al niño. Está borracho. Y tan pequeño. Nunca creí que viviría lo bastante como para presenciar semejante cosa hecha por mi propio

hijo. Nada malo hay en salir a cazar zarigüeyas, pero tú has convertido eso en algo vicioso. Debería azotarte por eso; y si tuviera las fuerzas necesarias, puedes estar seguro de que lo haría. Te lo mereces. Un hombre merece eso y mucho más cuando es capaz de hacer semejante cosa con un niño.

Sujetando su larga barba contra el pecho, alzó el puño derecho y lo sacudió frente a Chism. Cuando se volvió para mirar a Jarvis, tendido en la cama del rincón, sus claros ojos azules estaban húmedos por las lágrimas.

—No podré soportar estas cosas mucho tiempo más —dijo débilmente a Chism—. Preferiría estar muerto para no verlas.

—Demonios. Yo sé lo que hago —contestó Chism, incorporándose en la cama—. Ya te he oído bastante. Nada de esto es asunto tuyo. Esta es mi casa. Si quieres permanecer en ella será mejor que mantengas cerrada la boca y no hables de lo que no te concierne. No estoy dispuesto a permitir a nadie que me hable así.

Jarvis salió de la cama y caminó bamboleándose hacia la puerta. El abuelo cruzó rápidamente la habitación.

—Jarvis, vuelve a acostarte —le dijo con dulzura. Rodeó su cuerpo con un brazo y lo condujo al rincón.

Después de acostar a Jarvis, el abuelo se tendió a su lado. La luz había quedado encendida. Rezonando, Chism se levantó para apagarla. Cuando volvió a la cama el amanecer comenzaba a iluminar la habitación.

—Me gustaría que no hubieras hecho eso, Chism —dijo el abuelo desde el otro extremo de la pieza—. Hubiera dado cualquier cosa para que no le sucediera eso a su edad.

—Tal vez no lo hubiera hecho si él no se hubiera puesto a charlar de la maldita chacra —repuso Chism—. Resolví hacerlo callar antes de que amaneciera un nuevo día.

CAPÍTULO IV

Jane y Dorisse fueron las primeras en levantarse. Se encontraban en la cocina preparando salchichas y panqueques y haciendo el café, cuando entró el abuelo y fue a sentarse con un suspiro de fatiga en su sitio habitual en la mesa. Las mañanas de octubre continuaban siendo frescas; por primera vez en aquel otoño se había puesto su viejo *pullover* de algodón gris. Parecía más viejo y frágil que nunca; sus claros ojos azules parpadeaban con no disimulada tristeza. Ni siquiera había dado los buenos días; permanecía sentado en silencio y miraba melancólicamente, a través de la ventana, la mañana que brillaba iluminada por el sol mientras sostenía contra el pecho la larga barba blanca.

Dorisse corrió hacia él, lo rodeó con sus brazos y estuvo abrazándolo hasta que él desvió los ojos de la ventana y la miró. Luego le hizo una sonrisa.

—¿Qué sucede, abuelo? —preguntó ella con ternura mientras apretaba una mejilla contra la cara del anciano—. ¿Es por lo que sucedió anoche? Le he pedido a Noble que...

—Sí, Dorisse, se trata de eso —habló velozmente, acariciándole un brazo—. Y también de Jarvis.

—¿Jarvis? —Retrocedió mirándolo con sorpresa—. ¿Qué pasa con Jarvis, abuelo? —Él sujetó más fuertemente su barba.

—Tu padre llevó anoche a Jarvis a cazar zarigüeyas y le hizo beber un poco de *whisky*.

—¿Qué dices, abuelo? —Dorisse sacudió la cabeza—. ¿Papá hizo eso?

El abuelo asintió tristemente.

—¿Quieres decir que Jarvis estaba... borracho?

Él volvió a decir que sí con la cabeza y miró nuevamente hacia la ventana. Dorisse se sentó en una silla y se cubrió el rostro con las manos. Jane, que había estado escuchando, se apartó de la cocina y fue a sentarse al otro lado de la mesa.

Dorisse apartó las manos de su cara.

—¿A las demás gentes les suceden cosas terribles... como a nosotros... o es que somos los únicos, abuelo? ¿Es igual la vida para todos los demás?

El abuelo se acarició la barba repetidas veces.

—Lamento hacerte sufrir, Dorisse —dijo tan cariñosamente como le fue posible—, pero es necesario que tú y Jane se enteren de estas cosas.

—Por supuesto, abuelo, lo comprendo. Era necesario que lo dijeras. Pero es que nos han sucedido tantas cosas terribles desde que murió mamá... Las cosas no eran así cuando ella vivía.

—Eso parece —repuso él, moviendo lentamente la cabeza—. No hay nadie que ocupe su lugar. —Volvió a menear la cabeza—. Chism...

Por encima de la mesa, Jane miró a su hermana.

—¿Recuerdas las últimas palabras de mamá antes de morir, Dorisse? —preguntó

—. Pienso en ellas todos los días. Jamás en mi vida las olvidaré. Muchas veces, eso es lo primero que acude a mi mente al despertarme; y de noche paso horas desvelada tratando de recordar con exactitud el aspecto que tenía mamá al decirlas. Me resulta tan real que me lastima.

Apartó el rostro y miró hacia la ventana un largo rato. Cuando volvió a dirigir sus ojos a la habitación los mostró humedecidos por las lágrimas.

—Mamá dijo: «Quiero que ustedes, hijitos, disfruten de todas las cosas buenas de la vida». Y eso fue todo. No volvió a pronunciar una palabra.

Jane se detuvo y cerró los ojos. El abuelo estiró un brazo y le acarició la mano.

—¿Qué, exactamente, quiso decir mamá con eso, abuelo? —preguntó Jane mirándolo rectamente a los ojos—. ¿Cuáles son las cosas buenas de la vida? ¿Cómo es posible saberlo? No serán las cosas que hay en nuestras vidas, ¿verdad? Debe tratarse de cosas muy distintas. Porque nuestras vidas... Nobby tratando a Dorisse en la forma que lo hace, papá emborrachando a Jarvis, Vickie convertida en lo que es, y todas esas horribles historias... Mamá quiso decir que deseaba no nos sucedieran cosas como esas, ¿verdad? Debe ser así; ella se refería a cosas verdaderamente buenas y todas estas son cosas muy malas.

—No es fácil nombrar las cosas buenas, Jane, porque algunas de ellas carecen de nombre. Uno las siente en el fondo del corazón y sabe que están allí aunque no encuentre un nombre para designarlas. Algunos dirían que se trata de Dios, supongo, pero creo que es más que eso. Algo así como ser bondadoso y atento, tratar siempre de actuar con honestidad y sinceridad. Para algunos, las cosas buenas consisten en tener mucho dinero y vivir con esplendor y no conocer privaciones. Para otros puede significar el poder de mejorar la existencia de los demás. Otros dirán que lo mejor es una buena educación, otros que no hay nada como ser buenos y considerados. No, no es fácil nombrar tales cosas. Cada persona debe hallar su propia definición de las cosas buenas de la vida. Algún día sabrás en qué consisten.

—Sé que Vickie está haciendo cosas malas —dijo Jane—. Su manera de vivir es una verdadera desgracia.

—No critiques con demasiada acritud a tu hermana, Jane —suplicó el abuelo—. Vickie es una buena muchacha. Algún día se convertirá en una magnífica mujer.

—Pero si mamá estuviera con nosotros no le permitiría vivir de esa manera.

—Y tú también serás una magnífica mujer, Jane, si tienes en cuenta siempre qué es lo que tu madre desearía que hicieses. El haber tenido una madre como Alice es una de las buenas cosas que nadie podrá arrebatarte. Ha dejado en ti una sensación imborrable; y eso te ayudará siempre a elegir entre lo bueno y lo malo. Tu madre quiso tanto a sus hijos que se mató trabajando para tenerlos bien vestidos, darles educación y prepararlos para que disfrutaran de las cosas buenas de la vida. Se hallaría aún entre nosotros si hubiera obtenido siquiera la mitad de la ayuda que merecía. Desvelada, cosiendo por las noches mientras todos dormían, ganó el dinero necesario para que Ross estudiara abogacía. Lo sé muy bien y conozco muchas cosas

que ella hizo por ustedes. Tu padre podía haberla ayudado, pero no lo hizo.

Jane se puso de pie y rodeó al abuelo con sus brazos.

—Cuando hablas así, abuelo, presentas la vida como una cosa tan hermosa que parece imposible que puedan habernos sucedido tantas cosas horribles.

El abuelo le acarició el cabello con sus manos ásperas.

—Llegarás tarde si no te apresuras, Jane —dijo Dorisse con inquietud—. Necesitas diez minutos para llegar al colegio y nunca has ido tarde en todo este año. Apresúrate, querida.

Jane abrazó más estrechamente a su abuelo.

—No quiero ir más al colegio.

—Sí que quieres, Jane —dijo él con firmeza, ayudándola a incorporarse—. Ir al colegio y educarte es una de las cosas que ambicionaba tu madre para ti. Bien lo sabes. Ella hubiera querido que no faltaras.

Jane volvió a acariciar al abuelo. Luego, recogiendo sus libros de encima de la mesa, abandonó la cocina y corrió por el interior de la casa hasta alcanzar la calle. Dorisse volvió a llenar la taza del abuelo con café caliente y se sentó a su lado. Permanecieron juntos en silencio durante un largo rato.

—Me voy al centro a hablar con Ross —dijo por fin Dorisse—. Le diré lo que sucedió con Jarvis. Tal vez él pueda hacer algo para impedir que papá repita cosas semejantes. Me aterra pensar cuál será su próxima locura. Ross debe ser puesto al tanto de lo que pasa sin pérdida de tiempo. Ha estado preocupado por nosotros desde que nos mudamos a la ciudad. —Se levantó—. Me voy ahora mismo, abuelo.

Retiró los platos de la mesa antes de que el abuelo pudiera contestarle.

—¿Qué piensas hacer respecto a tu marido, Dorisse? —preguntó solemnemente—. Eso también es importante. No debería continuar en esta casa después de lo sucedido anoche. Es cruel decir eso de tu marido, Dorisse; pero es necesario que lo oigas. No podemos permitir que le ocurra nada malo a Jane.

—Trataré de hablar con Noble, abuelo —dijo ella seriamente—. Nunca sucederían cosas semejantes si dispusiéramos de un hogar propio. —Se interrumpió y estuvo durante un momento mirando por la ventana—. Es decir, espero que no sucederían cosas así... Hay veces en que ya no estoy tan segura. —Cerró fuertemente los ojos y se apartó de la ventana—. Pero, a cualquier precio, trataré de que mi casamiento dure.

—Un matrimonio feliz puede ser una de las buenas cosas de la vida, Dorisse —dijo él.

Ella abandonó la cocina antes de que el abuelo pudiera decir algo más respecto de Nobby, y fue a su habitación para vestirse a fin de ir al centro. Nobby continuaba durmiendo; ella se cuidó de no hacer ruido mientras se cambiaba el vestido. Eran casi las nueve cuando abandonó la casa; ni Jarvis ni su padre se habían levantado aún.

Ross no se sorprendió al verla entrar en su oficina y cerrar cuidadosamente la puerta detrás suyo; pero le llamó la atención verla a aquella hora de la mañana. Ross

era un socio joven en la firma de abogados y su nombre no figuraba aún en la muestra en el frente del edificio. Pero podía ser leído en la puerta de su oficina, en letras pequeñas y prolijas. Le habían prometido que sería incorporado definitivamente a la sociedad dentro de unos pocos años. Ross tenía veintisiete años, era soltero y vivía solo en un departamento de dos habitaciones en el sector norte de la ciudad. Era el mayor de los cinco hijos de Chism. Físicamente era alto como su padre, pero en lo demás se parecía a su madre.

—¿Qué ha hecho ahora Nobby Hair? —preguntó, bromeando, a su hermana cuando esta tomó asiento en uno de los sillones de cuero, frente al escritorio—. Apuesto a que sé qué quieres en esta ocasión, Dorisse. —Frunció el ceño con fingida astucia profesional—. Quieres que te diga qué debes hacer para llevarte bien con Nobby. ¿Por qué tú y Nobby no pueden vivir en armonía? Hay en el mundo millones de parejas que viven con miembros de sus familias y pueden hacerlo durante años sin asesinarse mutuamente. ¿Por qué no pueden ustedes hacer lo mismo? Él no pasa de ser un niño grande que recuerda continuamente que años atrás era un astro de fútbol de segunda línea. Mientras conserve esa actitud pueril no podrá hacer nada de provecho. Lo que debes hacer es apartarlo de su pequeño mundo y hacerle comprender que los equipos de fútbol de los colegios tienen cada otoño un montón de héroes nuevos y mejores. Yo también pensaba que era un gran jugador cuando formaba parte del equipo del colegio; pero me quitaron esa vanidad cuando no me permitieron integrar el combinado de la universidad.

—No he venido hoy para hablar de Noble, Ross —dijo ella, incómoda—. Trataré de que Noble consiga un empleo y de que nos vayamos a vivir por nuestra cuenta. —Se inclinó hacia adelante en su asiento—. Se trata de otra cosa, Ross; y es muy importante.

La actitud de Ross varió de inmediato.

—¿Qué sucede, Dorisse? —interrogó preocupado.

Ella aspiró hondamente antes de responder.

—Papá llevó a Jarvis a cazar zarigüeyas anoche —comenzó a decir, tensa—. Cuando regresaron, de madrugada, Jarvis estaba borracho. El abuelo lo vio. Me dijo que papá le había hecho beber *whisky* a Jarvis.

Ross la miró atónito.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Estás segura, Dorisse? ¿Por completo?

—Creo firmemente en lo que dice el abuelo. ¿Tú no, Ross?

—Jamás he dudado de su palabra —concordó él.

—Yo no lo vi a Jarvis con mis ojos y me alegro de ello. El abuelo dijo que era casi de día cuando llegaron.

—Jarvis solo tiene once años —dijo Ross, mirando a su hermana—. Eso es grave. Es verdaderamente grave.

—¿Qué podríamos hacer, Ross? ¿No existe manera de convencer a papá de que abandone la ciudad y vuelva a vivir en el campo? Esa clase de cosas no sucedió

mientras vivimos en la chacra. —Se interrumpió y dirigió sus ojos a las manos que descansaban en la falda—. Pero entonces mamá vivía. Todo era completamente distinto.

—La última vez que traté de hablarle a papá de la conveniencia de vivir en el campo se enfadó y me dejó con la palabra en la boca. No sé cómo abordarlo. A veces pienso que tuvo un móvil secreto para venirse a la ciudad. De todos modos, es seguro que sucede algo que ignoramos. Me gustaría saber de qué se trata.

—Por mi parte sé que la próxima vez que se lleve a Jarvis con él de noche sucederá algo mucho peor.

—Papá nunca volvió a ser el mismo desde la muerte de mamá —murmuró Ross pensativo—. No entiendo bien el por qué. Ignoro si quedó deshecho al perderla o si la repentina libertad se le subió a la cabeza. Sin embargo, como ya te dije, puede haber para todo esto una razón absolutamente distinta. Él nunca se llevó bien con el abuelo. Es curioso que haya logrado tan rápidamente que el abuelo le cediera la chacra en cuanto murió mamá a fin de cambiarla por este simulacro de casa en la ciudad. Todo sucedió con tal velocidad, que solo me enteré cuando era demasiado tarde. Hubiera podido descubrir algún defecto en los títulos de propiedad de la chacra, o cualquier cosa por el estilo, para interrumpir indefinidamente la transacción. Pero ignoraba qué estaba tramando papá. Estaba tan ansioso por liquidar la chacra y venirse a la ciudad, que cerró trato sin decirme una palabra. Sabía que yo hubiera tratado de impedirlo.

La puerta se abrió y Chism hizo su entrada en la oficina. Estuvo inmóvil durante unos segundos, observando a Ross y a Dorisse, el ceño fruncido por la sospecha; luego tomó una silla y fue a sentarse junto a la ventana; equilibró el cuerpo sobre las patas traseras de la silla y sonrió sin separar los labios.

—¿Qué quieres, papá? —preguntó Ross.

—Sé muy bien de qué conversan ustedes —afirmó con un cabeceo de seguridad—. Hace un rato, al levantarme, supe por el abuelo lo que se estaba tramando. Lo obligué a decírmelo. Por eso me vine de inmediato.

Movió la cabeza con un gesto de satisfacción y dirigió una sonrisa a Dorisse, dándole a entender que nunca lograría ser más astuta que él.

—Y no lo pienso hacer —aseguró enfáticamente.

—¿Hacer qué? —preguntó Ross.

—Regresar al maldito campo, como planean ustedes. He venido aquí para quedarme y pienso adherirme a la ciudad como una sanguijuela a la piel. Un hombre tiene derecho a decidir por su cuenta qué quiere hacer y qué no. Y cómo y cuándo lo hará. No necesito que un abogado de a cuarenta dólares me lo explique. Nací con bastante sentido común y no se me ha debilitado en mis cuarenta y ocho años de vida. Soy, simplemente, un hombre corriente con una porción de bien y otra de mal, como cualquiera de los que vemos pasar por la calle. Hay muchos hombres así en este mundo y yo soy uno de ellos. No me acercaría a mi prójimo para insultarlo por el hecho de que sea distinto de mí. Deseo ser tratado de igual a igual. Si alguno de

ustedes ambiciona algo que no tiene, puede luchar por conseguirlo. Pero no deben insultarme porque desee cosas diferentes. Salgo de vez en cuando a cazar zarigüeyas y algún día tendré un negocito. ¿Qué más necesita un hombre para sentirse contento con lo que le ha tocado en suerte?

Cruzó las piernas y se repantigó en la silla.

—Hablemos ahora de Jarvis. El hecho de que me haya llevado al chico a cazar zarigüeyas y le haya ofrecido un trago de una botella, no justifica que nadie se ponga histérico. Cazar zarigüeyas no sería ni la mitad de lo que es si un hombre no pudiera hundirse de noche en los bosques, lejos de las mujeres, y tomar un trago o dos. El asunto es así y todo el mundo lo sabe. El niño tiene que crecer y hacerse hombre. No voy a permitir que un hijo mío sea manejado por mujeres y viejos decrepitos.

—¡Pero, papá, Jarvis solo tiene once años! —dijo Dorisse—. No pasa de ser un bebé. Tú bien lo sabes.

—Lo hice un poco menos bebé anoche y pienso lograr mucho más la próxima vez.

Ross y Dorisse se contemplaron descorazonados. Chism sonrió al observar su preocupación.

—Eso es lo que le pasa a la gente —comentó—. Todo el mundo está convencido de saber qué es lo que más conviene a su vecino; pero no hace nada por mejorarse a sí mismo. Si yo estuviera en tu lugar, Dorisse, me ocuparía de Nobby Hair y satisfaría en él mis ganas de mejorar a los demás. Tendrías trabajo para rato con Nobby. Ya me estoy hartando de que siga viviendo a mi costa. Trata de que salga a la calle y se busque un buen empleo; y si eso es imposible, déjalo y búscate a otro que pueda mantenerte. No conozco nada más lamentable que una mujer hermosa que no logra ser mantenida por un hombre. En todo caso, mereces algo mejor que Nobby Hair. No es digno de que una mujer como tú se la pase llorando por él. Puedes lograr una situación mucho mejor en la vida. Consíguete un hombre trabajador que traiga a casa un poco de dinero cada noche de sábado. Un hombre puede ser tan feo como el pecado; pero si es capaz de mantenerte, habrás obtenido lo que toda mujer necesita.

—Nos mudaremos a una casa nuestra, papá —repuso ella rápidamente—. Noble va a trabajar.

—¿Sí? —contestó Chism con escepticismo; sacó papel y tabaco y se puso a liar un cigarrillo—. Si repites eso una buena cantidad de veces terminarás por creerlo tú misma, ¿no te parece? Me gustaría cobrar una semana del alquiler que me debe Nobby Hair por cada vez que te he oído decir esas mismísimas palabras. Estoy seguro de que caería muerto si viera a Nobby Hair hacer algo más fatigoso que pasar una pluma de pato de una mano a otra. Lo juro.

Dorisse se puso de pie y se dirigió a la puerta.

—Será mejor que me vaya, Ross —dijo con prisa—. Habla tú con papá.

Luego que se hubo marchado, Chism evitó tanto tiempo como le fue posible mirar directamente a su hijo. Quedaron sentados en silencio, cada uno esperando que

el otro tomara la palabra. Por fin, Chism se levantó y arrojó el cigarrillo a un cenicero.

—¿Por qué quieres quedarte en la ciudad, papá? —preguntó Ross con gravedad—. Sería mejor para todos que volvieras al campo. Lo sabes.

—Te daré un buen motivo para no hacerlo —repuso su padre de inmediato—. Estoy orgulloso de ti, hijo mío, y quiero permanecer a tu lado para verte triunfar y convertirte en un gran hombre. No me sorprendería verte llegar a gobernador o algo así. Sé que eres capaz de ello. Solo es cuestión de tiempo y de mantenerte en contacto con la gente que puede serte útil. No te avergüences de aceptar al principio algún humilde cargo político. Pronto oirás decir que desean verte hacer algo más importante y te encontrarás en el pináculo antes de que puedas darte cuenta. Así es la naturaleza humana, hijo. Los más grandes fracasos en este país fueron de aquellos políticos que demostraron demasiado pronto sus ambiciones. Muéstrate servicial, mantente en contacto con los hombres apropiados y el pueblo se encargará de hacer el resto.

Ross sonrió con timidez.

—Mi ambición es llegar a ser un buen abogado, papá. Prefiero destacarme en la abogacía antes de pensar en triunfos políticos.

—Poquísimos abogados han despreciado un cargo político en esta parte del mundo. Tendrían un porvenir bien pobre los abogados si no fuera por las probabilidades de la política. Con la abogacía puede ganarse para pan y café; pero la política proporciona además la manteca y la crema para el café.

Ross abrió un cajón y extrajo un sobre. Lo abrió y fue colocando varios papeles sobre el escritorio. No dijo una palabra hasta que comprendió que había despertado la curiosidad de su padre.

—Sí, pensaré en eso, papá —comenzó a decir con aire distraído—. Me gustaría hablarte de un asunto que estoy estudiando para un cliente. Este hombre se ha estado ocupando de la explotación de bosques en escala reducida y ahora quiere liquidar sus negocios por razones de salud. Creo que podría lograr que te vendiera sus intereses a un precio razonable. Tiene una gran extensión de tierras a unos quince kilómetros de la ciudad, provista de un pequeño aserradero. El negocio tiene muy buen aspecto.

—¿Cuánto terreno para arar hay alrededor de ese aserradero de que me hablas? —preguntó Chism con desconfianza.

—No lo sé con exactitud —replicó Ross, inclinándose sobre los papeles—. Algo hay, por supuesto. De todos modos, no tendrás por qué cultivarlo todo. Bastará con lo suficiente para...

—Si tuviese que arar un solo maldito surco antes de la hora de mi muerte, estaría haciendo mucho más trabajo de chacarero que el que aceptaría estando en mis cabales. Si me hablaras, en cambio, de algún pequeño negocio aquí en la ciudad...

—Pero lo importante en este asunto, papá, es el aserradero. Puede hacerse mucho dinero con madera en esta época. No me sorprendería si...

—No me sorprendería si estuvieras haciendo todo lo posible por engañarme y

hacerme volver a la maldita campaña a trabajar en la tierra.

—Bueno, supongo que querrás vivir cerca del aserradero para vigilar su marcha. Pero en cuanto a la agricultura tomada en serio...

Chism se puso de pie y se despezó. Luego caminó sin prisa hacia la puerta.

—¿Pensarás en el negocio del aserradero, papá? —preguntó Ross, siguiendo a su padre a través de la oficina.

—Si pienso en él, no creo que llegaré a pensar en forma distinta. Ni siquiera pensaría por mucho tiempo en una mina de oro si estuviera rodeada de tierra laborable.

CAPÍTULO V

Era poco más de medianoche cuando el diputado Daniel Boone Blalock y dos ingenieros del gobierno que estaban realizando una inspección en las vertientes por encargo de un comité del Congreso, entraron al Café Rainbow y pidieron bifés con papas fritas. Vickie estaba apoyada en el mostrador charlando con Ben Humphrey cuando reconoció al diputado. Hacía media hora que Ben trataba de obtener una cita de ella; pero Vickie perdió todo interés en sus palabras en cuanto vio a Daniel Boone Blalock. Pocos minutos después, Ben se marchó desilusionado.

Pauline, la otra camarera del turno de la noche, estaba preparando un mantel limpio y servilletas; pero antes de que pudiera llevarlas a la mesa donde se había sentado Dan con los ingenieros, Vickie se las arrebató y se puso ella misma a preparar la mesa. Cuando Vickie le quitó la mantelería de las manos, Pauline, que le llevaba diez años de edad y era gruesa y poco atractiva, corrió llorando hacia el lavatorio y se encerró con llave. Nick Dopolous, el propietario del Café Rainbow, fue rápidamente hacia la puerta del lavatorio y le suplicó que saliera para atender a un par de clientes que acababan de acomodarse frente al mostrador. Pauline se puso a llorar más fuertemente y se negó a abrir la puerta. Nick tuvo que atender personalmente a los parroquianos.

—Es maravilloso volver a verlo, señor Blalock —dijo Vickie alegremente. Era la primera vez que dirigía la palabra a Dan Blalock; trató de disimular su nerviosidad inclinándose junto a él y rozándole al descuido un brazo con su cadera—. No sabía que se encontraba en la ciudad, señor Blalock. ¿Acaba de llegar? ¿Permanecerá por mucho tiempo?

Dan se echó hacia atrás en su asiento y la contempló con interés. Una sonrisa de satisfacción se extendió sobre su cara redonda y rubicunda.

—Es esta, en verdad, una bienvenida bien agradable —dijo afablemente, siguiendo con los ojos el movimiento del cuerpo ceñido por el uniforme amarillo y blanco. Dan era un hombre corpulento, de unos cincuenta años, de aspecto imponente. Sus rasgos, en especial la nariz, eran pequeños y femeninos, así como sus manos; pero su rostro era lleno y encarnado. Había sido diputado durante cinco períodos y lo habían reelegido en el pasado otoño sin seria oposición. Durante sus muchos años de diputado ninguno de sus partidarios fieles había visto rechazado ningún pedido razonable; se decía que Daniel Boone Blalock era capaz de crear un puesto en el gobierno para cualquiera de sus leales electores que estuviera verdaderamente necesitado. Cuando el Congreso estaba en receso, Daniel recorría su distrito día tras día y semana tras semana, estrechando manos, haciéndose conocer por los niños y pulsando opiniones respecto a los asuntos que podrían ser debatidos en el Congreso, a fin de estar seguro de votar de la manera adecuada.

—¿Puedo serle útil en algo más, señor Blalock? —le preguntó Vickie con una encantadora sonrisa. Sabía cómo enfrentar audazmente la mirada de un hombre y

apartar luego con lentitud los ojos, como si temiera las consecuencias de mirarlo durante demasiado tiempo.

—Me gustaría que me hiciera esa pregunta a mí —dijo uno de los otros hombres, moviendo la cabeza con expresión desolada.

Dan le hizo una seña a Vickie, pidiéndole que se acercara; y cuando ella se inclinó, haciendo que su oreja rozara los labios de él, le susurró:

—Eres demasiado hermosa para perder tiempo con ellos. Hay en el océano peces más gordos que estas mojarritas.

—¡Por favor, señor Blalock! —contestó ella, pudorosa, mientras se apartaba—. Me extraña que sea capaz de decir semejante cosa a una muchacha como yo.

Los dos ingenieros de Washington, sacudidos por la risa, golpeaban la mesa con los puños mientras Dan Blalock, riendo con todo el cuerpo, hizo un guiño a Vickie.

Ella se alejó de los hombres que continuaban riendo y fue al lavatorio a retocarse los labios y empolvase. Cuando salió unos minutos después, Pauline, con el ceño fruncido por la ira, tropezó con ella en el extremo del mostrador.

—Vickie Crockett, no pasas de ser una coqueta barata —le dijo Pauline con maldad—. Ninguna muchacha decente sería capaz de hacer las cosas que tú haces.

—Cuídate de tus propios asuntos —repuso Vickie, empujándola—. No necesito tus consejos.

Pauline se lanzó hacia adelante y trató de sujetar a Vickie por los cabellos; pero Nick, al que anteriores experiencias habían enseñado que era necesario vigilar a las camareras muy de cerca en momentos semejantes, logró apartarlas y ordenó a Vickie que fuera a recibir el pedido de un cliente en el otro extremo del mostrador. En ese momento Dan Blalock alzó una mano para llamar a Nick.

—Estupendos los bifés de esta noche, Nick —dijo con un amplio ademán—. No recuerdo haberlos saboreado mejores.

—Me alegro, diputado —repuso Nick, inclinándose con una sonrisa—. Siempre trato de ofrecerle lo mejor, diputado.

Empleando la servilleta, Dan se sacudió las migas del chaleco.

—Siempre me encanta tener la oportunidad de correrme hasta el centro y comer un bocado en el Café Rainbow —continuó, como si se negara a escuchar una interrupción en un debate—. Usted siempre atiende muy bien tanto a mí como a mis amigos y se lo agradezco sinceramente, Nick. Es un verdadero placer comer uno de estos excelentes bifés en el Café Rainbow. —Dan aceptó el cigarro que le ofrecía uno de los ingenieros—. Además —dijo, mientras examinaba la etiqueta del puro—, debo felicitarlo por hacernos atender por una joven tan encantadora. Su presencia ha convertido la cena de esta noche en una experiencia inolvidable.

Nick, con las manos juntas sobre el estómago, cabeceó varias veces. Dan, entretanto, había apartado la silla de la mesa y daba ahora la espalda a los hombres de Washington. Luego, indicando a Nick que se acercara, le susurró al oído en tono confidencial:

—Mis amigos y yo vamos a tomar un último trago en mi habitación del hotel. — Había bajado la voz para no ser oído por los otros—. Me gustaría que usted y esa encantadora joven nos acompañaran, Nick.

—Sería para mí un placer aceptar, diputado —replicó Nick nerviosamente—, pero me es imposible descuidar el café. No hay quien atienda la caja. No puedo abandonar el negocio. Usted sabrá entenderme.

—Claro está, Nick —dijo Dan, mostrándose comprensivo—. No se me ocurriría insistir si tales son las circunstancias. De todos modos, me siento desilusionado, ya que deseaba encontrar la manera de testimoniarle mi agradecimiento por tan excelente cena. —Extendió un brazo y sujetó a Nick por la solapa. Luego continuó, susurrando—. Me gustaría mucho que la joven (usted sabe a cuál me refiero, por supuesto), que la joven aceptara mi invitación. Estoy viviendo en el Southland, a la vuelta de la esquina. Habitación 505. Dígale que utilice la entrada lateral.

—Claro que sí, diputado —susurró Nick con un enérgico movimiento de cabeza—. Vickie puede ir. Le transmitiré su mensaje. La otra camarera puede atender a los clientes hasta que ella regrese.

—Espere un momento, Nick —dijo Dan, tironeando de la solapa—. No deseo que le fije un límite de tiempo. Se trata de una visita social, ¿sabe usted? Dígale... dígale a Vickie que la espero dentro de unos quince minutos. Habitación 505. Y no olvide decirle que use la entrada lateral, Nick.

Uno de los ingenieros pagó la cuenta, dejando una propina de cincuenta centavos para Vickie e hizo una cuidadosa anotación en una libretita roja. Dan, carraspeando ruidosamente, devolvió la moneda al ingeniero y colocó junto a su plato un dólar. Luego los tres se pusieron de pie y estrecharon la mano a Nick. Dan se volvió y saludó a Nick con la mano desde la puerta.

Nick no dijo nada a Vickie hasta que esta terminó de arreglar la mesa. Después, mientras Pauline atendía a un cliente, la llamó hasta el lugar que ocupaba detrás de la caja, trepado en el alto taburete.

—El diputado va a dar una fiestecita ahí a la vuelta, en el Southland —le dijo con indiferencia—. Está en el 505. Me encargó decirte que te esperaba dentro de unos minutos.

—¿Cuánto me vas a descontar si voy, Nick? —preguntó ella.

—No sé qué decirte. Depende. Se trata de un buen cliente. Pero si te quedas demasiado tiempo, tendremos que estudiar la manera de que lo recuperes.

—¿A qué llamas demasiado tiempo, Nick?

—Pues... prefiero no decirlo exactamente.

—También yo, Nick. Entonces, ¿por qué no lo dejamos así? Cuando vuelva, habré vuelto.

—Bueno, es asunto tuyo, Vickie —dijo inexpresivamente—. Pero si no vuelves esta noche tendremos que ver cómo recuperas el tiempo perdido, o si no te lo descontaré del sueldo.

—Entonces, Nick, lo mejor será que resuelvas descontármelo desde ahora. Porque tengo el presentimiento de que no estaré de vuelta esta noche.

—¿No estarás pensando en renunciar a tu trabajo, eh? —preguntó él con preocupación—. No sé de dónde sacaría otra camarera nocturna si me dejas.

—¿Qué te hace pensar que dejaré de trabajar?

—Él es un gran hombre, Vickie. Es uno de los que cuentan. Si quiere, puede hacer mucho por ti.

—Bueno, ese es otro motivo para que no esté de vuelta esta noche —contestó ella riendo mientras se dirigía al lavatorio.

Luego de cepillarse cuidadosamente el cabello y quitarse el uniforme, se puso su vestido de calle y salió dirigiéndose a la puerta de entrada. Pauline, que había sospechado que Vickie salía para encontrarse con Dan Blalock, estaba parada detrás del mostrador.

—¡Lo que son capaces de hacer algunas mujeres por un par de medias baratas de nylon! —comentó Pauline en voz alta—. Ojalá se te rompan en cuanto te las pongas.

Vickie la oyó claramente, pero continuó en línea recta hasta la puerta para no darle a Pauline la satisfacción de verla volverse y mirar por encima del hombro. Nick, con un diario desplegado frente a la caja, se mantuvo inmóvil hasta que Vickie pasó frente a él y llegó a la puerta.

—Vickie —llamó, alzando un momento la vista del diario—, el diputado dijo que usaras la puerta lateral del Southland.

—No es la primera vez que voy al Southland —repuso ella, impasible.

Nick continuó leyendo y ella salió a la calle. Apresuró el paso y dobló la esquina en dirección al Southland.

Era un hotel bastante moderno, de seis pisos, con cortinas de «*chintz*» en las ventanas del vestíbulo y agua corriente y ducha en cada habitación. Pasó de largo rápidamente frente a la puerta principal, penetró por la lateral y fue por el vestíbulo hasta llegar al ascensor. El ascensorista nocturno, un negro, estaba profundamente dormido; tuvo que sacudirlo hasta despertarlo. Cuando llegaron al quinto piso, el muchacho, soñoliento, la observó buscar la pieza 505 en el pasillo.

Luego de llamar suavemente, se alisó rápidamente el cabello y la pollera. Dan Blalock, como si hubiera estado esperando con la mano en el picaporte, abrió la puerta de inmediato. Vickie se sorprendió al verlo vestido con un pijama de seda verde brillante y durante un segundo creyó haberse equivocado de habitación; pero se sorprendió aun más al entrar en el cuarto y no ver a los otros hombres. Dan echó llave en seguida a la puerta y rodeó a Vickie con un brazo.

—¡Pero, señor Blalock! —exclamó ella, apartándose un poco y mirando con inocencia su redondo rostro rubicundo—. Creí que se trataba de una pequeña fiesta... quiero decir, con otras personas. ¿Dónde están sus amigos, señor Blalock? ¿Por qué no se encuentran aquí?

—En realidad, Vickie, tenía la esperanza de que se reunieran con nosotros. —Le

puso una mano en el hombro y la acarició para calmarla—. ¿Pero sabes qué sucedió? Les vino sueño. Parece que no están acostumbrados a permanecer de pie mucho después de la puesta del sol. —Se rio de lo que acababa de decir—. Pero no nos preocupemos por ellos —dijo, apretándola suavemente mientras la conducía hasta el otro extremo de la pieza—. Tendremos nuestra propia fiestita, ¿verdad, Vickie? Tú, yo y nadie más. Así será mucho más íntimo, ¿no te parece?

Vickie colocó su bolso sobre la mesa y aceptó el vaso que le ofrecía Dan. Era un vaso para agua, de tamaño mediano, lleno hasta la cuarta parte con *whisky* color ámbar. El vaso de Dan estaba casi lleno. Él la estaba observando, pero no hizo ningún comentario cuando ella cerró fuertemente los ojos y bebió un trago. Luego Vickie se sentó sobre el lecho, fascinada por el aspecto del bien cortado pijama de seda verde.

Dan acercó a la cama la mesa con las botellas y los vasos y se sentó junto a ella. Luego de beber otro vaso se echó hacia atrás, apoyándose en los codos, y contempló a Vickie largamente.

—Eres una muchacha excepcionalmente hermosa, Vickie —dijo, moviendo la cabeza con satisfacción. Su voz era muy profunda; el final de las frases sonaba como un ronco y apagado susurro, enfático e impresionante, sin embargo—. Me di cuenta a la primera mirada que te eché en el café Rainbow. Tu belleza me atontó, como es forzoso que atonte a todo hombre de sangre roja normal. No tengo con frecuencia la buena suerte de encontrar muchachas tan encantadoras. No sabes qué contento estoy de que hayas venido aquí esta noche. Me sentía muy solo. Un hombre en mi posición está condenado a llevar una existencia tristemente solitaria. Es una vida difícil... podría decirse que es una forma de existir que me fue impuesta desafiando todas las leyes de la naturaleza. Aquí estoy, completamente solo en mi distrito, mientras mi mujer, que es un poco madura y de carácter retraído, se encuentra en Washington. Mi deber es visitar periódicamente el distrito y hablar con la gente de sus problemas. Pero vivir así resulta inhumanamente solitario... sin verdaderas amistades, sin compañía amable.

Vickie se deslizó sobre la cama hasta poder apoyarse en la cabecera; se acomodó con las piernas dobladas bajo la pollera.

—¿Por qué no lo acompañan sus amigos, señor Blalock? Quiero decir, los hombres que estaban esta noche con usted en el Rainbow. —Le acarició una mano cariñosamente y le hizo una encantadora sonrisa—. Si es cierto que de veras se siente tan solo, le tengo lástima, señor Blalock. Lo digo en serio.

—Llámame Dan, Vickie. Dan a secas.

—Sigo pensando que sus amigos debieran acompañarlo en lugar de marcharse como lo hicieron.

—¿Amigos? —dijo él con un fatigado movimiento de cabeza, mientras se aproximaba a ella—. No tengo amigos, Vickie. Un hombre que se encuentra en mi posición no tiene lo que un ser común podría llamar amigos en el verdadero sentido de la palabra.

Ella lo miraba, fascinada por el sonido de la voz cada vez que se hundía afónica en el pecho al llegar al final de una frase.

—No, Vickie. Tengo alianzas políticas, compromisos, enemigos declarados y en potencia. Pero no tengo un solo amigo en todo el vasto mundo. Ese es el precio que un hombre debe pagar para poder servir a su país. La vida de un diputado es ingrata. No es posible tener amigos y tratar al mismo tiempo de mejorar la situación del país. Por eso la política ha constituido, constituye y constituirá una carrera poco deseable.

Se acercó más y puso su cabeza sobre el regazo de Vickie. Esta comenzó a acariciar el cráneo calvo con un retardado movimiento de los dedos. Dan ronroneaba complacido.

—El único momento de mi vida en que me es posible descansar y abandonarme a los comunes placeres humanos —continuó Dan roncamente— es cuando puedo encerrarme en la habitación de un hotel con una botella de *whisky* y una compañera cuya belleza deslumbra los ojos y enciende el corazón. No me es posible mostrarme en público, como los hombres normales, jugar al golf o salir a cazar patos o, simplemente, sentarme en el vestíbulo de un hotel, sin mantenerme permanentemente en guardia contra las habladurías y las chicanas de la política. Si me descuido un solo instante y formulo el más inocente comentario sin medir primero sus posibles consecuencias inmediatas o posteriores, ya sea en mi casa como fuera de ella, tarde o temprano se me escaparía una frase capaz de derrumbar toda la estructura de mi posición política y, acaso, provocar también la caída de mi partido. Sí, llevo sobre los hombros una seria responsabilidad que consiste en mucho más que mi carrera política personal. Por eso digo que los únicos momentos de paz, de descanso y de verdadera felicidad humana de mi vida me son concedidos cuando me encuentro en una habitación de hotel, con las puertas cerradas y las cortinas corridas, con algunas botellas de buen *whisky* y una compañera amable, que me interese como me interesas tú. Tal vez no te des cuenta, Vickie; pero me has ayudado a afrontar con más confianza los problemas del mañana.

—Pero, señor Blalock, es usted un hombre tan importante... Y yo pensaba que todos los hombres importantes...

—Por favor, Vickie, llámame Dan. Dan, simplemente.

—Bien, Dan... Yo pensé que se estaba divirtiendo mucho con aquellos hombres en el Rainbow. Se reía usted a carcajadas, como si se estuviera divirtiendo.

—Simulación, Vickie. Nada más que eso. Bajo aquella superficie existía un hambre devoradora de verdadera y cordial compañía, como esta que has venido tan gentilmente a ofrecerme. Durante todo el tiempo no hice otra cosa que pensar cuánto descanso y felicidad podrías darme en esta habitación de hotel. Tal vez no te des cuenta, Vickie; pero tu presencia en este momento es un verdadero don del cielo. Hace unos minutos, antes de que atravesaras el umbral de esa puerta era yo un hombre cansado y solitario. Ahora, en cambio...

La rodeó con los brazos y la atrajo.

—¿Qué puedo hacer por ti, Vickie? —preguntó, la ronca voz hundiéndose en la profundidad del pecho. Ella acarició la franja de cabello en la parte posterior de la cabeza de Dan—. ¿Qué quisieras tener como muestra de mi estimación, Vickie?

—Es esto tan repentino, señor Blalock... Dan, quiero decir. Ni siquiera se me había ocurrido. El solo hecho de conocerlo es más que lo que puede ambicionar una muchacha. Nunca en mi vida he conocido a un hombre de la importancia suya y me resulta tan maravilloso saber que le gusto. Me resultaría muy incómodo pedirle la menor cosa.

—No debes tener esos sentimientos conmigo, Vickie. Siempre espero que se me pida algo. Esa es la costumbre. ¿Hay algún miembro de tu familia... algún pariente cercano, naturalmente, al que pueda hacer un favor? Un hermano, una hermana, o...

—Está Ross —dijo Vickie de inmediato—. A Ross tal vez le gustaría...

—¿Ross? —preguntó Dan—. ¿Quién es Ross?

—Ross Crockett, mi hermano. Es abogado, y él...

—Crockett. Abogado. Ross Crockett. —Dan sacudió la cabeza—. No creo haber tenido el placer de conocerlo. Tampoco he oído hablar de él. ¿Es nuevo en la profesión?

—Su oficina está en Courthouse Square y trabaja muchísimo. Hace solo dos o tres años que se recibió. Estoy segura de que Ross apreciaría cualquier cosa que usted pueda hacer por él, Dan.

—Puedes estar segura de que lo visitaré —dijo Dan—. ¿Y qué hay de tu padre? ¿Puedo hacer algo por él, Vickie?

—¿Papá? —Estuvo pensando durante un momento—. Sería muy bueno que pudiera hacer algo por él. De ese modo no tendría necesidad de seguirle entregando diez dólares semanales de mi salario.

—¿En qué se ocupa tu padre?

—En nada. Pero antes tenía una chacra.

—Me ocuparé de ese asunto, Vickie —prometió Dan—. Ahora piensa en ti misma. Una hermosa muchacha como tú...

—¿Sería mucho pedir un anillo, Dan?

—¿Qué clase de anillo? —preguntó él con voz ronca.

—Pues, cualquiera que tuviese un diamante —susurró ella, acurrucándose en los brazos de Dan—. Siempre he deseado tener un anillo con un diamante.

Dan aspiró hondamente, retuvo el aire tanto como pudo y luego lo dejó escapar con un prolongado gruñido. Se levantó y volvió a servir *whisky* en los vasos vacíos.

CAPÍTULO VI

Después de la cena, Chism se puso el sombrero, tironeando del ala para acomodarlo en la cabeza y salió malhumorado al porche trasero. Dorisse, Jane y los demás se hallaban aún en el comedor; Chism se detuvo en la oscuridad, escuchando el sonido de sus voces y contemplando las luces de las casas vecinas. El abuelo Crockett había hablado durante casi media hora sobre la diferencia de sabor y calidad entre el jamón curado en el campo y el que se compra en las ciudades; y tanto Dorisse como Jane habían dirigido a su padre, a través de la mesa, miradas de reproche. Aquella noche la comida había consistido en arvejas guisadas con carne. Chism no había pronunciado una palabra durante toda la comida y continuaba aún disgustado. En aquel mismo instante decidió marcharse a cualquier parte con el fin de no permanecer en la casa y darles la oportunidad de dirigirle indirectas acerca de lo bien que habían vivido en la chacra.

Chism continuaba rezongando cuando oyó a Jarvis abandonar la mesa y atravesar el vestíbulo; descendió los escalones de inmediato y se dirigió hacia el galpón junto a la callejuela. Jarvis, haciendo sonar con fuerza la puerta de alambre tejido, cruzó corriendo el porche y lo alcanzó antes de que pudiera desaparecer.

—Papá, ¿vas a cazar zarigüeyas también esta noche? —gritó Jarvis, sin aliento. Cuando sintió que Jarvis lo sujetaba de la chaqueta, Chism golpeó la mano del niño y trató de apartarlo—. ¿Puedo acompañarte, papá? ¿Me dejas, papá?

—No he pensado ir a cazar zarigüeyas esta noche —repuso enojado, empujando a Jarvis con un ademán impaciente—. Vuélvete a la casa y deja de importunarme.

Dorisse salió al porche trasero y desde allí llamó a Jarvis repetidas veces. El niño estaba por contestar cuando miró a su padre. Vuelto en dirección a Dorisse, Chism sacudió la cabeza.

—Sé que estás ahí, Jarvis —gritó Dorisse indignada tratando de descubrirlo en la oscuridad—. No te atrevas a salir esta noche. —Estaba de pie, incapaz de hacer nada, escudriñando la oscuridad—. Dile a papá que no quiero que salgas. No te atrevas a moverte de ahí.

Jarvis contempló a su padre que continuaba inmóvil y silencioso. De pronto Chism sacudió la cabeza y se alejó.

Dorisse volvió a llamar y Chism continuó andando hacia el galpón, cada vez más presuroso y resuelto. Jarvis vaciló un instante; luego echó a correr y alcanzó a su padre. No se detuvieron hasta llegar a la calleja.

—¿Dónde vas esta noche, papá? —preguntó Jarvis en voz baja—. Quiero acompañarte, papá. ¿Puedo, papá? No tendré que quedarme en casa como quiere Dorisse, ¿verdad?

—Tú recuerdas el escándalo que hicieron la última vez que te llevé conmigo —dijo, contemplando la figura de Dorisse en el porche—. Cada uno de ellos gritó como si el mundo se viniera abajo. —Escupió hacia el suelo—. Actúan como si tuvieran

derecho a gobernar a todos los demás. Tengo tanto derecho como ellos a decidir qué debes hacer y qué no.

Se apoyó en el galpón y estuvo mirando las luces que brillaban en las ventanas de las casas, al otro lado del callejón. Jarvis se acercó más a su padre y sujetó el borde de su chaqueta, aguardando a que Chism decidiera si podía acompañarlo. Ya había resuelto beber un poco de *whisky* sin la menor protesta en cuanto su padre se lo ordenara.

—¡Jarvis! —volvió a gritar de pronto Dorisse con todas sus fuerzas—. Sé que estás escondido ahí. Haz lo que te ordeno. Ven en seguida a casa. ¿Me oyes, Jarvis? No quiero que salgas con papá. No me importa lo que diga él. No vayas con él a ningún lado. ¿Entiendes, Jarvis? ¡No te atrevas a marcharte con papá!

Chism sentía los tirones que daba Jarvis a su chaqueta.

—¿Tengo que obedecerla, papá? —preguntó en un susurro—. No tengo que volver a la casa, ¿verdad? —Comenzó a tironear de la chaqueta con mayor fuerza—. Quiero ir donde tú vayas. No tengo que obedecerla, ¿verdad?

—No —dijo Chism en firmeza—. No tienes por qué obedecerla. Soy tu padre. Quédate a mi lado. No me gusta esa manera que tienen de planear cosas y de empeñarse en que se cumpla su voluntad en todo. Es hora de terminar con esto.

Dorisse volvió a llamar varias veces más. Finalmente se dio por vencida y entró de nuevo a la casa. En cuanto la vio desaparecer, Jarvis alzó los ojos hacia su padre.

—Quiero ser como tú, papá —dijo—. Quiero hacer todo lo que hagas. No me voy a negar la próxima vez que quieras darme un poco de *whisky*.

Chism miró a Jarvis.

—Se han puesto de tal modo que tratan a los demás como si fueran basura. Y me estoy hartando de eso. —Enfurecido, golpeó el suelo con un pie—. Esto empeora cada día. Pensé que me dejarían en paz y no volverían a molestarme hablando de la maldita chacra. ¡Infiernos! Oyéndolos hablar cualquiera creería que trabajar en la chacra es la mismísima gloria divina. Sé, mejor que nadie, qué es lo que quiero.

Los manchados sabuesos encerrados en el galpón comenzaron a gemir para que los pusieran en libertad. Chism les había dado de comer antes de la cena y había vuelto a encerrarlos. Estaban los tres arañando la puerta.

—Quiero que llegues a convertirte en un verdadero hombre, hijo —prosiguió Chism mirando hacia la luz en la ventana de la cocina—. Escúchame. Tal vez yo no sea muy inteligente tratándose de ciertas cosas; pero tengo criterio bastante para saber lo que estoy diciendo ahora. No quiero que un hijo mío llegue a grande y no sepa cómo valerse por sí mismo. En lo que respecta a eso, estoy absolutamente resuelto. Si llegara a morirme ahora o me sucediera algo, te tomarían en sus manos y harían de ti una nenita en poco tiempo. Por eso quiero que me escuches y aprendas a cuidar de ti mismo. De ahora en adelante, deberás escucharme, Jarvis. Ni tu abuelo ni ninguno de ellos sabrá educarte de la manera que yo deseo. Soy tu padre. De hoy en adelante harás lo que te diga.

Dejó de hablar y caminó hacia el centro del callejón. Jarvis se mantuvo caminando a su lado.

—Tengo una idea —dijo Chism—. Vamos.

—¿Adónde, papá?

—No preguntes. Ven conmigo.

Chism echó a caminar de prisa por el callejón hacia la calle en el mismo momento en que Dorisse volvió a surgir en el porche trasero para llamar a Jarvis. Fuertemente aferrado a la chaqueta de su padre, Jarvis trotaba a su lado rogando para que Chism no cambiara de opinión y lo obligara a retornar a la casa. Pocos minutos más y ya no podrían oír la voz de Dorisse; atravesaron la calle y entraron por otra calleja que los condujo hasta las vías del ferrocarril. Chism se detuvo en busca de alguna forma familiar que lo orientara; descubrió la alta chimenea de la curtiduría y comenzaron a alejarse de la ciudad. Caminaron unas cuadras a lo largo de la vía férrea, cruzando frente a varios tanques para petróleo y un depósito de maderas. Una cuadra más allá de este, un ramal cortaba la línea principal para terminar a poca distancia, frente a un chato depósito de un piso. Luego de examinar cuidadosamente los alrededores para asegurarse del lugar en que se hallaban, Chism echó a andar por el ramal, pisando los durmientes hasta llegar a pocos metros del depósito. Se detuvo, volvió a mirar a su alrededor y fue a sentarse en uno de los durmientes. Jarvis se acurrucó a su lado, estremecido por la excitación, preguntándose qué habían venido a hacer en aquel lugar. Una locomotora rodaba lentamente por la línea principal en dirección al centro.

Chism sacó el tabaco y se puso a liar un cigarrillo. Después lo encendió, protegiendo cuidadosamente la luz de la llama con ambas manos. Dio varias chupadas antes de hacer caer la ceniza con un dedo. Después miró a Jarvis.

—No tienes por qué contar a nadie que has estado aquí esta noche —murmuró—. Los hombres hacen muchas cosas que no cuentan a las mujeres de sus casas. Si quieres pasear conmigo, será mejor que no lo olvides. En caso contrario, es probable que la próxima vez que salga no te lleve.

—¿Qué hacemos sentados aquí, papá? —preguntó Jarvis, tembloroso.

—Espera y sabrás. Siempre suceden cosas si uno sabe dónde buscarlas. Por eso estamos en este lugar; ten paciencia. Pero te advierto que no quiero oír ningún alboroto en casa cuando despierte mañana. Te daré una buena paliza si no conservas cerrada la boca. Nadie hubiera sabido la otra noche que habías tomado un trago si no fuera por tu abuelo que se despertó para hacer un escándalo. No olvides lo que te digo.

Permanecieron sentados allí durante la media hora siguiente; a cada minuto Chism se volvía y echaba un vistazo al ramal. Fumó varios cigarrillos mientras estuvieron quietos en la oscuridad, chupándolos nerviosamente hasta convertirlos en diminutas colillas sujetas entre el pulgar y el índice. A medida que el tiempo pasaba, la curiosidad de Jarvis iba en aumento; deseaba hacer nuevas preguntas a su padre pero también temía hacerlo.

De pronto vio que Chism apagaba el cigarrillo con el pie y se levantaba. Desde algún lugar en la sombra les llegó el murmullo de pasos sobre la grava.

—Quédate aquí hasta que yo vuelva —le susurró su padre.

Estaba demasiado asustado para contestar; y cuando vio que su padre se alejaba rápidamente comenzó a llorar. Fue entonces cuando distinguió las siluetas de dos muchachas negras iluminadas débilmente por las luces callejeras a una cuadra de distancia. Las muchachas se detuvieron al ver que Chism se aproximaba a ellas; luego se volvieron y echaron a correr en dirección a la ciudad. Chism las alcanzó antes de que pudieran escapar. Jarvis dejó de llorar y trató de oír lo que su padre les estaba diciendo. De vez en cuando alguna de las muchachas contestaba algo; pero lo hacía en voz tan baja que era imposible comprender sus palabras. Luego de un rato, Chism y las dos muchachas negras se acercaron por el ramal. Las muchachas iban delante de Chism, sin hablar, pero se volvían casi a cada paso para mirarlo. Al pasar junto a Jarvis lo miraron intrigadas. El niño se alzó de un salto y corrió hacia su padre, temeroso de que lo abandonaran en la oscuridad. Las muchachas iban cada vez más de prisa, caminando con agilidad sobre la grava y los durmientes; Jarvis tenía que esforzarse para no quedar atrás. Cuando llegaron al depósito, las muchachas se detuvieron y miraron a Chism; Jarvis distinguió por primera vez la expresión de sus caras. En el umbral del depósito brillaba una sola y débil lamparilla eléctrica, iluminando apenas un furgón, cargado en parte con semillas de algodón y detenido justamente frente a la puerta del depósito. Chism hizo un ademán, indicando a las muchachas que se dirigieran al vagón. Sin despegar los labios, les señaló la puerta abierta del coche. Asustadas y nerviosas, las muchachas recogieron sus vestidos y treparon al vagón. Como Jarvis no podía subir por sí mismo, Chism lo alzó en brazos. Cuando todos estuvieron en el interior, Chism tomó asiento sobre un montón de semillas y lio un cigarrillo ayudándose con la luz que llegaba desde el depósito. Jarvis se sentó junto a su padre y contempló a las asustadas muchachas.

—¿Qué quiere de nosotras, señor? —preguntó la más alta con voz temblorosa.

Tendrían de dieciocho a diecinueve años; sus cabellos eran lacios y sus pieles de un marrón claro. Estaban de pie, una contra otra, en el centro del coche y la luz les daba directamente. Chism había oído la pregunta de la muchacha, pero no contestó. Luego de hacer su cigarrillo y perfeccionarlo entre los dedos, dijo riendo:

—Te conduces como si nunca antes hubieras estado de noche en un vagón.

—Y esa es la verdad —repuso la muchacha con decisión. Estuvo sacudiendo la cabeza—. Nos confunde con algunas otras, señor. Nosotras no vamos a ningún lado con hombres blancos, señor. Es la pura verdad, señor.

—Ahora estoy seguro de que no haces más que mentir. Tú bien sabes que no existe ninguna buena moza de piel amarillenta que no guste de los hombres blancos. —La más pequeña comenzó a temblar—. ¿Por qué tienen tanto miedo? ¿De qué se asustan? —dijo Chism burlándose.

—Queremos irnos a casa, señor, por favor —dijo la negra alta, con voz de

súplica. Se aproximaron un poco a la puerta—. Por favor, no nos obligue a quedarnos, señor. Queremos irnos a casa, es allí donde debemos estar.

—¡Aléjense de esa puerta! —gritó Chism. Esperó que ellas retrocedieran hasta el centro del vagón—. ¿Cómo te llamas? —preguntó a la muchacha alta.

—Ruby.

—¿Cómo se llama la otra?

—Ethelmae.

—¿No las he visto antes?

—No lo sé —repuso Ruby—. Me parece que usted es un hombre blanco desconocido.

—¿De dónde venían?

—De nuestro trabajo. Íbamos de regreso a casa, sin meternos con nadie, como siempre hacemos, cuando apareció usted y nos hizo subir a este viejo vagón.

—¿Qué clase de trabajo?

—Somos sirvientas.

—¿Trabajan para gente blanca?

—Sí, señor; las dos trabajamos para blancos.

—¿Los blancos siempre las tratan bien?

—Sí, señor; los blancos siempre nos tratan bien.

—Entonces, ¿por qué están tan asustadas ahora?

—Los hombres blancos, señor. Son ellos los que nos ponen en dificultades a nosotras, las muchachas de color. Usted sabe que es así, señor. Es la pura verdad.

—No lo pasarás mal si te portas bien conmigo.

—Preferimos irnos a casa. Es allí donde debemos estar.

—No hay ninguna prisa para ir a casa a estas horas —contestó Chism, riéndose de ella—. Todavía es temprano. Si te fueras ahora a tu casa no tendrías otra cosa que hacer que esperar a que pasara el tiempo.

Las dos muchachas cambiaron miradas de miedo. Ethelmae, la menor, era delgada y de estatura mediana. Ruby era alta y estaba completamente desarrollada.

—¿Para qué nos hizo entrar en este vagón, señor? —preguntó Ruby desesperada.

—¿Qué supones?

—No sé de qué está hablando, señor.

—Demonios, que no lo sabes. Todas las muchachas de piel amarillenta saben lo que quieren los hombres blancos.

—No debería hablar así, señor. Somos buenas muchachas, las dos.

—No se te ocurra decirme cómo debo hablar —gritó—. A las mujeres amarillentas les hablo como se me antoja. Ahora, quítate las ropas y deja de contestarme.

—No somos de esa clase de muchachas, señor —protestó ella—. Somos buenas chicas, las dos, y queremos irnos en seguida a casa.

—Si la casualidad me hiciera tropezar con una muchacha amarillenta que fuera

buenas, me caería muerto de asombro —dijo Chism, arrojándole un puñado de semillas de algodón—. Sé todo lo que hay que saber sobre ustedes. No he vivido todo este tiempo sin enterarme.

—Es que no nos conoce a nosotras dos, señor —dijo Ruby sacudiendo la cabeza con resolución—. Somos buenas muchachas, las dos. No queremos andar haciendo cosas con hombres blancos. Tal vez lo hagan algunas muchachas de color, pero nosotras no. Es la pura verdad, señor.

—Si sigues hablando así, terminarás por enfurecerme —le avisó—. Ahora, quítate la ropa. Las dos. Desnúdense en seguida.

—¿Qué hace este niño aquí? —preguntó Ruby mirando a Jarvis.

—¿Qué te imaginas? Está aquí como podría estarlo cualquier otro. Vamos, déjate de pretextos y desnúdate como te he dicho.

—No queremos disgustos, señor —dijo ella incómoda—. Ese niño es demasiado pequeño para estas cosas. Tengo miedo, señor. Por favor, déjenos marchar a casa.

—Si me obligas a tomarme el trabajo de ir a buscar un palo para golpearte, te arrepentirás de no haber cerrado la boca.

—No quise molestarlo, señor. Pero nunca he visto a un chico blanco haciendo estas cosas. Nos traería serios disgustos si fuera a su casa y lo contara a su madre.

Chism se levantó.

—No tiene madre. Basta de pretextos y quítate la ropa.

Ethelmae se acercó a la puerta, pero Chism la vio a tiempo para sujetarla antes de que pudiera saltar. La arrojó sobre las semillas de algodón.

—No me importa mucho por mí, señor —dijo Ruby—, pero le pediría que no obligara a Ethelmae a hacer esas cosas.

—¿Por qué no?

—Porque Ethelmae hace solo un mes que está casada y a su marido no le haría ninguna gracia. ¿Por qué, por favor, no la deja que se vaya a casa, señor? Le juro por la Biblia que yo me quedaré, que no intentaré huir, señor.

—¿Qué importancia tiene eso? Su marido no se enterará, salvo que ella se lo cuente. Dile a la otra que será mejor que se porte bien; si no lo hace iré a buscar un palo y la golpearé de tal manera que ni su marido ni nadie podrá reconocerla. Dile que si no se porta bien soy capaz de ser malo como un demonio. Una sola palabra más y avisaré a los del Klux. Ellos se encargarán de ponerlas en su lugar tan rápidamente que no sabrán ya qué es arriba y qué abajo.

—¿Usted pertenece al Klux, señor?

—¡Qué te parece! —contestó, burlándose de ella.

Ruby se dirigió a la parte sombría del vagón. Pasaron algunos minutos antes de que regresara.

—No quiere hacerlo, pero lo hará —anunció Ruby con tristeza—. Lamento que la haya obligado. Los hombres blancos no deberían andar haciendo esas cosas con las muchachas de color. No está bien, señor.

Chism lio otro cigarrillo y lo encendió. Se reclinó luego sobre un montón de semillas y sopló el humo hacia la puerta.

—¿Ethelmae y tú hacen el mismo camino todas las noches?

—Hasta hoy sí, pero no lo haremos más —repuso Ruby, desafiante—. Después de esto tomaremos el camino largo de la ciudad. Jamás volveré a usar ese viejo atajo mientras viva.

Chism apagó el cigarrillo en la suela del zapato y lo arrojó por la puerta del vagón.

—Demonios, eso no te servirá de nada —dijo con una risita—, por lo menos si se me ocurre buscarlas nuevamente. Las encontraré, de todas maneras, cualquiera sea el camino que elijan.

Se acomodó sobre las semillas de algodón.

—Acaso la próxima vez me entusiasme con Ethelmae. Estaría dispuesto a soportar muchas cosas por una muchacha amarillenta como ella.

CAPÍTULO VII

Un grupo de hombres se había reunido frente al edificio del Correo. Al principio Chism pensó que se trataba de una riña; pero al acercarse vio a Dan Blalock, de pie en medio del grupo y hablando con su voz recia para todos los que pudieran oírlo. Una docena de hombres, o poco más, rodeaba a Dan; Chism se introdujo lo más posible dentro del grupo. Dan estaba haciendo un largo y complicado relato acerca de un granjero cuya mujer se había fugado con el peón, gesticulando, deteniéndose a veces para reír; pero cuando llegó al punto culminante de la historia su voz descendió hasta convertirse en un ronco susurro. Chism trató de aproximarse aun más, empujando con los hombros; pero le fue imposible entender lo que decía Dan. Todos los hombres se pusieron a reír a carcajadas y varios de ellos golpearon la espalda de Dan; este, riendo para sí, volvió a encender su cigarro. No queriendo ser el único del grupo que no festejaba el chiste de Dan, Chism se apresuró a unir su risa a la de los demás. En ese preciso momento uno de los hombres lo tocó con el codo.

—No hay en este mundo ningún hombre capaz de contar un chiste como lo hace Dan Blalock, ¿eh? —comentó mientras se restregaba vigorosamente las manos—. ¿Le oyó contar alguna vez aquel sobre el tipo que se despertó en mitad de la noche para preguntarle a la mujer qué día de la semana era? Contado por Dan es uno de los mejores chistes del mundo. Podría pasarse un año entero escuchando a Dan Blalock contar sus cuentos. Puede tomar un cuentito viejo cualquiera; lo adorna aquí y allí, le quita una cosa o dos y termina por convertirlo en el cuento más gracioso que se haya oído nunca. Esté seguro, se necesita genio para eso.

—¿De qué trataba el que acaba de contar? —preguntó Chism.

—Oh, es conocido; ese de la mujer que se fugó con el peón llevándose todas las mantas y de lo que le contestó al marido cuando este le preguntó por qué había regresado tan apresurada, al oscurecer del mismo día. Todo el mundo conoce ese chiste; pero es necesario ser un Dan Blalock para contarlo de esa manera maravillosa.

La voz retumbante de Dan volvió a hacerse oír por encima del rumor de la conversación de los hombres. Todo el mundo dejó instantáneamente de hablar y empezó a empujar y codearse para no perder una sola palabra del cuento siguiente.

—Bueno, eso me recuerda un pequeño incidente que ocurrió hace unos años en el otro extremo de la región —comenzó Dan. Giró lentamente de un lado a otro y rio con aire de secreto mirando a los hombres, mientras su cara redonda y rubicunda espejeaba al sol.

Los hombres se codeaban y apretujaban anticipándose el cuento. Todos se lo habían oído contar a Dan; pero este recuerdo, unido a la esperanza de escuchar alguna leve variante, aumentaba su deseo de volverlo a oír en boca de Dan.

—Pues parece que había por allí un joven llamado Jeff Ransom que se casó con una viudita de diez y nueve años que había enterrado a su marido solo dos semanas atrás. Como era un muchachote campesino y sencillo, Jeff no estaba muy enterado

respecto de...

Dan se interrumpió. Los hombres esperaban en silencio que continuara su relato. Elevándose sobre las puntas de los pies, Dan miró por encima de las cabezas de los hombres. Luego, como si hubiera perdido interés en su cuento, lo finalizó apresuradamente. Chism no podía descubrir ninguna razón para que Dan Blalock lo mirara tan fijamente; se volvió para investigar el motivo de la curiosidad de Dan. Detrás suyo no había nadie. Dan se disculpó porque una cita lo obligaba a irse y fue abriéndose paso hasta el lugar en que estaba Chism; este se apresuró a apartarse de su camino y se sobresaltó cuando Dan le tomó la mano para saludarlo con entusiasmo.

—Tú eres Chism Crockett, ¿verdad? —dijo Dan mientras enlazaba con su brazo el de Chism y lo apartaba del grupo sin darle tiempo a contestar.

Caminaron rápidamente, alejándose del Correo. Chism estaba demasiado sorprendido para decir nada; era la primera vez en su vida que Dan Blalock le dirigía la palabra; se preguntaba cómo era posible que Dan lo conociera de vista o siquiera de nombre.

—Este es un encuentro muy afortunado, Chism —estaba diciéndole Dan en tono confidencial—. De todos los hombres que andan por el vasto mundo eres tú precisamente el que deseaba ver. Estuve preguntando por ti esta mañana cuando fui al Correo y temí tener que pasarme el día entero buscándote. ¿Cómo van las cosas, Chism? ¿Eh? ¿Cómo anda la familia? ¿Todos bien, espero?

Chism tragó con fuerza.

—La familia está bien —repuso, dirigiendo una corta mirada al rostro redondo y rubicundo de Dan. Se apresuró, a fin de acortar su paso con el de Dan.

—¿Está usted seguro de que es a mí a quien desea ver, señor Blalock?

—¿Si estoy seguro? —repitió Dan en voz alta, riéndose—. Pero, hombre, consideraría esta visita a mi distrito como un desperdicio total de tiempo y energías si no hubiera podido tener una charla contigo.

—¿Para qué desea verme, señor Blalock? —Chism se preguntó qué mala acción podía haber hecho para que Dan Blalock hiciera el largo viaje desde Washington para verlo. Volvió a mirar a Dan—. A decir verdad, he estado atendiendo correctamente mis asuntos, señor Blalock.

Atravesaron del brazo la Calle Mayor, mientras Dan saludaba con la cabeza y la mano libre a los hombres que le dirigían la palabra. Chism se sintió molesto por andar en compañía de un hombre tan importante como Daniel Boone Blalock; deseaba haberse mudado de camisa por la mañana. Volvía a preguntarse por la razón de que Dan quisiera hablarle, cuando llegaron a la esquina. Dan soltó el brazo de Chism y volvió a encender su cigarro. Chism dio un paso atrás.

—Me imagino que estarás preguntándote de qué quiero conversar contigo, Chism. Pero vayamos primero a un lugar donde podamos estar solos. No me gusta tratar mis asuntos personales en público. —Puso su mano sobre el hombro de Chism—. Te aseguro que estoy satisfecho de haber echado un vistazo a mi alrededor y

reconocerte, allí, frente al Correo.

Dan hizo un cabeceo significativo y se puso a caminar hacia el hotel Southland. Chism corrió hasta alcanzarlo. No volvieron a hablar hasta que llegaron al hotel.

—Vamos a mi habitación. Allí no nos molestarán —dijo Dan, tomando un brazo de Chism y guiándole hacia el interior de hotel.

Atravesaron el vestíbulo; Dan saludaba con la cabeza y la mano a los hombres que le dirigían la palabra. Cuando llegaron a la habitación del quinto piso, la nerviosidad hacía temblar a Chism.

—Ahora —dijo Dan, con un amplio ademán de los brazos, luego de haber entrado en la pieza y echado llave—, vamos a tomar un trago antes de hablar de nuestros asuntos. No hay nada como una buena botella para que la gente se ponga cómoda. Toma: prueba un poco de esto, Chism.

Chism aceptó el «*bourbon*» que Dan le ofrecía en un vaso para agua y lo bebió de un solo trago. En seguida se sintió mucho mejor y miró alrededor buscando una silla. Dan cruzó la habitación con un *whisky* y se sentó en el borde de la cama. Alzó el vaso hacia Chism.

—Brindemos por un aumento del pelo en tu pecho —dijo antes de beber. Luego puso a un lado el vaso vacío y encendió otro cigarro—. Chism —comenzó con un lento cabeceo—, aunque un poco tarde, quiero expresarte mi agradecimiento por el leal apoyo que me has prestado durante estos años. Me siento un poco culpable por no haberlo hecho antes. Sé muy bien que no cuento en mi distrito con un partidario más leal que tú; y no quiero dejar pasar más tiempo sin patentizar mi aprecio. Los hombres como tú son los que me han llevado al puesto de confianza y responsabilidad que ocupo —y también de honor—; y quiero que sepas que te agradeceré siempre el apoyo que me has dado.

—Pero eso no tiene importancia, señor Blalock —dijo Chism—. Voté por usted unas dos veces, si no recuerdo mal; pero en las últimas elecciones, por una causa u otra, no llegué a votar. Pero la próxima vez es seguro que votaré por usted. Puede contar con mi voto.

—Me alegra oírte esa promesa, Chism. Sé que, en adelante, puedo estar seguro de tu apoyo. —Se levantó y volvió a llenar los vasos. Chism bebió su *whisky* sin perder tiempo—. Promesas como la que acabo de oírte son una gran cosa para un hombre en mi posición —continuó—. Me permiten disponer de más tiempo para conseguir leyes buenas para el distrito. Si todos los miembros del Congreso pudiéramos estar seguros del apoyo invariable, en su lugar natal, de electores como tú, nos sería posible dedicar más tiempo al estudio de urgentes problemas de Estado. Esta incesante obligación de correr entre Washington y el distrito, es como una llave inglesa que impidiera el funcionamiento normal de los engranajes del gobierno.

Dan terminó de beber y puso el vaso vacío en la mesa. Chism comenzó a liar un cigarrillo.

—Ahora, hablemos de nuestro importante asunto —dijo Dan con una grave

mirada—. Creo haberte dicho que deseo hacer algo para compensar en cierta medida el apoyo electoral que me has dado durante todos estos años; y lo dije sinceramente. Propongo que encaremos este asunto de manera resuelta y sin dilaciones.

Chupando su cigarro, se echó hacia atrás y observó cómo Chism terminaba de hacer su cigarrillo. Aguardó a que lo encendiera.

—Creo firmemente que un hombre como tú debe trabajar para el gobierno, Chism. En los organismos gubernamentales ha habido siempre bastante espacio para un hombre verdaderamente capaz. Me agradaría que el gobierno lograra contar con tus servicios y te ofreciera un puesto de responsabilidad. Gracias a la posición que ocupo me será posible lograr eso. Has pagado los impuestos toda tu vida, has sido fiel al partido y... en fin, eres un buen defensor de nuestro estilo de vida.

—Pues bien —dijo Dan, solemne—. Has adquirido una importante experiencia en problemas agrícolas, supongo.

—Así es. Durante toda mi vida trabajé una chacra de doscientos acres. Logré hacerla mía, la vendí y hace un año o dos que me encuentro en la ciudad. Papá dice que le quité la chacra por medio de un engaño; pero lo único que hice fue hacerle firmar unos papeles, llevar las cosas adelante y vender. Dejé de ser un chacarero porque me harté de esa vida y juré no volver jamás al campo, por ningún motivo...

—Pero conoces profundamente, de manera práctica, los problemas agrarios. ¿Verdad?

—Pienso que sí.

—Y estás familiarizado con todo lo que se relaciona con las cosechas. ¿No es así?

—Me lo figuro.

—Y si ves un pulgón, sabes de qué se trata, ¿eh?

—Sin duda.

—Eso es todo lo que necesitas, Chism —dictaminó Dan con una brillante sonrisa—. Estaba seguro de que reunías las condiciones necesarias.

—También sirvo para cazar zarigüeyas —agregó Chism—. He andado detrás de los sabuesos la mayor parte de mi vida, y puedo...

—Deja eso —repuso Dan con una mirada severa—. Me alcanza con lo que me has dicho. He sabido que se han concedido fondos al Ministerio de Agricultura para que pueda aumentar sus actividades en la lucha contra las plagas. Se necesitan urgentemente hombres capaces para esas tareas. ¿Aceptarás servir a tu país en esa forma, Chism? Claro está que, además, el sueldo es bueno.

—¿Si aceptaría? —repuso Chism, excitado—. No se me ocurre nada mejor en este mundo que tener un empleo en el gobierno y que me paguen encima. Jamás pensé que podría conseguirlo. Siempre he estado convencido de que un hombre tendría que contar con muchísimas relaciones de importancia para poder conseguir un buen empleo en el gobierno.

—Pues bien, Chism. A nosotros, en esta parte del mundo, nos agrada hacernos mutuamente pequeños favores. Eso ayuda a que la vida valga la pena de ser vivida. Y

podría decirse que esas cosas forman parte de nuestro estilo de vida. Se trata de un agradable concepto de la existencia, muy propio de nosotros. Creo que en otras partes del mundo, y también en lugares remotos de nuestro propio país, tal actitud fraternal es completamente desconocida. Aquí las cosas son distintas. En momentos de necesidad, un hombre ayuda a su vecino; y no le causa sorpresa que su vecino, cuando las circunstancias lo exigen, le devuelva el favor dándole una mano. Por eso digo siempre que acá todos somos hermanos. Sí, nos gusta mucho hacernos pequeños favores. Ese es verdaderamente nuestro propio estilo de vida, Dios nos bendiga; y es un buen estilo.

—En eso tiene razón, señor Blalock. A todo el mundo le gusta hacer pequeños favores a sus amigos y vecinos.

—Pues bien, es con ese concepto de la vecindad que quiero hacerte este favor, Chism. Me sentiré completamente recompensado sabiendo que cuento con tu apoyo y tu confianza, y con la cooperación de los miembros de tu familia que estén en edad de votar. No me parece sano que una familia divida sus convicciones políticas. Simplemente, aquí no acostumbramos a negar nuestro apoyo político a un pariente que trabaja para el gobierno. Sería como partir en dos la boleta electoral.

—Espere a que en casa se enteren de esto —dijo Chism alegremente—. Cuando sepan que estoy trabajando para el gobierno y que encima me pagan, aprenderán a respetarme. Van a tener una verdadera sorpresa cuando les dé la noticia. Después de eso, papá y los otros dejarán de charlar sobre la maldita chacra.

Dan se puso de pie y sirvió para ambos una generosa porción de *whisky*. Luego de beberla, Chism volvió a sentarse. Sus piernas estaban un poco inseguras; cuando trató de hacerse otro cigarrillo, el tabaco se desparramó sobre el suelo. Dan le dio un cigarro.

—Ahora que hemos arreglado este asunto —dijo Dan bajando la voz—, me gustaría pedirte un pequeño favor.

—Señor Blalock: después de lo que ha hecho por mí, puede pedirme lo que quiera.

—Agradecería mucho, Chism —dijo Dan con un ronco susurro, inclinándose para aproximarse— que me ayudaras a suprimir cualquier chisme relacionado con tu hija Vickie. Mira; la otra noche invité aquí a un grupo de amigos y algún entremetido, sin cuidarse de mi posición ni de mi carrera, ha andado diciendo que Vickie figuraba entre los invitados. En realidad, han dicho que la vieron salir de mi habitación en horas de la madrugada. Una palabra tuya, dicha en un lado y en otro, ayudaría a sofocar los chismes en la ciudad. Y lo agradecería mucho. Es nuestro deber salir siempre en defensa de las mujeres.

Chism asintió con la cabeza.

—Estoy dispuesto a ayudarlo de todas maneras.

—Me alegro oírte eso —repuso Dan—. Y espero que te ocuparás de desmentir todo rumor malicioso que llegue a tus oídos. Tú comprenderás que no conviene que

mi nombre aparezca unido al de alguien del sexo opuesto. Vickie es una joven muy buena; y nosotros, aquí, en esta parte del mundo, debemos estar siempre listos a tomar la defensa de una mujer. Mis convicciones sobre el particular pertenecen al dominio público; siempre trato de definir claramente mi posición frente a tan importante asunto cuando pronuncio un discurso. Creo que jamás debemos dejar pasar la oportunidad de luchar hasta el final en defensa del buen nombre de una mujer.

—¿Cuándo cree usted, señor Blalock, que podré empezar con mi empleo? —preguntó Chism—. Será mejor que le haga saber que nada me queda del dinero que me dieron por la chacra. Estoy en la calle. Si no fuera por la ayuda de Ross y de Vickie, no tendríamos ni para comer.

—Pondré en marcha el mecanismo sin demora, Chism. Concretar el asunto nos llevará unos días; pero debes estar seguro de que me ocuparé de ti.

Dan se puso de pie, balanceándose inseguro, y abrió la puerta. Para mantener el equilibrio tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla. Estuvo un largo rato inmóvil, esperando que Chism se marchara. Por fin se le acercó y se puso a sacudirlo con violencia.

—¿Por qué no te levantas y te vas? —preguntó tratando de enfocar a Chism con sus ojos.

Chism movió la cabeza.

—Prefiero quedarme aquí y oírlo hablar un poco más de ese empleo en el gobierno que me va a dar. —Se levantó y fue caminando cautelosamente a través de la habitación; llegó a la mesa y se sirvió otro trago—. Hacía mucho tiempo que no tenía la oportunidad de beber todo el *whisky* que se me diera la gana. Quedémonos aquí, señor Blalock, y conversemos de una cosa y otra.

Se sirvió otra copa y ofreció la botella a Dan. Dan echó en su vaso el resto, que apenas cubrió el fondo, y arrojó por la ventana la botella; luego manoteó una botella llena y se puso a luchar con el corcho. Mientras estaba concentrado, tratando de destaparla, Chism le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Cómo era aquel cuento que empezó a contar frente al Correo? Ese sobre Jeff Ransom y la viudita... ¿Qué le sucedió al amigo Jeff, señor Blalock?

Antes de que Dan pudiera contestar, Chism retrocedió un paso y le aplicó un puntapié con todas sus fuerzas. Dan puso la botella sobre la mesa tan violentamente que algunos de los vasos rodaron hasta el suelo.

—¡No voy a tolerar eso, Crockett! —gritó indignado.

—Señor Blalock... solo quería ser amistoso... —repuso Chism con expresión humilde.

CAPÍTULO VIII

La partida de dados detrás de la separación establecida por el tabique en el fondo del salón, se había desarrollado como de costumbre desde el atardecer. El sitio estaba desprovisto de muebles, con excepción de un alto taburete de madera de un metro y medio de alto y una larga mesa cubierta por un paño. Algunos calendarios de brillantes colores adornaban las paredes, ostentando fotografías de mujeres desnudas en poses tentadoras. Los únicos otros objetos que contenía el lugar eran una media docena de salivaderas esparcidas sobre el piso sin barrer, lleno de basuras. Los vidrios de las ventanas habían sido cubiertos con pintura blanca para impedir que los que transitaban por la callejuela pudieran mirar hacia adentro; y, como siempre, el aire sin ventilar olía a humo rancio de tabaco. La mayor parte de los presentes se encontraba junto a la mesa desde las cuatro; durante el resto de la tarde y el anochecer llegaban otros parroquianos que jugaban durante media hora o más. La puerta que unía el salón con el recinto destinado al billar se mantenía cerrada con llave, ya que solo los conocidos podían entrar allí.

Durante la última hora, Nobby había intentado, sin éxito, conseguir dinero prestado de cada uno de los que rodeaban la mesa, y Vince Wood, el inspector de la casa, que se encontraba encaramado en el alto taburete, ya le había hecho varias veces señas inequívocas con la cabeza. Una regla inquebrantable establecía que cuando un hombre quedaba sin dinero debía retirarse o lograr que se lo proporcionara un prestamista voluntario. Nobby sabía que iban a expulsarlo por la fuerza en cualquier momento si no se apresuraba a retirarse por propia iniciativa. También era posible que, si se demoraba mucho, Vince Wood le prohibiera la entrada cuando volviera, aun en el caso de que hubiera conseguido dinero para seguir jugando; y no quería correr ese riesgo. Había perdido cuarenta dólares de su propio peculio, o sea todo el dinero que poseía, incluyendo los cinco dólares de mascota que guardaba en el bolsillo del reloj y los veinte dólares que había pedido prestados a Ben Humphrey, temprano en la noche, en una desesperada tentativa de quebrar su racha de mala suerte. Luego de perder por su cuenta quince dólares, Ben se había negado a prestarle más dinero, retirándose para reanudar su vigilia nocturna en la empresa de pompas fúnebres. No había ningún otro alrededor de la mesa capaz de escuchar sus ruegos; de modo que Nobby se sentía malhumorado e iracundo. Escupió vengativo contra el suelo, mirando fijamente a Vince Wood con rencor y desafío. Vince no perdió tiempo en descender del taburete, pero Nobby giró sobre sus talones y salió del salón de dados antes de que Vince pudiera ponerle las manos encima. Nobby sabía que era mejor jugador de billar que tirador de dados; pero este juego lo fascinaba porque los dados permitían ganar dinero más rápidamente en mejores cantidades. Cada vez que obtenía una ganancia de diez o quince dólares apostando en las partidas de billar, se trasladaba invariablemente al otro lado del tabique con la convicción de que esta vez sí ganaría pilas de dinero. Cuando le tocaba tirar los dados, Vince lo observaba con

mucha atención. En una ocasión lo había sorprendido haciendo trampas; Vince le había notificado que si volvía a hacerlo le prohibirían para siempre la entrada al salón de juego.

Después de abandonar la sala de juego, caminó lentamente calle arriba, con los puños crispados y sudorosos en los bolsillos, maldiciendo con odio, en voz baja, a Vince Wood por obligarlo a abandonar el local y maldiciendo también a todos los que le habían rehusado dinero. No valía la pena descender la calle para ir a la sala de recibo de la empresa de pompas fúnebres y tratar de convencer a Ben de que le proporcionara más dinero, porque este había manifestado en forma clara y terminante que no le prestaría un solo dólar hasta que no le devolviera los que ya le debía.

Nobby se detuvo en la esquina y, con los labios moviéndose espasmódicamente a medida que maldecía con voz gruesa y rabiosa, miró la entrada del cine, en la vereda de enfrente, que brillaba iluminada. Eran aproximadamente las nueve y la noche se hacía fresca. El cine no terminaría hasta las once o más tarde y pocas personas andaban por la calle. Estuvo parado en la esquina un rato, esperando que pasara alguien a quien pedir dinero; pero después de unos momentos volvió a maldecir y se puso nuevamente a marchar por la Calle Mayor.

Se detuvo frente al Café Rainbow, apoyó el rostro contra el vidrio frío de la ventana y, protegiéndose los ojos con ambas manos del brillo de la luz, trató de encontrar a Vickie. Divisó a Pauline, la otra camarera nocturna, que atendía a un cliente en el mostrador; y todavía buscaba a Vickie cuando Nick Dopolous se aproximó a la puerta y quedó observándolo, pero sin decir una palabra. Nobby se apartó de la ventana y lo maldijo. Nick permaneció en silencio; poco después Nobby escupió ostensiblemente sobre la acera y se puso en marcha, calle arriba.

No se le ocurría ningún otro lado donde ir, aunque recién eran las nueve; se apartó de la Calle Mayor y anduvo en dirección a su casa. Al pasar frente a la Iglesia Presbiteriana iba maldiciendo furiosamente a Vince Wood, Nick Dopolous, Ben Humphrey, y a todos los que recordaba.

Cuando entró en la casa, Jarvis y el abuelo Crockett, asombrados de verlo regresar a hora tan temprana, lo observaron como si se tratara de un desconocido. Nobby le mostró la lengua a Jarvis, haciéndole una mueca. Luego, olvidándose de ambos, marchó a su habitación y cerró la puerta con un fuerte portazo.

Jarvis corrió a la cocina para comunicar a Dorisse que Nobby había vuelto. Ella y Jane acababan de concluir el lavado de los platos y estaban de pie, charlando junto a la piletta. Jarvis le tironeó de un brazo para llamarle la atención.

—Nobby me hizo una mueca, hermana. También me sacó la lengua.

—¿De qué estás hablando, Jarvis? —dijo ella, mirándolo con sorpresa.

—Acaba de llegar —explicó Jarvis, señalando con el pulgar hacia el dormitorio—. Y da la impresión de estar muy rabioso.

—¿Estás seguro de que Noble ha vuelto, Jarvis?

—Claro que sí. Te digo que acabo de verlo. ¿Cómo podría saber, si no, que me

hizo una mueca? Y además está furioso por algún motivo. Me di cuenta.

Dorisse dirigió una rápida mirada a Jane, mientras se secaba cuidadosamente las manos en la toalla; pero ninguna de las dos dijo una palabra. Luego salió apresuradamente de la cocina y se dirigió a su pieza.

Cuando abrió la puerta y entró, pudo ver a Nobby sentado en la cama. Estaba dándole la espalda, un poco inclinado hacia adelante, la cabeza entre las manos. Su sombrero se encontraba en el suelo, en el lugar que había caído luego de ser lanzado a través de la habitación.

Tuvo el impulso de correr hacia él, abrazarlo y decirle cuán contenta estaba de verlo; pero ignoraba el estado de ánimo de Nobby y no quería hacer nada que pudiera molestarlo. Dio algunos pasos y se detuvo al llegar al pie de la cama.

—Hola, Noble —murmuró, tratando de dominar su ansiedad. Esperó a que él se volviera; luego fue a sentarse a su lado en la cama—. No te esperaba tan temprano, Noble —agregó con cautela. Durante algunos minutos estudió la expresión de la cara de Nobby—. ¿Has comido, Noble? ¿Quieres que te prepare algo? Solo me llevaría un momento. Me gustaría prepararte algo, si es que quieres comer. —Aguardó, minuto tras minuto; pero él no abrió la boca—. ¿Pasa algo malo, Noble? —preguntó por fin, angustiada—. ¿Qué pasa, Noble? —suplicó ahora—. ¡Dímelo, por favor!

Él extrajo un cigarrillo y lo encendió nerviosamente. Ella esperó paciente, a su lado, con las manos fuertemente unidas sobre la falda. Nobby lanzó el fósforo apagado hacia el otro lado de la habitación.

—Necesito dinero —fueron sus primeras palabras.

Ella tuvo la tentación de decirle que tendría dinero si trabajara; pero sabía que era peligroso hablar de eso en aquel momento. En cambio, colocó una mano sobre su brazo y trató de que él la mirara. Nobby la apartó.

—Es necesario que consiga dinero. Necesito dinero —dijo—. No tengo ni siquiera una moneda. Estoy absolutamente limpio. Quiero dinero en seguida.

—Noble, sabes bien que te daría cualquier cosa que tuviera —repuso ella con ternura. Se inclinó, tratando de mirar rectamente a su cara—. Tú lo sabes, Noble.

—Si es así, dame dinero.

—Pero no tengo, Noble. Y carezco de toda manera de conseguir dinero, salvo que me lo des tú.

Nobby señaló con el pulgar, por encima de su hombro.

—Entonces, trata de conseguir algo de ellos.

—Ni el abuelo ni Jane tienen nada. Y papá no está, Noble.

Nobby rio para sí mismo.

—Diablos, no haría mucha diferencia el hecho de que estuviese. Si le pidiera un cigarrillo, tu padre ni siquiera me arrojaría humo en la cara. Para él no existo, desde que le dije que no tenía interés en andar tropezando toda la noche por ahí, en la oscuridad, mientras sus malditos perros cazan zarigüeyas. Desde entonces me tiene rencor. —Se levantó y anduvo unos pasos; volvió a la cama—. Esto no tiene nada de

gracioso —dijo con aspereza—. Necesito dinero y lo necesito pronto. Ahora, haz algo por conseguirlo.

Dorisse se sentía temblar bajo su mirada despiadada. Estaba rígida, sentada en un costado de la cama, mientras los ojos inmóviles de Nobby parecían atravesarla cruelmente. Apretó con más fuerza sus manos entrelazadas.

—Muévete y haz algo —ordenó él—. No te quedes quieta como un tronco. Ocupate del asunto.

Obedientemente, ella se puso de pie.

—¿Qué quieres decir, Noble? —preguntó en voz débil.

—Sabes qué quiero decir. Déjate de dilaciones. Necesito dinero e irás a buscarlo. ¿Está bastante claro para ti?

Ella meneó, suplicante, la cabeza.

—Pero, Noble, dónde...

—¿Dónde? Diablos, eso es cuestión tuya. No pretenderás que piense por ti.

—Pero es que no tengo la menor idea de dónde... —Se detuvo, conteniendo el aliento. Trató de adivinar qué era lo que Noble esperaba de ella—. Noble, ¿cómo...?

—¿Cómo se consigue el dinero? ¿De dónde crees que viene? ¿Cómo consigue dinero Vickie cuando lo necesita?

—Pero, Noble, no puedes decir eso. —Sacudió la cabeza, desamparada—. Noble, no puedes... Estás bromeando... debes estar bromeando, Noble.

—No bromeo cuando te digo que necesito dinero.

Ella se sintió momentáneamente aliviada. Trató de sonreír.

—Sabes que no podría hacer eso, Noble —dijo—. Estaba casi segura de que bromeabas.

—Tal vez creas eso; pero yo no, yo hablaba en serio. —La miró con dureza—: Te daré unas bofetadas si no te callas y haces lo que te ordeno.

—¡Pero, Noble, no querrás que salga a la calle a mendigar!

—¡No me importa cómo consigas el dinero! —gritó—. ¿Entiendes?

La tomó de un brazo y la empujó hacia la puerta.

—¿Harás lo que te digo o quieres que te dé unas bofetadas primero?

—Noble, por favor... —gritó ella, asustada.

—¡Cállate! —gritó él, dando un paso hacia adelante—. ¡Ya te he oído demasiados pretextos!

Volviendo la cabeza y sin mirarlo de nuevo, ella abrió la puerta y atravesó la casa. El abuelo la miró inquisitivamente mientras cruzaba el vestíbulo; pero ella no quiso dirigir sus ojos hacia él. Mientras marchaba por la calle trataba de no llorar; pero una vez que hubo perdido de vista la casa se sorprendió al comprobar que ya no deseaba hacerlo. Caminó por la calle arbolada hacia la ciudad, repitiéndose una y otra vez que Nobby no la obligaría a hacer una cosa semejante a menos que estuviera desesperado por el dinero. Se preguntó qué ocurriría si se volviera sin llevar el dinero; pero al imaginar la cólera de Nobby abandonó tales ideas.

Pasó frente a la Iglesia Presbiteriana y descendió por la Calle Mayor. Se cruzó con varios hombres desconocidos que se volvieron para mirarla con interés mientras se dirigía al café Rainbow. Le desagradaba pedir dinero a Vickie, pero sabía que era necesario recurrir a su hermana.

Vickie la vio entrar y sentarse al mostrador. Un momento después se sentó a su lado y le preguntó por qué había venido sola al centro a esas horas de la noche. Dorisse le explicó que necesitaba diez dólares de inmediato. Vickie la observó un instante y luego se echó a reír.

—No me engañas, Dorisse —dijo meneando la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Nobby te mandó a buscarlos, ¿verdad?

Dorisse afirmó de mala gana, moviendo la cabeza.

—Sí —admitió.

—¿Qué ocurrió? ¿Perdió todo el dinero jugando a los dados?

—No sé, Vickie. No me lo dijo.

—Sé más sobre Nobby Hair que tú misma, Dorisse. Me dijo Nick que le vio hace media hora espiando por la ventana; pero desapareció cuando Nick se puso a observarlo.

—Nada tiene que ver una cosa con la otra —protestó Dorisse—. No me gusta que nadie hablé así de Noble.

—Sí, tiene que ver, Dorisse —repuso Vickie—. ¿Qué ha hecho por ti Nobby Hair, aparte de convertir tu vida en un infierno? ¿Por qué no lo abandonas, Dorisse? Deberías hacerlo antes de que ocurra algo terrible. Podrías marcharte, olvidarlo, y más adelante casarte con otro. Toda la ciudad sabe que no vale nada, que nunca podrá conseguir un trabajo decente, aun en el caso de que quisiera ganar dinero honradamente. Ya no podrás corregirlo, por más que te sacrifiques por él. Está demasiado corrompido para que nadie pueda ayudarlo. Déjalo, Dorisse, por tu propio bien. Sé lo que te digo. Nobby está absolutamente pervertido y te arrastrará también a ti si no te apartas de él a tiempo. Hazlo, por favor, Dorisse, antes de que ocurra algo terrible. No esperes a que sea demasiado tarde. Este es el momento de dejarlo. Si esperas, todo estará perdido. No te engañes por más tiempo.

—Pero es que continúo amándolo —repuso Dorisse, mirando francamente a los ojos de su hermana—. ¿No lo comprendes, Vickie? No sería capaz de hacer nada que hiriera a Noble mientras lo ame. Y supongo que lo amaré siempre, haga él lo que haga. Es mi esposo. Sé que, en ocasiones, Noble hace cosas horribles; pero igual lo amo. Será una persona del todo distinta en cuanto tengamos una casa para nosotros solos. Estoy segura de eso.

—Creo que lo amas de verdad —comentó Vickie con desánimo—. Solo amándolo es posible que toleres que te trate de esa manera. No cabe otra explicación.

Permanecieron un rato sentadas en silencio hasta que Nick se levantó de su asiento detrás de la caja registradora y se les acercó.

—¿Por qué están tan tristes, chicas?

—No se trata de nada de tu incumbencia —repuso Vickie, haciéndole señas que se alejara.

Nick las observó durante un momento.

—De todas maneras, Vickie, no podrás abandonar tu trabajo otra vez esta noche —le advirtió, amenazándola con un dedo y volviendo a la caja registradora—. Dice Pauline que tiene que trabajar demasiado cuando tú sales de paseo. No lo olvides, Vickie.

Dorisse aguardó a que Nick estuviera lo suficientemente lejos como para no oír sus palabras.

—No sé qué hacer, Vickie —dijo con desaliento—. Es absolutamente necesario que consiga diez dólares esta noche... ¡Absolutamente necesario!

—Yo haría una apuesta de diez dólares —contestó Vickie, mirando a su hermana.

—¿Qué quieres decir?

—Apuesto a que Nobby Hair fue a casa y te envió a la ciudad para que le consiguieras diez dólares. Y después, cuando le preguntaste cómo podrías lograrlos, te dijo que lo hiciera como pudieras. Es de esa calaña.

—Pero necesita el dinero. Y su intención no era mala.

—¿Te ordenó venir a la ciudad, verdad? —Observó cómo Dorisse apartaba la cabeza—. Ni siquiera tú, Dorisse, crees que sus intenciones no eran malas.

—Sea como fuere, quiero ayudarlo, Vickie. En un momento así necesita ayuda. Si tú estuvieras enamorada también harías todo lo posible.

—Si es así, que Dios te proteja —repuso Vickie, sacudiendo la cabeza.

Dicho esto se levantó y fue hacia la parte delantera del restaurante, donde Nick atendía la caja registradora. Le habló con fervor durante varios minutos y él la escuchaba negando con la cabeza, sin apartar la vista del diario que estaba leyendo. Finalmente Vickie logró convencerlo; abrió el cajón de la máquina, marcando el signo «No Venta» y le dio diez dólares. Ella colocó su firma sobre un papel y se acercó a Dorisse. Pauline, que había estado parada junto al extremo del mostrador, las observaba con una sonrisa sardónica.

—Nunca pensé que sería capaz de hacer esto por Nobby Hair —dijo Vickie al sentarse junto a Dorisse y darle el dinero—. Pero puedes decirle de mi parte que lo hice por ti; no por un tipo que manda a su mujer a la calle a conseguirle dinero.

—Gracias, Vickie —dijo Dorisse, agradecida.

Se levantó y salió rápidamente del restaurante, sin mirar a Nick al pasar a su lado. Caminó velozmente por la Calle Mayor, evitando las miradas audaces de los hombres parados en las esquinas; frente a la Iglesia Presbiteriana, iba corriendo con todas sus fuerzas.

Nobby estaba reclinado en la cama, fumando un cigarrillo, cuando ella abrió la puerta y entró en la habitación. Se detuvo durante un momento, mientras Nobby la observaba inquisitivamente. Luego corrió hacia la cama y se sentó a su lado. Le vio

mirarla con el ceño fruncido hasta que ella abrió la mano y le dio el dinero. La cara de Nobby se iluminó instantáneamente. Tomó el billete con ambas manos, palpándolo, con una gran sonrisa de alegría. Echó una última mirada al dinero antes de meterlo en el bolsillo del reloj.

—No creí que fueras capaz de conseguirlo —dijo con una risita nerviosa—. No creí que tuvieras bastante coraje para hacerlo.

Dorisse no contestó; pensaba en lo que le había dicho Vickie en el restaurante.

—¿Cómo lo conseguiste, Dorisse? —preguntó después.

Ella trató de eludir la pregunta y bajó los ojos.

—¿Lo pediste prestado a alguien? —Ella no contestó—. ¿Qué te pasó? ¿Estás tratando de guardar el secreto?

Antes de que ella pudiera pensar una respuesta, Nobby se incorporó con impaciencia y se puso el sombrero. Se observó en el espejo y dobló el ala del sombrero sobre la frente. Cuando lo vio dirigirse hacia la puerta, tuvo el impulso de correr tras él y suplicarle que no se marchara; pero le era imposible moverse o hablar. Cuando Nobby llegó a la puerta, se volvió para mirarla.

—Muchísimas gracias. —Le oyó decir Dorisse—. La verdad es que me sacaste de un aprieto.

Salió de la habitación y cerró la puerta. Ella se sentó en el borde de la cama, aferrando con las manos la gruesa colcha, hasta que dejó de oírlo. Entonces se dejó caer de cara sobre el lecho.

CAPÍTULO IX

Jane se había quedado en el colegio después de hora para hacer un trabajo adicional en el laboratorio y ya era tarde cuando se dispuso a marcharse. El conserje se encontraba ansioso por cerrar el edificio; se había mantenido de pie, significativamente, durante el último cuarto de hora, frente a la puerta del laboratorio. El camino más corto para llegar a su casa era cruzar en diagonal a través del campo de deportes, rodear el pequeño estadio de madera y salir por allí a la calle. El equipo de fútbol había estado practicando en el campo durante la tarde, pero no había nadie a la vista en aquel momento. Un húmedo viento del sudoeste soplaba sobre el campo y una nube baja y brumosa se había instalado cerca de la tierra para toda la noche.

Atravesaba rápidamente la intensa sombra bajo la plataforma del estadio, cuando de pronto alguien surgió interceptándole el paso. Se dio cuenta de que el hombre la había estado observando desde atrás de una de las columnas y se detuvo instantáneamente. Estaba a punto de volverse y correr en dirección opuesta, cuando reconoció a Russ Thornton, el entrenador. Russ se inclinó, estiró una mano y la tomó del brazo.

—Hola, Jane —dijo en forma amistosa—. ¿Qué andas haciendo por acá a estas horas? Casi es de noche. ¿La maestra te hizo quedar después de la clase?

Antes de que ella pudiera contestar, Russ la llevó detrás de la columna. Ella miró hacia atrás por encima de su hombro; pero todo lo que alcanzó a divisar fue un *coupé* verde detenido en el terreno del mercado. Russ era un hombre agradable y cordial, de poco más de cuarenta años, que vestía siempre trajes de paño de lana, grises o marrones. Durante los últimos cinco años se había desempeñado como entrenador del equipo y era querido por todos en el colegio. Era bajo y rechoncho y su andar ágil y atlético. Durante sus días de universidad llegó a alcanzar fama como «*half-back*» y obtuvo el apodo de «Expreso especial». En su actual actividad, había dirigido el entrenamiento de tres equipos universitarios que obtuvieron el campeonato del Estado.

El apretón amistoso sobre el brazo se hizo más firme y persuasivo cuando ella trató de desasirse de la manera menos ostensible. Volvió a mirar sobre el hombro y Russ la rodeó con el brazo y la hizo alejarse aun más de la calle. El temor de ella aumentó al ver la densa oscuridad detrás de las altas columnas.

—¿Qué quiere, entrenador? —preguntó tan tranquilamente como pudo.

—Me gustaría mostrarte mi oficina, Jane —dijo Russ mientras la llevaba con suavidad y firmeza hacia la oscuridad desierta del estadio—. Queda aquí no más. Es allí donde hago todo mi trabajo de escritorio. Apuesto a que ignorabas que un entrenador de fútbol tiene que hacer más deberes que un muchacho de último año. ¿Eh, Jane?

—No, no lo sabía —repuso ella nerviosamente mientras pensaba en alguna excusa para no ir a la oficina. No podía decir si en realidad Russ la atemorizaba o no;

pero, de todos modos, no debía estar sola con él allí después que todo el mundo se había marchado.

—Volveré a ver la oficina en otra oportunidad —dijo, sacudiendo la cabeza y aminorando el paso—. De veras, tengo que irme a casa. Es tan tarde...

—Pero quiero mostrártela ahora, Jane —insistió él con un persuasivo apretón alrededor de su cintura.

Sabía que debía impedirle ir más lejos; sin embargo, no protestó cuando se sintió llevada suavemente a través del portón. La pequeña pieza estaba a oscuras; Russ no encendió la luz hasta después de haber cerrado la puerta con llave. Era la primera vez que experimentaba la sensación de estar encerrada a solas con un hombre; se sentía a la vez sobrecogida y excitada. Había leído cuentos acerca de chicas que, tontamente, se habían dejado llevar a lugares semejantes por desconocidos y recordó con un estremecimiento que casi invariablemente el hombre intentaba primero seducir a la chica y terminaba por asesinarla. Dirigió una rápida mirada a Russ; pero le parecía que un hombre tan amable era incapaz de matar a nadie.

—¿Qué te parece mi pieza de trabajo, Jane? —preguntó de pronto, asustándola. La rodeó de nuevo con el brazo y la fue llevando hasta el centro de la habitación. A un lado había una mesa ancha, sobre la que se apilaban libros y papeles; al otro, un sofá. Se veían varias sillas y un pequeño calentador a gas contra la pared. En conjunto, aquello parecía demasiado plácido y agradable para teatro de un asesinato.

—¿Te parece muy pobre, Jane? —preguntó él sonriendo.

—Es muy linda, entrenador —repuso ella en seguida.

—Supongo que es adecuado para un entrenador universitario —dijo riendo—. Tal vez, si logro ganar algunos campeonatos de Estado más, tenga derecho a un mobiliario más costoso. Acaso, hasta una alfombra en el suelo y un tapizado nuevo para el sofá. —Señaló hacia un gran calendario en la pared. Gruesos círculos rojos habían sido trazados alrededor de algunas de las fechas—. Tendremos un equipo de primera antes de que termine la temporada y, con buena suerte, es probable que lleguemos invictos al final. Si logramos triunfar en el encuentro de la próxima semana contra Consolidated High, me sentiré bastante tranquilo respecto al resto del *fixture*.

—¿De veras cree que ganaremos la semana próxima, entrenador? —preguntó Jane en un estallido de entusiasmo.

—Cuento con ello, Jane —repuso él, afirmando con la cabeza.

Ella se sintió tranquilizada por un momento; después contempló nuevamente la habitación.

—Me parece que es hora de volver a casa —dijo insegura—. Se está haciendo muy tarde.

—No te vayas aún, Jane —imploró él con fervor. Su brazo oprimió la cintura de la muchacha—. Quiero hablarte de algo.

—¿Quiere hablarme, entrenador? —dijo sorprendida, preguntándose de qué podía

tratarse.

Russ la condujo hasta el sofá y se sentó a su lado. Quedó en silencio durante un rato y Jane, despierta su curiosidad, se volvió hacia él interrogadoramente.

—Pensé que no te molestaría pidiéndote que vinieras aquí para hablar conmigo, Jane —empezó a decir nerviosamente. Ella lo vio jugar con los ojales de la chaqueta—. Tengo la sensación de conocerte lo bastante para estar autorizado a hablarte así, Jane —continuó con voz ansiosa—. Durante los últimos años te he visto casi diariamente en el campo de fútbol; te he visto crecer desde niña y, a medida que fue transcurriendo el tiempo, me interesé más y más en ti. Quizás no lo comprendas, Jane, pero he estado esperando este momento desde hace mucho.

Mirándolo de soslayo, ella vio que el hombre ya no sonreía y que una expresión preocupada asomaba en su cara. Con la garganta oprimida se preguntó si era ese el aspecto que presentaban los asesinos antes del crimen.

—¿No podría hablarme de eso en otra oportunidad? —suplicó. Un escalofrío recorrió su cuerpo—. ¡De veras, tengo que irme ahora a casa! —Trató de levantarse rápidamente del sofá, pero Russ la atrajo de nuevo—. ¡Es que tengo que irme, entrenador! —exclamó, examinándole la cara con inquietud.

—Desde hace mucho tiempo soy un hombre solitario, Jane —habló como si no la hubiera oído—. Por alguna razón, mi esposa ha ido alejándose de mí. Le interesan más sus clubes y sus reuniones; no tiene tiempo ni deseos de proporcionarme el trato que necesito. Por otra parte, ha envejecido más rápidamente que yo; tal vez eso pueda explicar su indiferencia actual. Tal vez también yo esté envejecido; pero aún me siento joven y eso es lo que importa. Una situación así llega a hacerse intolerable. La he soportado semana tras semana, durante varios años y ya he perdido toda esperanza de modificarla. He llegado a un punto en que ya me es imposible continuar solo. Necesito compañerismo, la clase de compañerismo que tú puedes darme Jane. Si pudieras saber cómo te necesito, Jane, lo comprenderías todo de inmediato.

Su mirada se hizo penetrante y severa. A ella le resultaba imposible admitir que un hombre tan necesitado de simpatía pudiera matar a un semejante; no creía ya que Russ la hubiera llevado allí para asesinarla. Una oleada de compasión invadió su cuerpo.

—Hay ciertas cosas que un hombre debe tener, a cualquier precio. Amistad, la clase de amistad que tú puedes darme, Jane... la más importante de todas. ¡Tienes que dármela, Jane!

—Le tengo mucha lástima —contestó ella, experimentando la necesidad de hacer algo por él—. No tenía idea de que se encontrara tan solo y desdichado. Me gustaría hacer algo para sacarlo de esa situación tan terrible.

—Puedes, Jane —repuso él de inmediato.

—¿Cómo?

—Siendo buena, tratándome con simpatía y comprensión —dijo él ardientemente—. Una chica de tu temperamento no puede menos que ser buena y comprensiva. Tu

naturaleza te impone ser así; por eso quiero tu compañerismo. Noté que no te marchaste al terminar las clases y que te quedaste trabajando en el laboratorio. Por eso me quedé esperándote cuando terminamos la práctica de fútbol. Recordé que a veces cortas camino por la cancha, cuando tienes prisa; de modo que me quedé esperándote.

—¿Es cierto que me estuvo esperando?

—Es cierto, Jane.

—Pero todavía no comprendo el por qué.

—Porque me interesas más que cualquier otra mujer del mundo, Jane.

—¿Y no pensaba... en asesinarme?

—¿Qué? —exclamó él—. ¿De qué demonios estás hablando?

—De nada —dijo ella, aliviada—. De nada, creo. Supongo que me siento desconcertada porque no me había dado cuenta de que usted reparaba en mí. Todavía no comprendo por qué lo ha hecho.

—Bueno, ahora lo sabes, Jane. —Buscó su mano y la asió fuertemente—. Me sería fácil enamorarme locamente de ti. —La atrajo aun más—. Pocos hombres en el mundo podrían resistirte, Jane. Hay algo en ti capaz de atraer a cualquiera. Tu belleza, tu personalidad... algo más, indefinible, supongo. De todas maneras, es seguro que puedes atraer a casi cualquier hombre, como lo hiciste conmigo. Pocas mujeres hay que posean esa rara combinación de dones; pero las que la tienen son capaces de hacer poner de rodillas a cualquier hombre.

Russ la abrazó y comenzó a besarla antes de que ella se diera cuenta de lo que estaba sucediendo. Supo en seguida que le sería imposible reaccionar mientras él estuviera besándola y sujetándola así y se sorprendió de no hacer nada para impedirlo. Sentía un torbellino en la cabeza cuando finalmente él la soltó.

—No sospechaba que querías besarme —dijo ella, jadeando—. Creía que solo deseabas mi amistad.

—Quiero todo, Jane. Sin dejar nada de lado. Tenemos que ir más allá de la amistad. La amistad no es suficiente. Lo digo seriamente. He pensado en tenerte durante tanto tiempo que ahora nada podrá detenerme. Eres la mujer más deseable que haya conocido nunca. Te necesito, Jane. Tienes que ser mía.

Russ hablaba y se comportaba como una persona enteramente distinta. Aun en su silencio ella notó la súplica. Jane sintió que su cuerpo temblaba, pero le era imposible evitarlo.

—Jane, ¿comprendes, verdad?

—Tengo que irme. De veras —dijo ella, esquivando su penetrante mirada y tratando de levantarse. Con un firme movimiento masculino, él la echó hacia atrás en el sofá, desentendiéndose de los esfuerzos de la muchacha por desasirse. Jane sintió que ya no podía dominarse, que el contacto de aquellas manos la deleitaban. No podía moverse pero sí hablar:

—¡No puedo quedarme más tiempo! —exclamó; pero las palabras sonaban como

provenientes de otra persona.

—Creo que no te das cuenta de lo que significa esto para ambos, Jane —decía Russ—. Es el principio de algo muy hermoso que ningún otro podrá compartir. Nos pertenece exclusivamente a nosotros. ¿No sientes que algo nos une fuertemente?

—Sí, pero ahora debo irme a casa.

—Si lo sientes, Jane, debes tratar de conservarlo e impedir que nada nos separe después de esto.

—No sé qué pensar. Debo irme a casa.

—Ninguna chica se ha arrepentido nunca de haberse enamorado, Jane. Es así como la naturaleza dirige nuestras vidas. No debes permitir que nada te impida enamorarte.

—Trataré de reflexionar sobre eso, pero...

—No digas ni una palabra a nadie sobre esto, Jane —dijo él con voz repentinamente cambiada. Respiraba con fuerza—. No olvides esto. Ni una sola palabra a ningún ser viviente. ¿Comprendes, Jane?

—No se lo diré a nadie; pero ahora tengo...

—No puedo dejarte marchar ahora, Jane. No puedo. Tienes que quedarte. Si comprendieras cuán solitario he vivido no pensarías en irte ahora. ¿No puedes entender cuánto te necesito, Jane? No puedo tolerar que nada aminore el compañerismo que nos une ahora.

—Hay docenas de chicas en el mundo que podrían aliviar tu soledad.

—Pero ninguna es como tú, Jane. Parece que no comprendieras que solo te amo a ti. Necesito tenerte. Nada podrá impedirlo.

—Pero no debes...

—Lo haré, sin embargo; no permitiré que nada me detenga. No tienes conciencia de la atracción que ejerces. Cualquier hombre, tarde o temprano, a pesar de sus propósitos y de su voluntad, llegará a todo extremo para poseerte. Ya te darás cuenta de eso, si es que aún no lo sabes. Por eso he decidido tenerte yo antes de que lo logre otro.

La tomó nuevamente entre sus brazos y la besó hasta hacerla sentirse débil e impotente. Al principio, trató de contenerlo; luego se abandonó por completo. Después de un largo rato abrió los ojos y vio a Russ que la estaba mirando.

—Quiero que no tengas nunca la sensación de no ser mía, Jane —le estaba diciendo—. No debes permitirte una idea semejante. Sabes que soy incapaz de hacerte mal. Lo único que deseo, después de esto, es tu amistad, tu íntima y total amistad, Jane.

—Seré tu amiga... Russ —contestó ella—. Si dejas que me marche ahora, seré siempre tu amiga. Te doy mi palabra.

—Pero, si te marchas ahora, todo volverá a ser como antes.

—No quiero que nada cambie. Tengo miedo de que las cosas no sean como antes. —Ella lo observó durante un momento—. Pero te seguiré queriendo, Russ.

Él sacudió la cabeza.

—Eso no será suficiente, Jane. De ningún modo. Debe establecerse un compañerismo y una simpatía totales entre nosotros para que logremos que nuestra amistad sea satisfactoria. Nada puede sustituir a esa clase de amistad. Debe ser de corazón y total, sin ninguna reserva. Es algo que solo tú y yo podemos disfrutar unidos; en caso contrario, cada uno de nosotros habrá de sentirse defraudado, solo y triste durante el resto de su vida. ¿Entiendes ahora qué simple es, Jane?

La volvió a besar, abrazándola con tanta fuerza que le causó dolor. Ella comprendió que era inútil luchar indefensa contra su dominadora voluntad y se preguntó cuánto tiempo podría resistirlo. Quería una pausa para reflexionar en todo lo ocurrido; pero Russ estaba demasiado impaciente para permitir que ella tomara las cosas con calma. Hacía casi dos horas que estaban en la habitación y ella se sentía tan exhausta que apenas podía levantar los brazos. También Russ estaba cansado. Respiraba fuertemente y de vez en cuando se apoyaba en el respaldo del sofá para reposar. Se había quitado la chaqueta y desprendido el cuello; parecía mucho más viejo que al principio. Jane se sorprendió al descubrirle varios cabellos grises.

Por fin Russ se echó hacia atrás y respirando profundamente la miró con desaliento.

—No te comprendo, Jane —dijo débilmente—. No te pareces en nada a Vickie. Es difícil creer que seas su hermana.

—No soy como ella —exclamó Jane, sorprendida y escandalizada—. Si era eso lo que pensabas...

—No me entiendas mal —se apresuró a contestar Russ—. Todo lo que sé acerca de Vickie es lo que me han contado. Me han dicho que es amable y que le gusta divertirse. Me gustas tal como eres, Jane; pero pensé que serías tan razonable como dicen que es tu hermana. Nunca se me ocurrió que te comportarías así.

Consultó su reloj pulsera. Eran las siete de la tarde.

—Se está haciendo tarde —comentó con desaliento—. Tengo que marcharme a casa. Mi esposa tiene invitados para la cena y debo estar allí cuando lleguen.

—¿Es cierto que te marchas ahora?

—Creo que no tengo otro remedio.

Ella quería levantarse; pero deseaba estar segura de que Russ realmente pensaba irse. No se movió aún del sofá.

—Si te dejo marchar ahora, Jane, ¿me prometerás dos cosas? Quiero que lo hagas. Es muy importante. ¿Me las prometes, Jane?

Sin vacilar, ella asintió con la cabeza.

—Lo prometo si de veras me dejas marchar ahora.

Russ se sentó en el borde del sofá.

—Quiero que me prometas que no hablarás de lo que pasó aquí esta noche... que no dirás una palabra absolutamente a nadie. No creo que exista una causa capaz de hacer perder su puesto con más rapidez a un entrenador universitario. Si se corriera la

voz, me convertiría en un proscrito para el resto de mi vida; no obtendría jamás otro cargo de entrenador. Tuve que correr ese riesgo por ti, Jane. Por eso te pido que me formules la sagrada promesa de que nunca dirás una palabra sobre lo ocurrido. ¿Lo prometes, Jane?

De inmediato, ella afirmó con la cabeza.

—Lo prometo.

—Y quiero que me jures que te verás otra vez conmigo, en algún lugar reservado. También tienes que prometerme eso, Jane.

Ella movió la cabeza mientras él la observaba.

—¿Podré verte... pronto?

—Sí... sí, te veré otra vez.

—Te ruego que pienses en lo que te dije esta noche, Jane. Sobre la íntima amistad que necesito de ti.

—Pensaré en ello, Russ.

Russ se levantó y ella, rápidamente, se preparó para marcharse. De pie en el centro de la habitación, él observaba cada uno de sus movimientos. En varias oportunidades ella creyó que Russ se acercaría para abrazarla nuevamente; pero cuando estuvo lista él no se había movido aún del centro de la pieza. Se miraron durante varios minutos; luego Russ se dirigió a la puerta y descorrió la cerradura. Apenas vio ella que le franqueaban la salida tuvo el impulso de correr hacia Russ, abrazarlo y pedirle que le permitiera quedarse. Cerró los ojos y lo imaginó llegando a su casa, mientras la esposa lo esperaba en la puerta; deseaba hacer algo que le permitiera tener a Russ totalmente para ella.

—¿Qué te pasa, Jane? —Le oyó preguntar.

Abrió los ojos y lo miró.

—¿Tienes que irte, Russ? —preguntó temblorosa.

—Sí, tengo que irme, Jane —repuso él moviendo la cabeza—. ¿Me permites que te lleve hasta tu casa? Mi auto está afuera. ¿Quieres?

Ella corrió hacia la puerta mientras las lágrimas le llenaban los ojos.

—¡No, prefiero que no lo hagas! —exclamó.

Russ la tomó de un brazo.

—Por favor, Jane. No te vayas pensando mal de mí —imploró—. Sabes que estoy solo. Y sabes que cualquier hombre sentiría por ti lo que siento yo. No puedo impedir sentirme atraído; tampoco tú puedes ser de otra manera. No me culpes, por favor. Nunca en mi vida he hecho algo semejante; y no lo hubiera hecho si no se tratara de ti. ¿Me crees, Jane, verdad?

Ella quería abrazarlo y pedirle que la retuviera allí; pero imaginaba a la esposa esperándolo en casa y atravesó la puerta para desaparecer en la oscuridad. Volvió la cabeza una vez y vio a Russ de pie en la puerta iluminada.

Russ cerró y volvió al interior de la habitación. Miró primero el sofá donde había estado con Jane; después se dirigió al armario y sacó una botella de *whisky*. Con los

ojos cerrados bebió directamente de la botella mientras su mano temblaba con violencia.

CAPÍTULO X

—Supongo que sabrás que Daniel Boone Blalock ha andado por la ciudad en estos días —dijo Chism, balanceándose sobre las patas traseras de la silla—. Ahí tienes un hombre que puede hacer mucho por ti, hijo. Se trata justamente del tipo de político de éxito de que te hablaba el otro día. Sinceramente, admiro a los hombres como él. Dan Blalock es el hombre más importante que haya surgido en esta parte del mundo. Lo que te conviene es tener una conversación privada con él y ver qué es lo que pueden hacer juntos. En tu caso, no perdería tiempo.

Antes de responder a su padre, Ross miró al abuelo Crockett que estaba en el otro extremo de la oficina. El abuelo estaba sentado con su viejo «sweater» gris de algodón; había una expresión dolorida en sus ojos celestes. Su larga barba blanca, que parecía haber crecido y llegaba ahora hasta el cuarto botón del «sweater», lucía más blanca y majestuosa que antes.

—Papá, no tengo interés en una alianza política con Blalock ni con ningún otro —dijo Ross resueltamente—. Lo único que deseo hacer es crearme una reputación como abogado. No voy a mezclarme en ninguna otra cosa hasta que no haya triunfado en esta oficina.

—Sin duda, tienes una manera rara de ver las cosas —dijo Chism tristemente, meneando la cabeza—. Dices que aspiras a ser un gran abogado; pero no eres lo bastante listo como para planear tu próximo paso. ¿Qué crees que sería hoy Daniel Boone Blalock si no se hubiera metido en política? Yo te lo diré. Sería un abogado de mala muerte en un pueblo de mala muerte. Así es. Pero es listo; y míralo ahora. En Washington es un hombre famoso; y por acá todos nos sentimos tan orgullosos de él como una gallina con un solo pollito. Y tenemos razones para ello. Puede hacer más por mayor número de personas que cualquier otro del que yo haya tenido noticias. Dan Blalock es el único hombre sobre esta parte del mundo con el que resulta necesario estar en buenas relaciones. Si lo piensas bien, hijo mío, algún día la gente dirá lo mismo de ti.

—Papá, tú sabes bien qué pienso de Dan Blalock —repuso Ross con una dura mirada—. Es el diputado de menor cuantía y el más deshonesto que haya mandado nunca este Estado a Washington. Es una vergüenza para nuestro país. —Chism miró el suelo. El abuelo no había dicho nada desde que entró acompañando a Chism. Ross abrió un cajón y extrajo un sobre grande. Después de esparcir sobre su escritorio los papeles que contenía, se echó hacia atrás y sonrió con afabilidad a su padre. Chism observaba a Ross con ojos nerviosos y parpadeantes—. Papá, olvidemos a Dan Blalock por un momento y hablemos del aserradero. Estoy convencido que vale la pena estudiar este asunto. Habría que pagar dos o tres veces este precio si no se tratara de una venta forzosa. ¿Tú qué piensas, abuelo?

—Dan Blalock es un hombre admirable —dijo Chism.

El abuelo carraspeó, evitando encontrar los ojos de Chism y acarició lentamente

su larga barba. Los tres sabían que el motivo de la reunión era la invitación de Ross a que vinieran aquella mañana a su oficina para discutir la compra del aserradero. Al principio Chism se había negado; pero no tenía otra cosa que hacer y terminó por aceptar para complacer a Ross. Era aún temprano, poco más de las nueve, y podía percibirse aún algo de la fría humedad nocturna en la desnuda habitación sin alfombra.

—Nunca juzgué sensato dar consejos a un hombre, aun cuando los pida —dijo el abuelo despaciosamente—, porque eso es algo peligroso. A un hombre no le gusta que otro le diga que debe hacer esto, aquello o lo de más allá. A un hombre le gusta tomar sus propias decisiones; y es así como debe ser. Los sabelotodo han hecho mucho daño en este mundo por creer que Dios los ha favorecido con una inteligencia superior.

Se calló un instante y acarició su barba mientras buscaba cómo expresar su pensamiento. Chism continuó balanceándose sobre las patas traseras de su silla, dirigiendo de vez en cuando cortas miradas a Ross y al abuelo.

—Sin embargo —el abuelo habló sin vacilaciones— cuando se trata del común, el asunto es completamente distinto. Si un hombre da un mal paso y como consecuencia sufren personas inocentes, creo que debe llamársele la atención y ayudarlo a remediar el mal. Me he dado cuenta de que cuanto más noble es un hombre más aprecia este tipo de consejo. Sigo convencido de que el peor de los pasos dados por Chism fue vender nuestra casa y mudarse a la ciudad.

—Ya estoy harto de oír hablar de esa maldita chacra —interrumpió Chism colérico—. No sé por qué tienes que sacar a relucir la misma historia, papá. El único motivo de mi visita es oír hablar de un aserradero; y solo eso quiero escuchar. De modo que si alguien quiere referirse a eso, soy todo oídos.

—Ya iba a referirse a eso, Chism —dijo el abuelo bondadosamente—. Si hablé de la chacra fue porque...

—Bueno, trata de llegar cuanto antes al asunto sin machacar sobre esa condenada chacra. Escuchándote, cualquiera creería que se trataba del Jardín del Edén, equipado con fuentes de oro y con bananas maduras colgando de cada arbusto.

El abuelo Crockett oprimió con la mano izquierda la ondeante barba blanca como si aquello fuera lo único que poseyera sobre la tierra.

—Creo que lo mejor para un chico es crecer en el campo —dijo con una mirada profundamente inquieta—. Todavía estamos a tiempo de hacer algo por Jarvis y Jane. Son inocentes, no tienen madre; deberíamos impedir que se eduquen en las calles de la ciudad, sin nadie que les sirva de guía. Si no nos hubiésemos mudado, Vickie no pasaría las noches fuera de casa y Dorisse no se hubiera casado nunca con ese muchacho. Pronto nos enteraremos de que Jarvis y Jane se encuentran en serias dificultades. Desgraciadamente, es demasiado tarde para modificar lo que ya ha sucedido; pero estamos a tiempo de evitar que a Jarvis y a Jane les ocurran cosas semejantes. Alice se revolvería en su tumba si supiera lo que ha sucedido con sus

hijos desde su muerte. Si había algo que deseaba por sobre todas las cosas, era una buena educación para sus hijos. Ellos saben lo que pensaba su madre al respecto. Hace pocas mañanas me recordó Jane que las últimas palabras de su madre expresaban el deseo de que sus hijos gozaran de las cosas buenas de la vida. Lo desean por la memoria de su madre y saben que lo están consiguiendo.

—¡Demonios! —exclamó Chism con una amarga mirada—. ¡No haces más que hablar de eso! No has dicho una sola palabra sobre el aserradero. No he venido para dejarme insultar por haber hecho lo que me correspondía. Ahora, si alguien tiene algo que decir acerca de aserradero...

—El abuelo trataba de explicar por qué considera conveniente que compres el aserradero y vuelvas a vivir en el campo —dijo Ross, apaciguador—. El abuelo piensa que es importante que nos preocupemos de Jarvis y Jane, papá.

—Me importa un comino lo que piense —contestó Chism con rudeza—. Papá no puede perdonarme la venta de la chacra y aprovecha cualquier ocasión para desahogarse. No le prestaré atención. Lo he escuchado decir esas cosas tantas veces que me duelen los oídos cuando lo escucho.

—Es curioso lo que ocurre con los seres humanos —continuó el abuelo, acariciándose la barba. No parecía conmovido por la iracundia de Chism—. Es como si Dios estuviera empeñado en demostrarnos nuestra propia imperfección. Por eso, de vez en cuando, en una buena familia aparece una generación de ovejas negras. Cuanto más refinada y sólida llega a ser una familia, más probable es que ocurra esta desgracia. Tomemos, por ejemplo, la familia Hair. No he conocido gente más honesta, trabajadora y recta que los Hair. Llegaron a estos lugares luego de atravesar las altas montañas, más o menos en la misma época en que vine yo. A pesar de todo, llegó una generación representada por ese muchacho que se casó con Dorisse. Si existe un hombre que valga menos que ese, yo no lo conozco. Constituye una vergüenza para los Hair; tanto, que hasta se vieron obligados a mudarse de aquí. Ahora, por otro lado, examinémonos a nosotros. Los Crockett siempre han...

—Tampoco yo simpatizo con Nobby —dijo Chism alzando la voz. Dejó que su silla descansara sobre las cuatro patas—. En eso estoy de acuerdo contigo, papá. Nobby me enfurece tanto a veces con su manera de ser frívola o inútil y sus costumbres indolentes, que podría tomar un palo y pegarle hasta desmayarlo. Tal vez algún día lo haga, si no se resuelve a trabajar para mantenerse en lugar de vivir a mi costa.

—Esa es una de las ventajas que ofrece el aserradero, papá —dijo Ross, tratando de aprovechar el humor más conciliador de su padre—. Que comenzarás a ganar dinero desde un principio. Además, el negocio de maderas rinde mucho en estos días. Claro está que no me importa ayudar y estoy seguro que lo mismo pasa con Vickie. Pero nuestra contribución no es bastante para que tú, el abuelo, Jarvis y Jane vivan como es debido. Y también hay que pensar en Dorisse. Dentro de un mes tendrás más dinero en el banco que todo el que has tenido desde que llegaste a la ciudad. No diría

eso si no estuviera absolutamente seguro; he controlado cuidadosamente los libros del aserradero y sé lo que digo. Se puede ganar mucho dinero en ese negocio. Montones.

—Según lo que dices, hijo, se trata de una mina de oro —dijo Chism reflexionando—. Es una verdadera lástima que no se trate de una verdadera mina de oro, con pepitas asomando en el barro. Eso es lo que me gustaría encontrar antes de que pase mucho tiempo. En estos momentos nada me resultaría más agradable que encontrar la manera de tener siempre los bolsillos repletos de dinero para gastar.

—Y también lo mereces, papá —dijo Ross—. Deseo verte bien vestido y viviendo bien. Jarvis y Jane necesitan ropa decente con urgencia. Creo que no tendrás que mantener a Nobby y a Dorisse si te mudas al aserradero. Yo podré ayudarla. Ella está haciendo todo lo posible para conseguir que Nobby se ponga a trabajar. Contará con mi ayuda si demuestra voluntad en conservar su empleo. Todo se arreglaría de acuerdo con los deseos de mamá. Estoy completamente seguro.

—Es una pena que tu madre haya muerto antes de que ustedes fueran grandes y se encontraran establecidos —dijo Chism con sencillez. Se movió en la silla y se puso a mirar por la ventana—. A veces no sé quién la extraña más, si ustedes, los chicos, o yo. Cuando ella partió fue como si todo se derrumbara; y no sé si alguna vez las cosas volverán a ser como antes. Ya no parecemos constituir una familia. Es como si bogáramos a la deriva en la vastedad del océano.

Se volvió hacia el centro de la habitación. Con los ojos bajos contemplaba sus manos retorciendo un cordel que había encontrado en alguna parte.

—Extraño a Alice mucho más de lo que puede suponerse. No soy el mismo sin ella. Cuando ella estaba con nosotros todo era distinto; ahora tengo la sensación de que nada me importa. A veces me siento tan solo que me pongo a hacer cosas para no estar constantemente pensando en ella. La otra noche tuve un ataque de soledad y me llevé a Jarvis otra vez conmigo. Nos encontramos con unas chicas negras que iban caminando por las vías y las hicimos entrar a gatas en un vagón de carga. Todo el mundo puede estar seguro de que no lo hubiera llevado a Jarvis si Alice estuviera conmigo.

Permanecieron sentados, pensando en las palabras de Chism. Este miraba el pedazo de cordel que retorcían sus dedos y el abuelo se acariciaba la barba. Después de un momento Ross se puso de pie y fue hasta la ventana. Se quedó allí, dando la espalda a la habitación durante varios minutos, mirando hacia la calle.

—Podemos cerrar trato para la compra del aserradero hoy mismo, papá —dijo después de un rato, volviéndose y mirando la habitación—. Puedo conseguir el dinero sin dificultades.

—¿Cuántos hombres se necesitan para trabajarlo, hijo? —preguntó Chism, contrito.

—Seis o siete, papá; además, todos viven allí. Hay muchas casas para los obreros; y la vivienda principal es la construcción más moderna de esta parte del país. Vivirás como un hacendado en esa magnífica casa, papá.

—¿Cuánta madera venden junto con el aserradero? —preguntó Chism con interés creciente.

—Me han dicho que hay bastantes árboles en pie para serruchar durante dos o tres años; además hay mucha madera en los terrenos adyacentes, y puedes comprarla si llegas a necesitarla. Durante el primer año ganarás lo suficiente para pagar el precio del aserradero, del terreno y de todo lo que se incluya en la venta. Estoy seguro de eso, papá. Cualquiera que compre ahora el aserradero se habrá hecho rico en pocos años; y prefiero que ese dinero vaya a ti. Durante mucho tiempo todavía, el mercado de maderas será excelente; y aun cuando vendas la madera de todos los árboles en pie podrás hacer trasplantes de pino y dentro de unos doce años estarás cortando madera para pulpa.

—El principal inconveniente es que no entiendo mucho de aserrar madera —dijo Chism con voz vacilante—. He aserrado algo por mi cuenta, pero poca cosa. Esto que me propones parece un negocio muy grande.

—Entiendes lo suficiente, papá —repuso Ross observando la cara de su padre y tratando de mantener vivo su interés—. No te preocupes por eso. Hay un buen capataz trabajando allí; por mi parte, te ayudaré en la administración. Toda tu tarea consistirá en vigilar la marcha del trabajo y asegurar la provisión de troncos. Es un negocio grande, pero te dará mucho dinero.

—¿Suenas lindo, verdad? —Chismladeó la cabeza con un gesto de afirmación y entusiasmo—. Hay algo de lo que estoy seguro. Será una vida mucho mejor que la de un campesino sudoroso. —Miró al abuelo con expresión de superioridad—. Preferiría caerme muerto antes que volver al campo. Siempre pensé que podría ser un buen gerente en un aserradero o algo así.

—Estoy seguro que te conviene aceptar, Chism —intervino el abuelo—. Sería muy sabio de tu parte.

Chism retorció el cordel alrededor de su dedo y luego lo estiró lentamente.

—Me gustaría correrme en auto hasta allí y examinar en seguida el lugar —dijo dirigiéndose a Ross—. ¿A qué distancia dijiste que estaba de la ciudad, hijo?

—A diez millas, más o menos.

—¿Diez millas?

Ross afirmó con la cabeza.

—Diez millas enteras —murmuró Chism mientras retorció el cordel alrededor de su dedo.

—No es muy lejos, papá.

—No lo es cuando solo piensas en millas —replicó Chism con preocupación—, pero es una distancia enorme cuando piensas en los lugares donde te gustaría estar. No sé si me agrada dejarme atrapar por el campo otra vez, por buena que sea la razón para hacerlo. Es demasiado lejos de la ciudad. Estoy acostumbrado a los hábitos de la ciudad y me gustan mucho. Todo lo que pido de veras a la vida es...

—Pero hay un camino pavimentado directo, papá; solo emplearás quince o veinte

minutos para recorrerlo en el coche. En estos días, esa distancia es mínima. Piensa en lo bien que estarás si lo comparas con...

—No me gusta lanzarme de cabeza en algo y luego arrepentirme —dijo Chism tercamente.

—No deberías preocuparte por eso, Chism —terció el abuelo con inquietud—. Una oportunidad como esta no se te presentará muchas veces en la vida; sería sabio no desperdiciarla. Dirigiendo el aserradero podrás llegar a triunfar económicamente; y esa probabilidad no la tienen muchos. Si te fueras a vivir allí y los chicos se criaran en el campo, lejos de todo esto...

—¡Un momento! —exclamó Chism—. Las cosas se están precipitando. Esto marcha demasiado rápido para mi gusto. Escúchenme, ustedes dos. En primer lugar, no pienso vender la casa de la ciudad. Me gustaría conservarla para venir algunas noches, especialmente los sábados, y los domingos durante todo el día. Los sábados de noche, lejos de la ciudad, me sentiría como alma en pena.

—¿Pero qué sería de los chicos en ese caso, Chism? —preguntó el abuelo ansiosamente—. ¿Quién cuidaría de ellos mientras tú estás en la ciudad?

—¡Diablos! Ya están bastante grandes como para cuidarse por sí solos.

—Jarvis y Jane, no, Chism —repuso el abuelo con un firme movimiento de la cabeza—. No podrías marcharte y dejarlos solos. Claro, si yo voy contigo al campo, aún viviré unos años para ayudarte con los niños. Pero estoy envejeciendo rápidamente, no me queda para mucho. Y si yo desaparezco, no habría nadie para cuidarlos. Bien sabes qué dirá Alice si supiera que los dejas solos. Eso no le gustaría, Chism.

—¡Fuego del infierno! Parece que en el resto de mi vida no escucharé otra cosa. Tengo que pensar en mí, también.

—Pero papá, pensamos en ti, además de preocuparnos por Jarvis y Jane —dijo Ross con inquietud.

—Estoy harto de este alboroto. Todos me atacan. Jarvis se está convirtiendo en un hombre y Jane se comporta con sensatez. ¿Por qué no pueden los demás dejarme tranquilo y cesar de molestarme? ¿Por qué quieren que haga lo que a ellos se les ocurre y no lo que se me da la gana? Si me fuera posible dirigir las cosas, tendría un pequeño negocio y...

—Hagamos una cosa, papá —dijo Ross poniéndose de pie y rodeando el escritorio—. Vamos hasta allá en el coche y echamos un vistazo al aserradero. Podemos hablar de estas cosas en otra oportunidad. Yendo en el coche solo demoraremos unos pocos minutos. Cuando hayas visto el aserradero estarás en mejores condiciones para decidir.

—No voy —dijo Chism resueltamente.

—¿No vas? —preguntó Ross, mirando al abuelo.

—Es lo que acabo de decir; y lo dije en serio.

—Pero hace unos minutos dijiste que deseabas conocer el aserradero.

—Tal vez lo haya dicho; pero cambié de idea. Y es una suerte que lo haya hecho antes de que tú y papá me obligaran a hacer lo que estuvieron planeando siempre. No pienso moverme ni una pulgada en dirección al maldito campo. ¡Y eso es todo!

—Pero, papá, tienes que pensar en el futuro. Y esto es algo...

—Eso es lo que estoy haciendo; y además lo hago rápidamente. Estoy pensando en mi propio futuro, de acuerdo con mis deseos y no con los tuyos y los de él —hizo una mueca e indicó al abuelo con la cabeza—; han usado toda clase de recursos para engañarme. Me quedaré aquí, en la ciudad; donde me gusta vivir.

Se levantó y fue andando tieso hacia la puerta. Al pasar junto al abuelo, lo miró desde arriba y le sonrió.

—Ustedes han dicho lo que tenían que decir; y era exactamente lo que yo me esperaba. Ahora les diré una cosa. Ustedes lo ignoran; pero toda esta charla acerca del aserradero no me interesa porque empezaré a trabajar para el gobierno un día de estos. Todo está ya arreglado. De ahora en adelante pueden ahorrar aliento. Espero figurar en la lista del personal del gobierno antes de que termine la semana. ¿Qué les parece?

Abrió la puerta, dio media vuelta y sonrió con aire de superioridad a Ross y al abuelo. Luego salió dando un portazo.

CAPÍTULO XI

Cuando terminó la función cinematográfica, a las once y cuarto, Vickie cruzó la calle y entró en el Café Rainbow para hacer tiempo hasta la hora de ir al Hotel Southland, a la vuelta de la esquina. Daniel Boone Blalock le había dicho que la esperaba en su habitación a las doce.

Vickie entró y fue a sentarse en un extremo del salón. Varias parejas que habían ido al cine estaban ya sentadas en el mostrador, comiendo sándwiches y bebiendo café. Las risas alegres y despreocupadas y las conversaciones íntimas que oía susurrantes a su alrededor, la pusieron nerviosa. Se sintió sola y miró el reloj en la pared, contando en silencio los minutos que la separaban de la hora de marcharse. Siempre había aguardado con excitación su noche libre; pero durante las últimas semanas cada noche de martes le traía una aguda sensación de soledad, hasta el punto de que llegaba a preferir estar trabajando. Por más que se decía que esta noche sería distinta de las demás, puesto que tenía una cita con Dan Blalock, le era imposible evitar el sentirse solitaria mientras esperaba la medianoche rodeada por la multitud bulliciosa.

Todos los martes iba por la tarde al salón de belleza, se hacía lavar la cabeza y marcar las ondas. Además, siempre se ingeniaba para comprar algo nuevo, aunque solo fuera un par de medias o un alfiler de la casa de artículos de fantasía. En esta circunstancia, debido a que esperaba con tanto interés su cita con Dan Blalock y deseaba impresionarlo bien al entrar en su habitación, había sido extraordinariamente dispendiosa y había comprado un vestido negro de lana.

Un poco más tarde, cuando la mayoría de los clientes se habían retirado. Nick bajó de su taburete detrás de la caja registradora y se dirigió hacia el lugar que ocupaba Vickie.

—Tengo un mensaje para ti, Vickie —dijo en seguida—. Con todo este sofocón después del cine, casi me olvido de dártelo. Fue una de esas noches en que todo el mundo quiere comer sándwiches *western*. Y tú sabes lo que pasa cuando se amontonan veinticinco pedidos en la parrilla. El hombre siempre amenaza con marcharse si la gente no se limita a sándwiches secos o empanadas. —Nick se enjugó la frente con su pañuelo—. ¿Pero cómo vas a obligar a un cliente a comer empanadas si quiere un sándwich *western*?

—¿En qué consistía el mensaje, Nick? —preguntó ella, tratando de conservar la calma.

—Hace un par de horas telefoneó el diputado. Quería hacerte saber que ha tenido que ausentarse de la ciudad durante unos días por negocios urgentes. Algo inesperado, dijo. Me pidió que te avisara que se pondrá en contacto contigo en cuanto regrese. Creo que eso es todo, Vickie.

—Es bastante, Nick —comentó ella, casi sin aliento—. ¿Qué más puede pedir una chica?

—¿Qué quieres decir?

—Que es una gran noticia... en mi noche libre. —Apoyó los brazos en el mostrador y se inclinó con actitud de fatiga. Movi6 la cabeza—. Es un mundo de hombres.

Nick hizo un gesto consolador.

—Espera su regreso, Vickie. Es un gran hombre. Puede hacer mucho por ti.

—Excepto los martes por la noche —contest6 ella mientras movía lentamente la cabeza—. ¿Qué debe hacer una muchacha los martes por la noche, Nick? ¿Poner al día su diario?

—¿Por qué no vas a tu casa y echas un buen sueño, para variar? —sugiri6 él.

—¿Y pasarme la noche oyendo cómo discute Nobby Hair con mi hermana y las charlas de papá respecto al dinero? —Sacudi6 la cabeza con resolución—. Esa no es mi idea del cielo.

Nick la mir6 un instante antes de encogerse de hombros y volver a la caja registradora.

—No lo tomes tan a pecho, Vickie —dijo al alejarse—. Para conocer a un hombre debes verlo actuar en su elemento. Toma una taza de café de la casa.

Como de costumbre, Pauline iba de un lado a otro detrás del mostrador y lanzaba a Vickie frecuentes miradas de desprecio, francamente sarcásticas y desdeñosas. Se la veía esforzarse para no hacer comentarios. Pauline siempre había envidiado la belleza de Vickie y la facilidad con que atraía a los hombres; a pesar de que llevaban trabajando juntas casi un año, no había depuesto su actitud desdeñosa. Más de una vez Pauline se había quejado a Nick respecto a la manera estudiada con que se desplazaba Vickie detrás del mostrador cuando atendía a la clientela masculina; consideraba que era injusto permitir que Vickie despertara deliberadamente su interés, moviendo las caderas y contoneándose, porque a causa de esto la mayoría de los hombres prefería ser atendida por Vickie y esta lograba propinas mucho más elevadas que las de Pauline. Nick contestaba que Vickie era útil al negocio y que se podían aprender unas cuantas cosas de ella. Pauline manifestaba que prefería marcharse antes que rebajarse hasta el nivel de Vickie.

Cuando se terminó de atender a los últimos clientes y solo quedaba Vickie en el salón, Nick se le acerc6. La muchacha estaba apoyada en el mostrador, en actitud de desánimo. Durante un momento no dijo nada; estuvo admirando la cabellera cuidadosamente ondulada y el nuevo vestido negro. Vickie alz6 la vista al oír que Nick hacía chasquear la lengua en señal de aprobación.

—¿Qué quieres? —pregunt6 ella sin sonreír.

—Vickie, me duele ver que lo tomas tan en serio.

Ella pregunt6 cómo debía tomarlo.

—Tal vez necesites un hombre que verdaderamente quiera casarse contigo. Hace mucho que pienso en eso.

—¿Te refieres a ti mismo, o se trata de alg6n amigo tuyo?

—No —repuso él rápidamente—. No, no entiendes lo que quiero decirte, Vickie. Pienso que perteneces al tipo de muchacha que sería feliz en el matrimonio; te sentirás desdichada hasta que aparezca un hombre que quiera casarse contigo y no limite su interés a invitarte a pasear. Hablas mucho de que te gusta divertirte con los muchachos; pero no puedes ocultar tus deseos de casarte. Siempre descubro eso en una mujer, por más que ella se empeñe en ocultarlo. Claro que eres una buena camarera, especialmente para las horas nocturnas, cuando la mayoría de los clientes son hombres; lamentaría mucho perderte, pero, para ser honrado, debo declarar que casada estarías diez veces mejor. Podrás hablar cuanto quieras de divertirte con un muchacho, concurrir a fiestas y cosas por el estilo; pero en lo hondo de tu corazón lo que necesitas es un hogar propio, chicos, y un buen esposo, generoso y que pueda mantenerte.

—Nick, lo que dices es tan cierto que te asesinaría por conocer mis sentimientos —contestó ella, apretando los dientes—. ¡Vete de aquí!

Él le dio unos golpes amistosos en el brazo.

—Aparecerá unos de estos días, cuando menos lo esperas, Vickie. —La miró un momento y se dirigió al frente del negocio.

Vickie se levantó para servirse una taza de café del depósito humeante de atrás del mostrador. Volvió a sentarse y encendió un cigarrillo. No sabía si enojarse con Dan Blalock o con ella misma; pero sabía que, de todos modos, estaba allí sola, en la medianoche de su día libre, luciendo en vano un vestido nuevo que tendría que pagar durante los próximos tres meses. Apagó el cigarrillo y encendió otro de inmediato.

Permaneció sentada, contemplando las aparentemente inmóviles agujas del reloj. Eran las doce y media; y si Dan Blalock no hubiera llamado a Nick, ella estaría en aquel momento en la habitación 505 del Hotel Southland. Se preguntó si sería verdad que Dan había tenido que ausentarse o si estaría festejando a otra muchacha en su lugar. La sospecha fue tomando fuerza; momentos después estaba segura de que él había invitado a otra chica a su pieza. No tenía la menor idea de cómo le sería posible comprobarlo; era evidente que si estaba con otra muchacha le impediría entrar. Se levantó rápidamente y casi había salido del restaurante cuando vio el teléfono junto a la caja registradora.

Nick, que leía un diario, levantó los ojos con sorpresa al oír la pedir que la comunicaran con la habitación de Dan en el hotel. Se mantuvo de pie, aferrando fuertemente el teléfono, mientras oía sonar la campanilla en la habitación 505. El teléfono llamó siete u ocho veces sin que nadie contestara; cuando volvió a colgarlo, ignoraba aún si Dan estaba o no en la habitación. Porque, se dijo, si realmente estaba con otra chica no atendería el teléfono ni haría caso de un aldabonazo en la puerta. Apartó el teléfono, más indecisa y perpleja que antes.

—¿Qué te pasa; Vickie... no crees nunca en lo que dice un hombre? —preguntó Nick con aire ofendido.

—No tengo todavía edad suficiente como para contestar a eso —repuso ella

fríamente—. Lo haré dentro de cuarenta años.

Nick se acarició el cráneo calvo.

—¿Por qué cuarenta años?

—Porque para entonces ya no me importará.

—Pero el diputado no te mentiría, Vickie. No le conviene. Un gran político como él no haría eso.

—¿Es un hombre, verdad?

—Claro, pero...

—¿Y tiene testículos, verdad?

—Pero, Vickie...

—Entonces, basta de hartarme hablando del «gran político»: sabes que es un hombre, que está solo en una pieza de hotel y que le gusta oler un perfume nuevo de vez en cuando... digamos una vez durante la semana y dos veces a fines de semana.

—Ya lo sé, Vickie, pero...

—También yo lo sé. De modo que cállate.

Ben Humphrey entró al restaurante y pidió a Pauline una taza de café. Tomó asiento en mitad del mostrador y se puso a revolver el negro café caliente, apoyado en los brazos. Varias veces se volvió, mirando a Vickie, hasta que sus ojos se encontraron. Ben era un hombre corpulento, de unos cuarenta años, con el aspecto de un muchachón. Su cabello castaño oscuro era abundante y lacio y su fácil sonrisa, amistosa y bonachona. No había vuelto a ver a Vickie desde la noche en que Dan Blalock y los dos ingenieros entraron al restaurante y pidieron bifés.

Todavía se encontraba ella junto a la caja registradora cuando Ben se acercó para pagar su cuenta. Sonrió a Vickie como lo hacía siempre. Ella, sorprendiéndose de hacerlo, le devolvió la sonrisa con un parpadeo de modestia. Ben la miró incrédulo.

—¿Qué es lo que te asombra? —le preguntó ella con voz profunda y traviesa. Ben abrió la boca pero no pudo hablar. Tragó varias veces antes de poder decir algo.

—Hola, Vickie —pronunció por fin, roncamente.

—Hola, Ben —repuso ella, mirándolo.

—Vickie... ¿estás por salir?

—Así es —replicó, caminando hacia la puerta.

Ella esperó a que Ben la abriera; luego salieron ambos a la calle, seguidos por la perpleja mirada de Nick. Pasaron varios coches; los neumáticos silbaban sobre el pavimento húmedo; ellos se contemplaban. Después, Vickie se estremeció al sentir el aire frío de la noche y Ben la tomó de un brazo. Ella se le acercó y se pusieron a andar. Ben le había pedido una cita innumerables veces pero ella siempre se había negado; por eso él no podía comprender que esta vez hubiera dicho que sí.

Cuando llegaron a la casa de pompas fúnebres, al fin de la Calle Mayor, Ben abrió la puerta con su llave y la hizo entrar en la sala. Una lámpara con pantalla rosa alumbraba débilmente la gran mesa central; junto a esta había un alto florero lleno de flores rojas y amarillas. Un gran retrato, con marco dorado, del padre de Ben,

fundador del negocio, se encontraba colgado en la pared encima de la chimenea. Una gruesa alfombra azul marino cubría el suelo; varios sillones y sofás, demasiado rellenos, estaban dispuestos circularmente en la habitación.

Poco después, Ben la tomó del brazo y la condujo a través del pasillo mal iluminado a una pequeña salita. Había un calentador a gas encendido; la pieza resultaba cálida y agradable. Vickie se acercó al calentador; Ben la rodeó con su brazo. Estuvieron inmóviles durante un largo rato; luego ella apoyó su cabeza en el hombro de Ben.

—Es una suerte que se me haya ocurrido ir al Rainbow para tomar una taza de café —dijo él, abrazándola—. Ya había perdido toda esperanza, Vickie. Te he pedido tantas veces que me concedieras una cita que tenía vergüenza de insistir. La última vez que te hablé ni siquiera te tomaste la molestia de contestarme. Y esta noche entré al restaurante y ni siquiera tuve que pedirte. Sencillamente, salimos juntos y ahora nos encontramos aquí. ¿Estás segura de no haberte equivocado, Vickie? —La oprimió suavemente—. Soy Ben Humphrey.

—Me gustas, Ben —dijo ella, volviéndose rápidamente y rodeándole el cuello con los brazos—. Creo que no te he dicho que sí antes porque temía venir aquí... quiero decir, a un lugar como este.

—Es un lugar como cualquier otro, una vez que te has acostumbrado. Ahora que ya lo conoces, ¿volverás, verdad, Vickie?

—Tal vez —repuso ella, aproximándosele. Lo abrazó y se apretó desesperadamente a él—. ¿Nunca te sientes solo, Ben? —preguntó—. ¿Sabes lo que es sentirse solo?

—Aquí me siento muy solo durante toda la noche —contestó él con voz ronca—. Mi vida es muy solitaria.

—Yo también estoy sola, Ben —dijo ella con voz temblorosa—. Estoy terriblemente sola. No sé qué habría hecho esta noche si no hubieras llegado entonces al Rainbow. Me sentía tan mal que deseaba morir. No quería irme a casa porque aquello no es un hogar, nadie me necesita y yo...

—Te necesito, Vickie —dijo él apasionadamente. Se sentaron en el diván de cuero verde frente al calentador—. Hace mucho tiempo que te necesito. He deseado hacerte el amor desde la primera vez que te vi. Hace mucho que lo espero.

—¿Por qué deseas hacerme el amor, Ben? —Lo miró rectamente en los ojos—. ¿Porque piensas que soy una mala mujer? ¿Es ese el motivo, Ben?

—No, no se trata de eso. Debe ser porque me siento solo y quiero que estés conmigo. Aparte de la amistad, es poco lo que ofrece esta vida; y cuando un hombre y una mujer pueden sentirse cerca uno del otro, todo lo demás se hace soportable. Una muchacha no tiene que ser necesariamente mala por compartir esta sensación con un hombre.

Ella lo apretó entre sus brazos.

—¿No me crees mala, verdad, Ben?

—¿Por qué dices eso, Vickie?

—Porque a veces pienso que tal vez lo soy. Mucha gente me cree mala. Mis dos hermanas lo piensan. Y también mi hermano Ross. No sé qué opina papá. Nunca me dice nada. Pero el abuelo no lo cree. A veces piensa que soy tonta; pero no tan mala como... como... —Se detuvo y se arrimó más a Ben. Estaba temblando—. Pero no soy mala. Me imagino que me gusta estar con un hombre para no sentirme tan sola. No es por maldad que uno hace eso; es para interrumpir esa horrible sensación que produce deseos de morir. A veces haría cualquier cosa por librarme de ella. Es absolutamente necesario hacer algo si quiero seguir viviendo. En casa no hay vida de hogar; si tuviera que quedarme allí día tras día terminaría por matarme. Así es de terrible, Ben. Es terrible. Nadie sabe cómo es. Excepto nosotros. Nosotros sabemos. Por eso me puse a trabajar en el Rainbow. Una vez que murió mamá, todo cambió. Dejé de ir al colegio porque papá dijo que debía ganar dinero. Al principio tenía miedo de ponerme a trabajar; pero se producían tantas peleas ahora que no estaba mamá para apaciguarlos, que me resultó muy insoportable quedarme en casa. Papá se pelea con todo el mundo porque no tiene dinero. Culpa al abuelo de todo lo que pasa. Acusa al abuelo de haber arruinado su vida obligándolo a quedarse en la chacra cuando él quería venirse a la ciudad y abrir un negocio. No sé exactamente qué negocio; dice que ahora es demasiado tarde para hacer nada; de modo que toda su actividad se reduce a pedirme dinero todas las semanas. Ross también le da algo; pero él vive quejándose. Si mamá no hubiera muerto, yo habría ido a la universidad, porque eso era lo que ella quería. Decía que una buena educación era algo muy importante, que todos debieran tenerla. A papá no le importa lo que hago. Ya sé que es un mal pensamiento; pero hay veces en que deseo que le ocurra algo terrible y se muera. Es espantoso odiar al propio padre como lo hago yo; pero no puedo evitarlo. No sé qué va a pasar conmigo. A veces no me importa.

Ben no sabía qué decir. Le tenía lástima y quería hacerle saber que haría cualquier cosa por ayudarla; pero no encontraba las palabras.

—Si de verdad me quieres, Ben, trata de seguir haciéndolo después de esta noche —suplicó ella con voz infantil—. Necesito tener a alguien que me quiera siempre. Si siguieras queriéndome, haría cualquier cosa; porque entonces te amaría tanto que nada me importaría con tal de hacerte feliz. Otros hombres me han dicho que me amaban; yo empecé a quererlos y gracias a esto no me sentía tan sola. Pero me mentían; no eran sinceros porque terminaban por dejarme y volver a sus mujeres. Entonces sentía nuevamente mi soledad, con tanta fuerza que no deseaba seguir viviendo. Pero si encuentro un hombre que me quiera de verdad, lo haré tan feliz que no me abandonará, esté casado o no. Lo que digo es la pura verdad. Necesito un hombre que me quiera siempre, no solo cuando me invita a pasear. Esto es lo que más me duele. Cuando una se siente sola necesita tener la seguridad de una compañía.

El reloj del pasillo acababa de tocar tres veces cuando Mary Lou Humphrey abrió la puerta y entró. Mary Lou era una mujer pequeña, apasionada, de pelo oscuro, de

treinta y siete años de edad. Llevaba muy bien sus ropas finas y siempre se presentaba en público vestida a la última moda. Aún a esas horas de la madrugada lucía un sombrero con velo y guantes de cabritilla negra. Representaba varios años menos que Ben.

—Sería toda una sorpresa, Ben —dijo lentamente, mientras se quitaba con cuidado los guantes—, si no fuera porque sabía lo que iba a encontrar. No resulta tan excitante como creía. ¿Llegué demasiado pronto? ¿O demasiado tarde? Pensé que tú y Vickie Crockett se habrían hecho más íntimos. Esperaba una escena, naturalmente, y que tú...

—¿Qué has venido a hacer aquí, Mary Lou? —dijo Ben mientras se apartaba de Vickie.

—Vine a sorprenderte con Vickie, naturalmente.

—¿Cómo lo sabías?

—Una de mis amistades fue lo bastante considerada para molestarse y llamarme por teléfono, Ben.

—Nadie lo sabía, con excepción de Nick Dopolous.

—No fue el propietario del Café Rainbow, Ben.

—No me imagino quién otro puede haber sido.

Vickie y Ben se miraron inquisitivos.

—Ya sé... ¡fue Pauline! —exclamó Vickie impulsivamente—. ¡Fue ella!

Mary Lou dejó caer sus guantes sobre la mesa. Después se volvió para sonreír condescendiente a Vickie.

—Sí —dijo con exagerada cortesía—. Sí, fue Pauline. Dijo que era tu íntima amiga, Vickie, y que lo hacía por tu propio bien. Debe ser lindo tener amigos tan considerados, Vickie.

Ben se puso de pie y se acercó a su esposa.

—Solo estábamos sentados y charlando, Mary Lou —dijo—. Tú misma puedes verlo.

—Pero en este momento me estás ofendiendo, Ben Humphrey, y tratas desesperadamente de encontrar algo más para decir, ¿verdad? ¿Quieres tomarte más tiempo? ¿Aceptarías un consejo? ¿Por qué no das alguna satisfacción a la esposa ultrajada? Podrías decir que serás magnánimo y darás a la esposa ultrajada el placer de oírte pedir perdón. ¿Qué te parece, Ben? ¿O preferirías consultar a Vickie Crockett antes de responder? —Abrió el cierre de su cartera—. ¿Por qué no lo discutes con Vickie mientras yo busco una cosa?

Introdujo su mano en la cartera, extrajo una pequeña pistola con mango de nácar y encañonó a Ben.

—¡Mary Lou! —gritó él excitado—. ¡No hagas eso! ¡No puedes hacer eso, Mary Lou!

Ella se le acercó, con la pistola firme en la mano, haciendo retroceder a Ben. Luego dirigió el arma hacia Vickie.

—Algunas cosas no son bonitas, Vickie —dijo dulcemente. La sonrisa se fue borrando de sus labios poco a poco—. Una de ellas es tratar de quitarle el esposo a una mujer —dijo en voz alta y clara—. ¡Si no lo sabías lo aprenderás antes de marcharte!

Con un movimiento rápido y nervioso se volvió hacia Ben, lo empujó con la pistola y lo hizo entrar en el vestíbulo. Luego cerró la puerta con llave. Vickie estaba de pie junto al sofá cuando Mary Lou puso la pistola sobre la mesa, al lado de sus guantes. Un segundo después se había acercado para empuñar un mechón del pelo de Vickie. Esta, gritando, luchó a su vez con todas sus fuerzas. El sombrerito con velo de Mary Lou voló a través de la habitación y su vestido ajustado se desgarró en los hombros. Su cabellera, cuidadosamente peinada, cayó sobre su rostro. Ahora estaban luchando como dos pilletes, desgarrándose las ropas una a la otra. Vickie se puso a llorar cuando vio que su vestido de lana negra caía hecho jirones; entonces se aferró salvajemente a la ropa de Mary Lou hasta que no encontró nada más para romper. Mary Lou tiraba del cabello de Vickie con ambas manos y Vickie hundía sus dientes en la carne del hombro de Mary Lou. Las dos mujeres gritaban de dolor cuando Ben logró romper el cerrojo y se les acercó. Tuvo que introducirse sobre ellas a fuerza de hombros para poder separarlas; después mantuvo aparte a las llorosas mujeres abriendo los brazos todo lo que le era posible. Mientras se preguntaba qué debía hacer ahora, Mary Lou se desplomó exhausta en el suelo. Vickie retrocedió y se puso a buscar, sollozando, sus ropas. Ben fue hasta el armario y le trajo un impermeable. Cuando se acercó para echárselo sobre los hombros, ella sostenía en una mano un pedazo de su traje negro nuevo y continuaba sollozando intermitentemente. Ben la condujo hasta la puerta de calle, la hizo salir y volvió apresuradamente junto a su esposa. Mary Lou lloraba aún cuando él la alzó del suelo y la llevó hasta el diván. Después se sentó a su lado y contempló gravemente los jirones de ropas diseminados por la habitación.

CAPÍTULO XII

Daniel Boone Blalock y los dos ingenieros de Washington, que habían pasado los últimos tres días estudiando el proyecto de energía eléctrica para el Middle Valley, llegaron a la ciudad poco antes de medianoche y bajaron del automóvil frente al Hotel Southland. Estaban sucios, cansados y con las rodillas endurecidas. El auto se les había atascado en el barro varias veces y se habían visto obligados a caminar ocho millas para encontrar un granjero que les sacara el auto del barrial con una yunta de caballos.

Dan, como siempre a esa altura de la noche, estaba hambriento, pero esta vez se sentía demasiado cansado para caminar hasta el Café Rainbow, en la esquina. Entró detrás de los dos hombres al hotel, y después de decir buenas noches, se fue directamente a su habitación en el quinto piso.

Se quitó los zapatos y los pantalones embarrados y estaba sirviéndose *whisky* cuando oyó que alguien daba en su puerta un golpe tímido y vacilante. Lo primero que se le ocurrió pensar fue que Vickie se había enterado de su regreso a la ciudad y venía a verlo. Deseó que fuera Vickie, aunque estaba cansado, y mientras se apresuraba a beber el *whisky* se aseguró a sí mismo que después de una ducha rápida y caliente y algunas copas se sentiría perfectamente bien y no dejaría que su fatiga la desilusionara. Ella era sorprendentemente distinta de todas las muchachas que él había conocido íntimamente: por cierta agresividad desusada y particularmente agradable en los momentos en que todas las otras que él había conocido eran sumisas e indolentes por tradición. Al recordarla decidió que debía conservarla a cualquier costo. La actitud que ella asumiera la noche de su primera cita había hecho que Dan cambiara su concepto de toda una vida acerca de la conducta ideal de una mujer. Y ahora, la perspectiva de renovar la experiencia le producía un temblor nervioso en las manos. Dejó el vaso vacío y se dirigió a la puerta. No había visto a Vickie desde el principio de la semana y se sentía orgulloso de que ella estuviera tan ansiosa por verlo. Abrió la puerta para saludarla. Solo un instante pasó antes de que su pesada quijada cayera decepcionada.

Chism lo saludó familiarmente con un movimiento del mentón y entró lentamente en la habitación sin esperar a que lo invitaran. Dan expelió el aliento contenido en un arranque de ira, y contempló impotente a Chism que atravesaba el cuarto en dirección a la mesa donde estaban las botellas y los vasos.

—¿Qué significa esto? ¿Cómo entras aquí de esta manera, Crockett? —gritó. Cerró la puerta con un golpe y se acercó a Crockett apoyando con cuidado los pies desnudos—. ¿Qué quieres aquí, Crockett?

Crockett se sirvió una generosa porción de *whisky*, que bebió de un trago echando la cabeza hacia atrás. Dan lo tomó por el hombro y lo obligó a volverse bruscamente. Chism retrocedió y lo miró con frialdad uniendo sus cejas negras y pesadas.

—¿Por qué hace eso? —dijo Chism.

—¡No te invité a mi cuarto y tú lo sabes! —respondió Dan, colérico y decepcionado porque esperaba a Vickie. De repente se sentía cansado otra vez. Buscó apoyo en el borde de la mesa—. ¿Qué te hace pensar que puedes entrar aquí de esa manera y servirte mis bebidas?

—Usted me abrió la puerta, ¿verdad? —dijo Chism—. En mi país eso siempre significa bienvenida.

—Esperaba a otra persona, no a ti —se apresuró a responder Dan.

Chism se sentó en la cama.

—Señor Blalock, he esperado tres días con sus tres noches que volviera a la ciudad. ¿Dónde demonios ha estado todo este tiempo?

—No me gustan los interrogatorios —replicó Dan—. ¿Cómo te enteraste de que volvía esta noche?

—Estuve sentado en la calle frente al hotel esperando que llegara en su auto... Así es como me enteré.

—¿Durante tres días? —preguntó Dan sorprendido—. ¿Estuviste todo ese tiempo esperándome afuera?

—Excepto los momentos en que iba a comer algo.

—Estoy mortalmente cansado, Crockett —suplicó Dan—. Estoy agotado. Basta mirarme para saberlo. Me arrastré por pantanos y ciénagas y Dios sabe qué más a ambas orillas del Middle River durante tres días enteros. Mira mis ropas allí en el rincón. Mira el barro que las cubre. Eso te explicará las que he pasado. —Observó la expresión impasible de Chism con un sentimiento de impotencia—. Tengo que descansar un rato. Por favor, vete ahora y te veré mañana a primera hora. Haz eso por mí. Te lo agradeceré desde el fondo de mi corazón.

Chism movió la cabeza a un lado y otro.

—Mañana será demasiado tarde, señor Blalock. Tengo que arreglar algunas cosas inmediatamente. Tres noches enteras sin dormir, esperándolo. Es demasiado importante para que lo posterguemos. Quiero liquidar este asunto ahora mismo.

—¿Qué es lo que quieres saber? —preguntó Dan con un dejo de resignación en la voz. Volvió a llenar su vaso y se sentó en una silla con un fatigado suspiro—. Apúrate y habla para que yo pueda dormir un rato. Si esto continúa mucho más, mañana estaré hecho una ruina.

—Estoy preocupado por mi empleo en el gobierno, señor Blalock —dijo Chism con aire ansioso—. Usted me dio ese empleo hace ya una semana, pero tengo el presentimiento de que todavía no me han anotado en la lista de pagos y tampoco sé que clase de trabajo debiera estar haciendo. Me mortifica pensar que no hago otra cosa que haraganear y estafar al gobierno cuando yo podría estar trabajando duro como cualquier otro empleado del gobierno. Tampoco es justo para los pagadores de impuestos. Yo tendría que estar ganándome mi paga. Pregunté en la oficina de correos por mi cheque, ayer, antes de ayer y dos veces hoy, pero me dijeron que no sabían nada sobre el asunto. Cada vez que les preguntaba qué pensaban que debía

hacer, me decían que lo mejor era hablar con usted, ya que usted es quien me prometió el empleo en primer lugar. Por eso estuve esperando frente al hotel todo este tiempo. Quería estar seguro de verlo para hablarle en cuanto llegara a la ciudad.

Dan apoyó los codos sobre las rodillas y se pasó las manos por la cabeza, calva y brillante. De las profundidades de su pecho brotó un gemido y se quedó sentado y silencioso durante un minuto o más mirando sus pies desnudos y tratando de encontrar la manera de echar a Chism de su habitación. Todavía esperaba que Vickie viniera a verlo y quería que Chism se fuera antes que ella llegara. Levantó la cabeza y miró el reloj que estaba sobre la mesa. Era ya la una menos cuarto.

—Yo hice mi parte, tal como lo prometí al principio —dijo Chism finalmente.

—¿De qué estás hablando ahora? —preguntó Dan, con aspereza.

—Bueno, se ha hablado, y mucho —explicó Chism—. Y yo hice mi parte repitiendo por toda la ciudad que nada de eso es cierto, tal como usted deseaba que lo hiciera. Pasé mucho tiempo dedicado a eso, y si algo aprendí, fue que es mucho más fácil conseguir que alguien crea cualquier cosa que se le diga que lograr que dejen de creer algo que ya saben.

—¿De qué han hablado?

—De Vickie, principalmente, señor Blalock, y de usted.

—¿Por qué no cortaste todas las murmuraciones, como lo habías prometido?

—Ese es el problema, señor Blalock. Temo que ya no es posible hacer nada. Tres noches atrás Vickie fue a lo del empresario de pompas fúnebres y se peleó con su esposa, Mary Lou Humphrey. Eso sucedió la misma noche en que usted se fue. Bueno, ella y Vickie se tiraron de los pelos y se desgarraron los vestidos y cosas por el estilo. Nunca en esta ciudad dos mujeres pelearon de esa manera. Dicen que cuando terminaron estaban como Dios las echó al mundo. Y que se mordieron. Usted bien sabe que cuando dos mujeres pelean por un hombre todo es posible.

—¿Qué hombre? —preguntó Dan, irguiéndose en la silla—. No te refieres a mí, ¿verdad?

—No, se trata de Ben Humphrey, el marido de Mary Lou. Es el encargado de las pompas fúnebres. Justamente ahora lleva en el bolsillo algunos pedazos de tela para mostrar en qué estado quedaron los vestidos cuando ellas terminaron de golpearse. Parecen sacados de una bolsa de trapos viejos. Pídale a Ben que se los muestre y usted podrá ver. Ninguno de los pedazos es más grande que un pañuelo de bolsillo.

—Lamento oírte decir eso —dijo Dan, incómodo. Se levantó para servirse otro *whisky*—. Hubiera preferido que Vickie no se mezclara en semejante asunto. —Volvió a sentarse—. Pero, después de todo, ¿qué tiene eso que ver conmigo? El acuerdo existente entre tú y yo se refería a otra cosa. Quiero decir, estaba relacionado con las murmuraciones sobre Vickie y yo.

—Estoy tratando de explicar cómo todo nos lleva justamente a esa cuestión —repuso Chism—. De eso quiero hablarle. Al día siguiente de la gran pelea, Mary Lou Humphrey salió a la calle para contar a todo el mundo que sabía con certeza que

Vickie había estado en el hotel durmiendo con usted, y que ella debería quedarse aquí en lugar de tratar de acostarse con Ben, el de las pompas fúnebres. Si me preguntan a mí, yo diré que todo pasó porque Ben trabajó tanto tiempo de noche que perdió la costumbre de dormir con su propia mujer. Pero, de todas maneras, Mary Lou dijo que ella sabía muy bien que Vickie había dormido con usted porque Pauline, que trabaja en el Café Rainbow, se lo contó todo al mismo tiempo que le decía a Mary Lou que Vickie iba a la sala de recibo de la casa de pompas fúnebres para acostarse con Ben porque usted había salido de la ciudad.

—¡Porque yo salí de la ciudad! —exclamó Dan, alzando la voz—. ¡Dios mío! ¿Por qué tenía ella que hacer eso?

—Señor Blalock, usted sabe tanto como yo qué es lo que hace que las mujeres se conduzcan como lo hacen. Ellas son así, y no cambian de un año para el otro. No necesitan una razón para hacer las cosas. Usted lo sabe.

—Esa era una parte de tu trabajo, ¡evitar que mezclaran mi nombre en esos asuntos!

—Creo que lo hice bien hasta el momento en que Mary Lou comenzó a hablar; y no se me ocurre ninguna manera de arreglar ahora las cosas.

—Por lo menos, espero que lo hayas negado con todas tus fuerzas. Quiero decir, la parte que se refiere a mí. No te gustaría que esa clase de rumores corrieran por todo el país, ¿no es cierto?

—Hice cuanto pude, pero al mismo tiempo me enfermaba la preocupación por mi puesto en el gobierno. No podía separar las dos cosas en mi cabeza ni aun para salvar mi vida. Parecía natural que fueran juntas. Llegué a pensar que si un hombre hace lo que le pagan para hacer, no tiene sentido que lo haga si no le pagan. No puedo entenderlo de otra manera.

Dan se levantó y fue hasta la ventana. Se quedó parado allí dando la espalda a la habitación y contempló durante largo tiempo la calle oscura. Frente a la entrada del hotel se detuvo un taxi. Miró esperanzado, preguntándose si Vickie vendría a verlo, después de todo; pero nadie salió del taxi. Se apartó de la ventana, decepcionado y colérico.

—¡Eres un sinvergüenza, Crockett! —gritó a Chism—. ¡Un maldito sinvergüenza!

—No veo por qué tiene que decirme eso, señor Blalock —protestó Chism con el aire de quien ha sido injuriado.

—¡Eres un maldito sinvergüenza, porque me estás chantajeando! Es el chantaje más grande que he visto en mi vida. Estás tratando de que te dé dinero por lo que debieras haber hecho por propia iniciativa. ¿No te sientes obligado a proteger el buen nombre de tu hija? ¿No quieres defender a la mujer?

—Seguro. Quiero defender a la mujer tanto como cualquier otro hombre.

—Entonces ¿por qué demonios no lo haces?

—Señor Blalock, estoy tratando de cumplir con el trato que hemos hecho. Quiero

defender a la mujer tanto como usted, y lo haré, también, cuando consiga arreglar lo otro. Lo que importa ahora es llegar a un acuerdo sobre el trato que usted y yo habíamos hecho para que yo desmintiera cualquier cosa que pudiera oír sobre usted y Vickie. En cambio, usted me iba a conseguir ese buen puesto del gobierno. No tiene sentido que hablemos de usted si a mí el gobierno no me paga. Eso haría que el trato solo fuera venta; eso para usted. ¿No le parece que tengo razón?

—Chism, no quieres que la gente hable de tu hija, ¿verdad? ¿No sientes en lo íntimo de tu conciencia que es tu deber defender a la mujer, venga lo que viniere?

—Señor Blalock, cada alma viviente en la ciudad conoce muy bien a Vickie y sabe que ella se acuesta con todo el mundo. Y usted sabe muy bien que no se puede pedir peras al olmo. Lo más que yo podría decir a favor de ella es que fue otra mujer la que durmió con usted aquí en el hotel. Y yo no podría decirlo sin que sonara como una mentira, a menos que estuviera seguro que de ella saldría un bien duradero.

—Tendrías que haber sido lo bastante honrado como para decirme, antes de que cerráramos trato, que este iba a ser tu punto de vista.

—Usted no me lo preguntó.

—Esto es chantaje cien por ciento; y no lo voy a aguantar —dijo Dan.

—Yo podría empeorar las cosas si contara por todas partes que usted prometió a Vickie que se iba a casar con ella, para conseguir que durmiera con usted y que luego la estafó, y que no defiende a la mujer como usted se jacta de hacerlo, sino que hace todo lo contrario. La gente me creería en seguida. —Las cejas negras y pobladas se arquearon hacia la frente surcada de arrugas—. Eso no le gustaría, señor Blalock.

—¿De quién estás hablando? —preguntó Dan, nerviosamente—. ¿Quiénes son «ellos»?

—Todos los hombres del Klan —contestó Chism con una sonrisa torcida.

Dan se agitó incómodo en la silla. Comenzó a retorcer el dedo gordo de un pie.

—Veo que tendré que hacer algo —dijo después de un rato—. No puedo permitirme esa publicidad desfavorable. Me arruinaría. Quisiera no haberte visto en mi vida. —Se pasó la mano por la cabeza—. Déjame que lo piense, Chism. Dame un día o dos. Mientras tanto, te pido que seas decente y desmientas todos los rumores que oigas. Dile a la gente que era un gran error eso de que Vickie subiera a mi cuarto; cuenta que ella está comprometida para casarse con algún otro hombre. Cualquier hombre. Piensa en alguien. Cualquiera que se te ocurra. Pero por el amor de Dios, que no esté mi nombre mezclado en eso. Soy un hombre casado, y todo el mundo lo sabe. Sería desastroso que mi nombre estuviera mezclado en ese asunto.

—Me gustaría hacer algo por usted, señor Blalock; pero no quiero irme de aquí sabiendo tan poco como cuando entré —manifestó Chism con aire de duda—. Quiero saber cómo figuro en la lista de pagos y cuándo empiezo a trabajar. No me molestaría trabajar un poco para el gobierno, porque así mejoraría mi posición en la ciudad.

—Puedes darme un día o dos para arreglar esto, ¿no es cierto Chism? —preguntó Dan—. Pronto, antes de pasado mañana, tendrás noticias mías. Mientras tanto,

consideraré que me haces un gran favor personal si dices por toda la ciudad que no hay nada de cierto, que es una gran mentira eso que se cuenta de tu hija y de mí. Debes decir que nunca hubo relaciones entre los dos, de ninguna clase. Estarás defendiendo a la mujer, y al mismo tiempo me harás un favor inmenso.

—Pero ¿qué hay del empleo en el gobierno, señor Blalock? —preguntó Chism con persistencia inquebrantable.

—Siempre me ocupé de cuidar de la gente que se aparta de su camino para hacerme un favor personal. No olvido cosas como esas.

—Si eso significa que voy a tener el empleo del gobierno, haré cuanto pueda para ayudarle, señor Blalock. Eso es lo que me preocupaba, creo. Pero si usted dice que ya no tengo que preocuparme por nada, puedo irme sintiéndome perfectamente tranquilo.

Chism se levantó y se sirvió una copa. Bebió el *whisky* de un trago y fue hasta la puerta. Se quedó allí indeciso durante unos minutos, como si fuera a cambiar de idea, y Dan sintió un gran alivio cuando finalmente abrió la puerta y salió al pasillo.

—Bueno, estoy muy contento de que nos entendamos ahora, señor Blalock —dijo moviendo la cabeza en un gesto de satisfacción—. Ahora me voy a casa, a dormir un rato. Lo primero que haré mañana será salir a decirle a todo el mundo lo equivocado que estuvo cuando pensó que Vickie durmió aquí en el hotel con usted. Yo me encargaré de eso, señor Blalock; usted ya no tiene que preocuparse. Y no se olvide de mi empleo del gobierno.

Dan se apresuró a cerrar la puerta con llave por si Chism cambiaba de idea y volvía a entrar en la habitación. Cuando hacía girar la llave en la cerradura, Chism golpeo la puerta.

—¿Qué quieres? —gritó Dan.

—Señor Blalock, ¿le gustaría ir a cazar zarigüeyas una de estas noches? Tengo tres de los mejores sabuesos que jamás hayan olfateado una huella. ¿Qué le parece si vamos mañana por la noche?

—¡Dios Todopoderoso, no! Hace veinte años que voy de caza con los perros. Estoy completamente harto.

CAPÍTULO XIII

Nobby se despertó a media tarde y llamó a gritos a Dorisse. Jarvis, que estaba jugando en el patio con varios de los chicos de los vecinos, lo oyó y corrió alrededor de la casa para decirle a Dorisse que Nobby estaba despierto y la necesitaba de inmediato. Ella estaba en los fondos de la casa enjuagando ropa y rápidamente se secó las manos antes de entrar en la casa. Nobby estaba sentado en la cama, con las almohadas detrás de la espalda, y se restregaba los ojos soñolientos cuando ella entró en la habitación y cerró la puerta.

—Noble... —le dijo suavemente.

—¿Qué hora es? —preguntó él, áspero y brutal, cuando levantó los ojos y la vio de pie al lado de la cama.

—Son casi las tres, Noble. —Se sentó en el borde de la cama—. ¿Dormiste bastante?

—No —rezongó él, malhumorado. Se pasó los dedos por el cabello y bostezó—. ¿Por qué no haces que se callen esos malditos chicos, ahí afuera? Nadie puede dormir con ese ruido. Algún día los voy a correr con un palo y no se van a acercar más.

—¿Por qué no tratas de dormirte otra vez, Noble? Les pediré a los chicos que jueguen en el patio de atrás y después te despertaré con bastante tiempo para la cena. ¿Te gustaría, Noble?

—Dame un cigarrillo —respondió él, señalando con la mano la mesa de noche.

Dorisse tomó un cigarrillo del atado, lo encendió y se lo puso entre los labios. Luego, con un movimiento rápido, se inclinó y lo besó en la frente antes de que él la alejara de un empujón.

—Noble, eran casi las seis cuando llegaste a casa esta mañana —dijo ella en el tono de quien reprende a un niño. Le apretó una mano afectuosamente—. ¿Por qué te quedas afuera hasta tan tarde, Noble? ¿No puedes volver a medianoche, como antes? No sabes cuánto mejor sería así. Te echo tanto de menos, Noble.

—¡Ya estás otra vez haciéndome doler la cabeza! —contestó él fastidiado—. Déjame en paz y basta de echarme sermones. —La apartó con el brazo.

—Lo siento, Noble. No quería hacerlo. Es que te extraño tanto por la noche. Ya nunca estás conmigo. Temo el fin del día, porque en cuanto oscurece me siento sola y triste. Me pregunto dónde estás y si te habrá pasado algo. ¿No te das cuenta, Noble?

Él absorbió el humo hasta llenarse los pulmones y luego lo expelió ruidosamente por la boca.

—Sería tan maravilloso si estuviéramos juntos todas las noches, como cuando nos casamos. Recuerdas, ¿verdad? Yo era inmensamente feliz. Es terrible ahora quedarse sola, sentada en un rincón todo el tiempo. Si tuviéramos nuestra propia casa, no te quedarías fuera toda la noche, ¿no es cierto? Sé que no querrías hacerlo. Estaríamos juntos los dos, y nadie más. ¿No podríamos hacerlo, Noble? Por favor, dime que es posible.

—¿Por qué no te callas de una vez? —respondió Nobby ásperamente—. Estoy harto de oír esa charla. Ya te dije que pienso quedarme aquí.

Ella trató de acercarse y rodearlo con sus brazos. Nobby la hizo a un lado.

—Quiero dinero, Dorisse —dijo bruscamente. Después de hablar la miró, desafiante—. Eso es lo que dije, dinero.

—Oh, Noble —respondió ella tristemente. Dejó caer las manos sobre la falda—. ¿Qué será de nosotros? ¿Qué vamos a hacer?

—Puedo decirte lo que tú vas a hacer. Conseguirme diez dólares inmediatamente. Y lo harás.

—¡No! —dijo Dorisse, casi sin aliento.

—¡Sí! —replicó él, burlándose.

Ella sacudía la cabeza lentamente de un lado a otro y se mordía los labios en un esfuerzo para contener las lágrimas. Sabía por la obstinada crueldad de su mirada que era inútil suplicar, y pensó angustiada en alguna manera de conseguirle el dinero. Vickie dormía todavía en el cuarto contiguo; pero Dorisse sabía que no le prestaría el dinero aunque lo tuviera, porque Vickie había declarado enfáticamente que no le daría un centavo más para Nobby Hair.

—¡Por favor, Noble! —murmuró indefensa.

—Ve a buscar el dinero como te dije.

—¡No puedo... no puedo!

—¡Al demonio con que no puedes!

—Haré cualquier cosa en el mundo por ti, Noble.

—Harás esto primero, y luego todo lo demás, si yo te ordeno.

Ella permanecía sentada mientras la mirada fija y cruel de Noble la forzaba a creer que debía hacer lo que le pedía. Se levantó.

—Muy bien —dijo sin mirarlo.

Atravesó el cuarto y tomó del tocador un peine que se pasó por los cabellos con un movimiento indiferente. Nobby la observaba sin pronunciar palabra. Siempre sin mirarlo, ella volvió a cruzar la habitación, abrió la puerta y salió. No sabía dónde ir ni qué hacer cuando salió de la casa y caminó como un autómata hacia la ciudad; pero podía oírse decir una y otra vez que tenía que conseguir el dinero para Nobby de alguna manera antes de poder regresar a la casa.

Recorrió la Calle Mayor una y otra vez. Varios hombres le hablaron y ella devolvió el saludo cada vez sin saber lo que decía ni a quien estaba hablando. Cuando pasó por la sala de juego por segunda vez, uno de los hombres que estaban parados en la puerta la abordó.

—¿Es usted la mujer de Nobby Hair? —le preguntó.

Ella asintió.

—¿Está buscando a Nobby? No le he visto en todo el día. No suele venir hasta que oscurece.

—No, no le estoy buscando. Sé dónde está.

—Bueno, entonces.

Dorisse siguió caminando antes de que él pudiera decir algo más.

Después de eso, cada vez que alguien le hablaba, todo lo que podía oír era la voz airada de Nobby diciéndole que consiguiera dinero, y aunque sabía que tenía que obedecerle, tenía miedo. Durante todo el tiempo que caminó por la Calle Mayor trataba de encontrar la manera de escapar a la humillación de ir a pedirle a Ross. Se había detenido indecisa en una esquina; un hombre se le acercó y le dijo algo. Con una mirada de terror a su cara desconocida, ella cruzó la calle corriendo. No se le ocurrió que Ross podía no estar allí hasta que llegó a puerta de su oficina. Con el corazón latiéndole fuertemente abrió la puerta.

—Ross —gritó aliviada cuando lo vio sentado en su escritorio—. ¡Estás aquí!

Ross se levantó inmediatamente y se le acercó. Ella temblaba cuando él la rodeó con un brazo.

—¿Qué pasa, Dorisse?

—¡Tenía tanto miedo de que no estuvieras!

Él le acercó una silla.

—¿Por qué estás en este estado? —Se inclinó sobre ella, preocupado—. ¿Qué ha ocurrido?

—Noble... —dijo ella con un sollozo.

Ross se sentó frente a ella. Le tomó una mano cariñosamente.

—¿Qué hay con él, Dorisse? —le preguntó cuando ella se hubo tranquilizado—. Quiero saberlo todo.

Ella levantó la cabeza y lo miró.

—Necesitaba dinero, Ross.

Ross se apoyó contra el respaldo de la silla.

—Ya es tiempo de que hagamos algo —dijo con la voz firme—. Las cosas han ido demasiado lejos.

—¡No! —gritó ella, sacudiendo salvajemente la cabeza—. ¡No debes hacerlo!

—¿Hacer qué? No estoy pensando en sus sentimientos, Dorisse. Hace tiempo que dejé de hacerlo. Estoy pensando en ti.

Ella se miró las manos sobre la falda.

—No sé qué hacer, Ross.

—Te diré lo mismo que le diría a cualquier muchacha que viniera aquí con una historia como la tuya.

—¿Qué quieres decir? —Se mordía los labios mientras él hablaba.

—Debes divorciarte.

—¡No! —dijo ella sollozando.

—Es por tu propio bien, Dorisse.

—No me importa lo que me pase... ¡nunca podría hacerlo!

—Tienes que escucharme, Dorisse.

—Escucharé cualquier otra cosa... ¡pero no eso! Nunca podría hacerlo, Ross. No

quiero. Amo a Noble. Es mi marido. ¿No lo comprendes, Ross? —Lo miró patéticamente—. Pase lo que pase, nunca lo haría, Ross.

—Pero mira lo desdichada que eres —le dijo él—. Nunca serás feliz con Noble.

—Pero yo soy feliz... a mi manera. ¿No lo ves, Ross? ¡Soy feliz!

La miró un momento y luego meneó la cabeza.

—No puede ser. Le has dado más de una oportunidad y lo mejor que puedes hacer ahora es salir de esta infortunada situación, mientras todavía es tiempo. Es lo único sensato que puedes hacer, Dorisse.

—No dejaría a Noble por nada en el mundo. Es mi marido y lo amo y...

—Estás tratando de engañarte, Dorisse. ¿Por qué no admites que lo que te digo es verdad? En el fondo de tu corazón, lo sabes.

—Es con mi corazón donde sé que amo a Noble. Por eso estoy tan segura.

Ross hizo un movimiento con la cabeza.

—Casi me convences de que estoy tratando de separar a un matrimonio feliz. Pero no puedes.

Ross miró por la ventana durante un largo rato. Se hacía tarde y las sombras del crepúsculo bajo los árboles se oscurecían cada vez más en la calle. Pronto habría que prender las luces en la oficina. Mientras permanecieron en silencio había pensado en convencer a su hermana de que abandonara a Nobby; pero sabía que era inútil.

Dorisse le miraba cuando él se volvió y la enfrentó.

—Por favor, no vuelvas nunca a decir cosas como esas, Ross —le dijo implorante.

Él no replicó nada por un momento.

—¿Cómo harás para conseguir dinero para él? —preguntó finalmente.

—No sé.

—¿Crees de veras que todo sería diferente si tú y Nobby vivieran en otra parte... si tuvieran su propio hogar?

—Estoy segura, Ross —replicó Dorisse. Una sonrisa le iluminó el rostro—. Eso es todo lo que haría falta. Es tan simple. Lo que hace que todo sea terrible es vivir en casa, con papá. Tú sabes cómo es. Nunca tuvimos oportunidad de vivir nuestra vida solos. Siempre hay alguien alrededor. El abuelo o Jane o Jarvis, y Vickie y papá. Es como si no estuviéramos casados.

—Consigues que todo parezca muy simple.

—Lo es, Ross. Noble trabajaría y dejaría de pasarse las noches afuera jugando, como ahora, y tendríamos...

—Puedes hacer que alguien le dé trabajo a Nobby —dijo él.

—No será fácil, pero lo intentaré.

—Tendrás que persuadirlo de que trabaje. Yo no puedo hacerlo. No puedo obligar a Nobby a que vaya a trabajar.

—Yo hablaré, Ross —dijo ella, agradecida—. Noble escuchará. Yo sé que lo hará.

—Bueno, mientras tanto, ¿qué pasa con ese dinero?

—Noble necesita diez dólares.

—¿Para qué los quiere?

—No lo sé.

—Sí, lo sabes. Y yo también lo sé. —Ross sacó su billetera—. Aquí tienes cinco dólares. No voy a darle diez.

—Estoy segura de que bastarán, Ross. —Dorisse se levantó—. No sé cómo agradecerte, ni puedo decirte cuándo te los devolveré.

—Puedes agradecérmelo consiguiendo que Nobby trabaje —contestó Ross, sonriendo.

Dorisse se dirigió a la puerta y se detuvo allí vacilante, con la mano sobre el picaporte, como si hubiera algo importante que quisiera decirle a Ross. Él esperó, contemplándola, y estaba por preguntarle cuando ella abrió rápidamente la puerta y corrió a la calle. Él la siguió por el corredor llamándola, pero Dorisse continuó corriendo. Había querido decirle a Ross que tenía miedo, pero la humillación hubiera sido mayor que la que ella podía soportar.

Corrió en dirección a su casa apretando el dinero en la palma de la mano para no perderlo; cuando llegó, subió las escaleras y entró. Se detuvo bruscamente frente a la puerta del dormitorio. No quería tenerle miedo a Nobby, pero supo en ese momento que estaba asustada, y que eso había empezado mucho tiempo atrás. Cerró los ojos por un momento y pensó que no podía hacer nada. Abrió entonces la puerta y entró.

Nobby estaba todavía en la cama. Levantó la cabeza de las almohadas y la miró sin ninguna expresión. Ella se acercó rápidamente al borde de la cama y le entregó el dinero.

Una ancha sonrisa apareció en su rostro.

—Lo conseguiste, ¿no es cierto? —le dijo.

Ella asintió, con las manos apretadas sobre la falda.

—¿Qué te dije? —continuó Noble—. ¿No te dije que podías hacerlo?

Ella volvió a asentir con la cabeza.

—Es fácil para ti —dijo él, riendo—. La próxima vez lo harás con los ojos cerrados.

Nobby había comenzado a desenrollar el dinero. La sonrisa desapareció.

—No hay más que cinco —dijo en tono de reproche—. ¿Dónde está el resto?

—Es todo lo que pude conseguir, —respondió Dorisse inquieta—. ¿No te bastará por esta vez? ¡Cinco dólares es mucho dinero!

Dorisse vio la acostumbrada expresión de ira en su rostro y se apresuró a decirle algo antes de que él diera rienda suelta a su enojo.

—Quiero que hagas algo por mí, Noble. Yo hice esto por ti. Por favor, dime que harás algo por mí. ¡Significa tanto para los dos!

—¿Qué es... la historia de siempre?

—Quiero que aceptes cualquier trabajo respetable que consigas para que podamos irnos de esta casa y tener nuestro propio hogar. No hay nada en el mundo más

importante para nosotros. Es para los dos. No solo para mí. Nos amamos y no queremos echarlo todo a perder. ¿No lo ves así, Noble?

—Todo lo que yo quiero ahora es sacarle al juego un montón de dinero para poder llevar una vida fácil. Si lo consigo, nunca tendré que trabajar. Y lo haré, uno de estos días. Espera y verás.

—Pero debes trabajar, Noble.

—¿Por qué, debo?

—Porque es la única manera de vivir. El juego no te dará lo que tú quieres. Y yo no puedo salir a buscar dinero para ti, como hoy, otra vez. ¡No podría hacerlo otra vez!

—¿No me digas?

—Sí, Noble.

—¿Por qué no puedes conseguir dinero otra vez? Hoy lo hiciste.

—Pero es que no lo puedo hacer otra vez.

—Lo harás si yo te lo pido.

—Por favor, Noble.

—¿Dónde está el resto del dinero? Te dieron diez dólares y te guardaste cinco, ¿verdad?

—No —dijo ella, mirándolo con temor.

Nobby tiró a un lado las frazadas y salió de la cama.

—Me estás mintiendo. Conseguiste diez dólares. Dame en seguida los otros cinco antes que te abofetee.

—Por favor, créeme, Noble. Eso es todo lo que conseguí. Solamente cinco dólares. ¡De veras, Noble!

—¿Quién te los dio?

—No me obligues a decírtelo. Por favor, no.

—¿Quién fue?

Ella negó con la cabeza.

—Él te dio diez dólares, ¿verdad?

Ella volvió a menear la cabeza.

Estaba todavía meneando la cabeza cuando lo vio acercarse.

—Te voy a enseñar algo que no vas a olvidar por un largo tiempo. Te crees endiabladamente lista, ¿no es cierto? ¡Guardándote cinco dólares y no diciendo de dónde los sacaste! ¡No eres tan lista como tú crees!

Le golpeó el rostro con la mano abierta. Dorisse cayó de espaldas sobre la cama y trató de cubrirse la cara. Él le saltó encima y comenzó a golpearla con las dos manos, con todas sus fuerzas. Ella trató de contener los gritos porque no quería que nadie en la casa se enterara, pero los puños de Nobby la golpeaban de tal manera que no pudo evitar un grito de dolor. Él la golpeó una y otra vez hasta que la hizo rodar de la cama. Después de eso se irguió y la miró llorar a sus pies.

—La próxima vez sabrás lo que te conviene hacer —le dijo—. Si otra vez te

encuentro guardándote algo, te voy a pegar hasta dejarte idiota. Ni siquiera podrás llorar como ahora. ¿Me oyes? La próxima vez que te pregunte quién te dio dinero, tendrás que contestarme en seguida. Más vale que escuches lo que te digo, si no quieres que la próxima vez sea peor.

Nobby se vistió. No volvió a mirarla hasta que abrió la puerta para salir. Largo rato después de su partida, Dorisse seguía sollozando en el piso. Luego Vickie vino corriendo desde la otra pieza y se arrodilló a su lado. Levantó la cabeza de su hermana del suelo y la sostuvo entre sus brazos.

—Llama a la policía y hazlo arrestar, Dorisse —le pidió—, tienes que hacerlo esta vez. Es horrible. ¿Me dejas que llame a la policía, Dorisse? Por favor, déjame.

—No —dijo débilmente, entre sollozos. Se apretó fuertemente contra su hermana—. No debes hacerlo. No quiero.

—¡Pero mira lo que te ha hecho!

—Está bien, Vickie. Nobby no quería lastimarme. No lo hizo a propósito. No quiero que vaya a la cárcel.

—¡Supongo que eres capaz de decir que todavía lo quieres después de lo que te ha hecho!

—Claro que lo quiero.

Vickie meneó la cabeza.

—Antes de que me enterezca por un hombre —cualquiera que sea— voy a contar hasta siete millones.

—Noble no quería hacerme daño —dijo Dorisse débilmente mientras rodeaba a su hermana con los brazos y se apoyaba en ella.

CAPÍTULO XIV

Impulsada por la persistente sensación de que alguien la estaba mirando, Jane alzó la mirada de la revista que leía y vio a su padre de pie en el ángulo del galpón, a unos pocos pasos. Pensó por un momento que había algo raro en la manera en que se recostaba contra el galpón y la observaba, pero volvió a su lectura sin preocuparse más. Hacía casi una hora que estaba sentada en el patio trasero secándose el cabello y estaba tan absorbida por la lectura que había perdido noción del tiempo. Era un domingo a la tarde. Por la mañana, ella y Jarvis habían ido a la escuela en la iglesia Presbiteriana y después ella y Dorisse se habían quedado para el sermón. El abuelo Crockett también había ido para escuchar al reverendo Edwards y una vez terminado el servicio, habían vuelto a la casa caminando juntos.

Nobby y Vickie dormían aún cuando llegaron y Chism caminaba impaciente por el vestíbulo quejándose de que tenía que esperar tanto tiempo los domingos para comer algo. El abuelo le dijo que disfrutaría mucho más del almuerzo si fuera a la iglesia a escuchar los sermones que el reverendo Edwards predicaba; pero Chism se alejó para no escucharlo. Cuando terminaron de comer, y una vez lavados los platos, Jane se desvistió, se puso un vestido viejo y se lavó los cabellos como hacía todos los domingos. Jarvis había ido a la calle a jugar con otros chicos y los demás estaban dentro de la casa. Chism había hecho salir del cobertizo a Liz, Rocky y Margie y ahora los perros dormían tranquilamente en los fondos.

Una vez más, Jane levantó la cabeza; algún pensamiento repentino desvió su interés de la revista y vio entonces a Chism caminando lentamente, arriba y abajo, por el sendero que corría detrás del galpón. Cada vez que se volvía miraba hacia donde ella estaba. Había algo en su manera de mirar que la hacía sentirse incómoda. Después de eso no pudo continuar leyendo y observó a su padre con recelo creciente hasta que se detuvo en el ángulo del galpón y le clavó la mirada. Jane se levantó de inmediato e intentó correr hacia la casa. Antes de que pudiera alejarse unos pocos pasos oyó que su padre la llamaba. Quiso continuar corriendo aunque eso significaba una desobediencia; pero algo, ya sea el tono imperioso de su voz o el miedo que le tenía, la hizo quedarse donde estaba. Siempre había sido dócil y después de la muerte de su madre se mostró incapaz de contrariar las exigencias de su padre. Se quedó inmóvil, con la espalda vuelta hacia él, por lo que parecieron varios minutos, sin poder volver la cara ni correr hacia la casa. Entonces, cuando oyó que la llamaba por segunda vez, supo que tendría que acercarse si él se lo pedía.

Chism levantó un brazo y con un movimiento de la mano le indicó que se acercara. Jane, temblando, depositó cuidadosamente la revista sobre la silla y atravesó el patio hacia donde él estaba. No miró directamente a su padre cuando llegó al galpón, pero vio que le señalaba la puerta. Se detuvo en el umbral. No la sorprendió el acostumbrado olor a *whisky* en su aliento; pero la certidumbre de que había estado bebiendo la hizo sentirse más incómoda. Recordó lo cruel e insensato

que era cuando estaba algo borracho y se quedó allí hasta que Chism la empujó adentro.

En el galpón no había ventanas y cuando él la siguió y cerró la puerta, ella no pudo ver nada excepto los largos haces de luz que atravesaban las hendiduras de los muros. Gradualmente, su vista se acostumbró a la semioscuridad y lo primero que vio fue a su padre sentado en una caja contra la pared, liando un cigarrillo. Le resultó extraño que la expresión en su cara no cambiara de ninguna manera mientras ella lo miraba, e inmediatamente comenzó a pensar en la manera de escapar. No se imaginaba por qué la había llevado allí y se preguntaba si él tenía pensado castigarla por algo que ella había hecho. Trabajaba en su cigarrillo lenta y deliberadamente. Finalmente lo encendió, pero no miró a Jane y ella sintió repentinamente que se le aflojaban las rodillas. Después de eso, cayó al suelo.

Chism no hizo nada para ayudarla. Estaba sentado en la caja contra la pared, sostenía el cigarrillo entre dos dedos de una mano y tocando la hebilla oxidada de un cinturón que había levantado del suelo poco antes, miraba hacia donde ella estaba. Habían estado así casi cinco minutos, cuando ella vio que le hacía una señal. Después de un momento de vacilación se levantó, obediente, y fue hasta donde él estaba sentado. Quería pedirle que la dejara ir pero tenía miedo de hablarle. Chism echó humo por sobre su cabeza. El cigarrillo se había reducido a una colilla que Chism sostenía entre sus dedos manchados de tabaco. Jane sabía que no se podría controlar más tiempo y avanzó hacia la puerta. Antes que pudiera ponerse fuera de su alcance, con un movimiento de su mano, la asió por el vestido. Ella estaba buscando todavía alguna manera de abrir la puerta cuando Chism la hizo retroceder, y volvió a caer con la espalda contra la pared. Chism ocupó su lugar sobre la caja.

—Te estás portando de una manera muy extraña —le dijo con una risa breve—. ¿Por qué tienes tanto miedo?

Ella miró a su padre sin decir nada.

—Quiero hablarte de algo importante —continuó diciendo él—. Este es el mejor lugar para una pequeña charla en privado. Para eso te hice venir aquí.

Ella esperó, observando la cara de su padre.

—No te gustaría que algunas personas supieran todo lo que yo sé, ¿verdad? —comenzó. Había manoseado la hebilla de metal hasta hacer desaparecer una parte de óxido—. Bueno, lo he estado pensando, y creo que estaría dispuesto a olvidar todo lo que vi en el estadio la otra noche, cuando se me ocurrió mirar por una hendidura en aquel cuarto, siempre que tú y yo nos pusiéramos de acuerdo. Lo he estado pensando y he llegado a la conclusión de que si no quieres que la señora Thornton y la directora del colegio y algunas otras personas sepan de tus relaciones con Russ Thornton, lo que debes hacer es ayudarme todas las semanas como Vickie. Me hará mucha falta ese dinero hasta que comience a cobrar mi sueldo del gobierno. Cualquier cosa que me des me ayudará. No tendrá que ser mucho, tal vez cinco dólares por semana alcanzarán para empezar. Sé que no los tienes ahora, pero podrías pedirselos a Russ

Thornton si quisieras. Al menos, claro está, que quisieras ir a trabajar a alguna parte como Vickie. Puedes elegir lo que quieras porque a mí me da lo mismo lo que hagas, siempre que me entregues el dinero semanalmente.

—No lo dices en serio, ¿verdad, papá?

—Por cierto que sí.

—Pero... —Jane se detuvo y contuvo el aliento. Él seguía sobando calmosamente la hebilla oxidada—. Por favor, no me hagas dejar el colegio para ir a trabajar, papá —pidió—. Me graduaré la próxima primavera y después haré lo que tú digas. Significa tanto para mí terminar el colegio. Por favor, no me hagas abandonar el estudio ahora.

—No tendrías que dejar el colegio si quisieras trabajar de la manera que yo pienso. Sácale el dinero al entrenador. Sería mucho más fácil así.

—Pero yo no puedo hacer eso, papá.

—Bueno, me estás acorralando de tal manera que solo podré hacer una cosa. Si cambias de parecer antes que yo tenga que contar lo que te vi hacer con Russ Thornton aquella noche, todavía podemos ponernos de acuerdo. Todo depende ahora de lo que tú quieras exactamente que yo haga.

Jane se cubrió la cara con las manos cuando ya no pudo contener el llanto.

—Llorando no solucionamos nada, —dijo Chism con indiferencia—. Eres ya una muchacha crecida y sabes que lo principal en esta vida es arreglarse lo mejor que uno pueda. Has crecido tan rápidamente en los últimos seis meses, que no te has detenido a pensar en las cosas que tendrás que hacer para desenvolverte en el mundo, y esto prueba que ya es tiempo que pienses lo que te conviene. Puedes pensarlo mientras tienes la oportunidad. Y el mejor momento es cuando los hombres se vuelven locos por ti. He visto mujeres tan bonitas como tú ahuyentar a los hombres demasiadas veces y luego la vida las maltrató. Un hombre podrá arreglarse con una mujer huraña por algún tiempo, pero después se buscará una que no lo sea. Ahora es tu oportunidad de conseguirte un hombre, y no me gustaría ver que lo echas todo a perder por no escuchar mis consejos. Lo que tienes que hacer ahora es darme esos cinco dólares cada...

—Papá, ¿puedo irme ahora? No quiero quedarme aquí un minuto más.

Chism se levantó y miró por las resquebrajaduras de la pared. El sol brillaba afuera y de una de las casas de los vecinos, frente al camino, llegaba la música distante de una radio. Chism caminó de un lado al otro, mirando cuidadosamente por las hendiduras en las cuatro direcciones. No vio a nadie, pero alcanzó a oír a dos hombres que conversaban en el patio trasero de la casa de al lado. Escuchó durante un rato y después volvió a la caja. Jane estaba todavía sentada en el suelo y cuando vio que él no iba a abrir para dejarla salir, saltó y trató de ganar la puerta. Chism la atrapó antes que se pudiera escapar.

—¡Por favor, déjame ir! —imploró con los ojos llenos de lágrimas—. No quiero estar más aquí. ¡Tengo que irme!

Mientras luchaba para zafarse, Chism le retorció los brazos sobre la espalda. Después de un rato cayó al piso, exhausta.

—Tienes que dejarme ir, papá —repitió—. Por favor, no me hagas quedar más aquí.

—Sé lo que hago. He estado pensando en esto que pasó por el estadio aquella noche y vi brillar la luz por la hendidura. He decidido qué es lo mejor que puedes hacer. No he vuelto a oír nada de ese empleo que Dan Blalock me prometió, y necesito dinero. Ya es tiempo de que tú y yo hagamos un trato porque pronto querrás ver otra vez a Russ Thornton y sé que no te gustaría que él perdiera su empleo y lo echaran de la ciudad, ¿verdad? Tal vez pienses que no hago más que hablar, pero no es así. La gente que lo echaría de la ciudad, saben cómo manejar al hombre que no les gusta, sea blanco o negro. Echamos a un negro del Estado un par de semanas atrás y nunca volverá mientras exista el Klan. Y créeme que estamos aquí por mucho tiempo. Si quieres a Russ, desearás que calle lo que sé.

—¡Te odio! No puedo evitarlo... ¡Te odio!

—Ya olvidarás eso.

—¡Quisiera que alguien echase abajo la puerta!

—Nadie tiene derecho a entrar a esta casa. Es mía.

—Ya me dejarás salir, y cuando lo hagas, le contaré esto a alguien... ¡le contaré al abuelo!

—El abuelo no es más que un viejo idiota. Nadie le hará caso.

Jane se levantó y trató una vez más de correr a la puerta pero Chism la tomó por el brazo. Ella le golpeó con los puños, pero él se rio de sus esfuerzos por lastimarlo.

—Tendré que tomar precauciones —dijo él sin dejar de reír. Rápidamente y tomando el vestido de Jane desde el borde lo desgarró y se lo quitó por la cabeza. Luego lo tiró afuera—. Ahora puede que te quedes aquí hasta que decidas lo que vas hacer.

Ella trató de escapar, pero cuanto más luchaba más fuerte la apretaba Chism. Jane comprendió su impotencia hasta que el padre la hizo caer al piso. Se quedó allí mirándolo, temerosa, pensando en patearlo tan fuerte que la tuviera que soltar.

Esperó la oportunidad y de repente lo pateó con todas sus fuerzas. Saltó y corrió hacia la puerta gritando salvajemente. Golpeó las ásperas tablas y gritó con todas sus fuerzas hasta que Chism llegó hasta ella. La empujó brutalmente y le pegó en la boca con la mano. Después de eso ya no pudo pronunciar palabra y se limitó a esperar que alguien la hubiera oído. Chism la alejó de la puerta y la hizo volver al otro extremo del cobertizo. Apretándole con una mano la boca dolorida la fue llevando hasta el rincón.

—Ahora debes ser sensata —le dijo sin sonreír ya—. Estás portándote como una bruja. No tiene sentido que te pongas así y grites como una loca. Nadie vendrá aquí, de todas maneras.

La observó mientras ella trataba de negar con la cabeza.

—Estoy dispuesto a ser conciliador —le dijo—, pero si sigues portándote así, te voy a tratar como el demonio. Te traje aquí para que llegáramos a un acuerdo y todavía quiero hacerlo. Con tus gritos no conseguirás nada. Yo puedo aguantar tanto, y posiblemente mucho más que tú.

En ese momento oyeron a alguien que hablaba afuera. Chism volvió la cabeza y escuchó. Mientras lo hacía, Jane le apartó la mano de su boca y gritó antes que él pudiera impedirlo. Casi instantáneamente se oyó que alguien corría desde la esquina del cobertizo y, luego, la puerta crujió. La cerradura resistió al principio, pero luego cedió cuando la golpearon con algo pesado. La puerta se abrió, dando fuertemente contra la pared.

Dos hombres se precipitaron adentro. Eran Ed Mitchell, que vivía en la casa de al lado, y su hermano Tom que había llegado aquella tarde de visita. Entraron cautelosamente tratando de ver en la semioscuridad del galpón. Jane todavía no podía pedir ayuda y ellos no la vieron hasta que llegaron al ángulo del cobertizo. Ed Mitchell se inclinó y la reconoció inmediatamente.

Chism se volvió y golpeó con la mano el pecho de Ed. Ed y Tom se hicieron a un lado.

—Santo Dios, Chism —dijo Ed—. ¿Qué pasa aquí?

—Esto no es asunto tuyo. Salgan de aquí. ¿Qué significa eso de echar la puerta abajo? Esta es mi casa.

—Un momento, Chism —dijo Ed con las manos en alto—. No me gusta meterme en los negocios de mi vecino, pero esta vez es diferente. —Avanzó varios pasos—. Ella no hubiera gritado de esa manera si no pasara algo serio.

—Siempre fuiste un vecino entremetido y no tengo por qué aguantarte si no quiero.

Llevó el brazo hacia atrás y golpeó a Ed Mitchell con el puño, tan fuerte como pudo. Ed se tambaleó, pero se mantuvo de pie. No trató de pegar a Chism porque quería evitar una riña, pero Chism, con el rostro congestionado por la ira, continuó avanzando hacia él hasta que lo hizo apoyar la espalda contra la pared. Antes que pudiera hacerse a un lado, Chism lo golpeó otra vez. El labio de Ed comenzó a sangrar y Tom agarró a Chism por el hombro y lo hizo girar. Ed descargó su puño contra la sien de Chism y lo mandó contra la pared. Antes de que ninguno de los dos pudiera volver a atacar, Tom los separó.

—Terminemos con esto antes de que vaya demasiado lejos —dijo Tom—. Nunca me gustó entrar a la casa de un hombre para mezclarme en una pelea. Sepárense ya.

—Ustedes, los Mitchell, son unos cobardes —dijo Chism tratando de llegar hasta Ed—. Por eso quieren terminar... ¡son cobardes! Nunca me interesaron los Mitchell y ahora menos que nunca. Si pesco a un Mitchell metiendo las narices en mi casa cuando nadie lo llama, yo lo... yo lo...

—Estoy de acuerdo —replicó Ed—. Después de esto, tampoco quiero verte por mi casa.

Mientras ellos hablaban, Jane huyó del galpón. Cuando hubo atravesado el umbral, Ed y Tom, vigilando atentamente a Chism mientras retrocedían, salieron y se pararon en el callejón.

Dorisse, que había oído los gritos, vino corriendo desde la casa y se encontró con Jane. Detrás de Dorisse venía corriendo, tan rápido como podía, el abuelo Crockett. Se detuvo y miró a Jane que pasaba corriendo a su lado; luego, blandiendo su bastón fue hacia el cobertizo. Vio a Ed y a Tom Mitchell parados en la calleja, pero no se detuvo a hablarles. Se dirigió directamente a la puerta del galpón. Entró y desde el umbral buscó a Chism. Este estaba sentado sobre la caja en el rincón liando un cigarrillo. No levantó los ojos hasta que fue demasiado tarde para moverse. Levantando el pesado bastón de roble sobre su cabeza, el abuelo lo descargó sobre el hombro de Chism con todas sus fuerzas. Chism, tomado completamente de sorpresa, gritó y salió del galpón antes que el abuelo pudiera golpearlo otra vez. Se alejaba de la puerta del cobertizo, maldiciendo a los Mitchell cuando el abuelo salió. El viejo caminó hasta la mitad del callejón.

—Gracias por la ayuda, Ed —dijo con voz temblorosa—. Les agradezco que hayan venido en aquel momento.

Ed hizo un movimiento con la cabeza, pero no contestó. Él y su hermano esperaron en el callejón un rato más, pero Chism no amenazó al abuelo. Subieron por el callejón y entraron en su casa.

El abuelo, sosteniendo la larga barba blanca contra su pecho, dio unos pasos hacia donde estaba Chism. Se detuvo cuando vio que Chism se preparaba a correr si él se acercaba un poco más.

—Si mis fuerzas me lo permitieran, te daría la paliza más grande de tu vida, Chism —dijo el abuelo, blandiendo amenazadoramente el bastón—. Es una lástima que no tenga las fuerzas para hacerlo, porque si alguna vez un hombre mereció que lo molieran a palos ese eres tú. Nunca pensé que habría en mi vida una tarde de domingo como esta.

—¿Por qué no te ocupas de tus asuntos y me dejas en paz? Yo no estaba haciendo nada. Solo trataba de llegar a un acuerdo con ella. Tengo derecho a hacerlo si quiero. Lo que tú has hecho siempre es entremeterte donde nadie te necesita. Esta es mi casa y en ella hago lo que quiero. Puedes irte de aquí si no te gusta lo que hago.

—Bastante mal hiciste cuando emborrachaste a Jarvis y lo llevaste al patio de la estación; pero esto es peor. No sé qué esperar ya de ti. Todo el mundo sabe que las cosas han empeorado día a día desde que vendiste la casa y te mudaste a la ciudad. Nunca hubiéramos llegado a esto de habernos quedado en la chacra.

—Ya estás fastidiando otra vez con la maldita chacra. Puedes hablar de ella hasta que te mueras, por lo que a mí me importa. No te haré más caso. ¿Por qué no hablas de alguna otra cosa para variar? ¿No puedes pensar en nada más que en la maldita chacra?

—Voy a seguir hablando hasta que la razón entre en tu cabeza. Tal vez algún día

comprenderás lo estúpido que has sido; pero ya será tarde. Eso es todo lo que espero de ti.

Chism, sin contestar, bajó por el callejón, dejando al abuelo parado al lado del cobertizo. El abuelo esperó a que estuviera fuera de su vista antes de entrar en la casa para preguntar a Dorisse por Jane.

CAPÍTULO XV

Pocos minutos después de medianoche, Vickie entró al hotel Southland, escondiéndose detrás los tiestos de las plantas para que el empleado nocturno no la viera, y subió al quinto piso. Se había cambiado de ropa un rato antes en el lavatorio del Café Rainbow poniéndose el vestido nuevo que comprara para reemplazar al que Mary Lou Humphrey le había arruinado. Nick le había permitido salir con la condición de que el próximo martes a la noche recuperaría el tiempo perdido. A ella no le gustaba trabajar la noche libre de la semana, pero eran casi las doce y no quería llegar tarde al hotel. Apenas había saludado a Nick y salió del café sin decir una palabra más, porque sabía que Pauline escuchaba todo lo que ella decía. En vez de entrar al Southland por la puerta lateral, cruzó el salón principal para llegar al ascensor sin perder tiempo. Varios hombres se volvieron para mirarla; pero ella estaba segura de no haber sido vista por el empleado nocturno. Despertó al muchacho negro del ascensor y le dijo que la llevara rápido al quinto piso.

Daniel Boone Blalock, usando el pijama de seda roja más brillante que ella hubiera visto jamás, estaba incorporado a medias en la cama leyendo el periódico y fumando un cigarro. El aroma le resultaba conocido y le agradó volver a olerlo. Dan no había imaginado que ella entraría sin golpear, y la miró sorprendido. Inmediatamente tiró el diario a un costado y dejó el cigarro en el cenicero. Vickie cerró la puerta y al mismo tiempo miró todo el cuarto como sorprendida de no encontrar a nadie allí y luego, más tranquila al saber que él estaba solo, se sentó en el borde de la cama. No pudo resistir el deseo de tocar el pijama suave y sedoso y se preguntó si alguna vez podría comprar ropa tan cara.

—Vickie, querida mía, creo que nunca ningún hombre solitario tuvo la suerte de ver entrar en su vida a una persona tan encantadora. —Dan le tomó una mano y la apretó fuertemente—. Hace una hora que te espero, haciendo todos los esfuerzos imaginables para contener mi ansiedad dentro de límites razonables. Pero ahora que has aparecido en toda tu belleza, se debilita mi fe en las habilidades que poseo para reprimirme. Esto me ha sucedido muy raras veces en el pasado, te aseguro; y, como tú sabes, he hecho una carrera larga y variada en la vida pública. Pero el hecho de ser un hombre solitario también tiene sus recompensas, después de todo.

—Usted me dice cosas maravillosas, señor Blalock.

—Dan, Vickie..., ¡Dan!

—... Dan.

—Así es mejor, Vickie —le dijo palmeándole la rodilla—. Llámame siempre Dan. Me haces sentir más humano.

Se levantó, cerró la puerta con llave y se aseguró de que las cortinas cubrían las ventanas. Después apagó todas las luces excepto la lámpara de la mesa de noche y llenó generosamente dos vasos de *whisky*.

—Ahora —dijo al tiempo que los vasos se tocaban—, podemos sentirnos a

cubierto de miradas indiscretas. Podemos gozar del privilegio de mostrarnos naturales.

Dan bebió una parte del *whisky* y se sentó al lado de ella.

—Es algo maravilloso, Vickie, para un hombre de mi posición, poder permitirse hasta el último capricho y seguir los más salvajes impulsos. Un político que ocupe mi lugar debe ser mucho más circunspecto que un pastor evangelista, porque el votante común se dejará guiar por el acto o la observación más inocente, con los peores resultados; mientras que un pastor siempre puede ampararse en una cita relevante de la Biblia. El político no dispone de nada parecido a qué recurrir como último recurso. Tiene que mostrarse en todo momento como la esposa de César o correr el riesgo de que los que votan se vuelvan contra él durante la elección con la ferocidad de una patada de mula.

Vickie estaba fascinada por la sonoridad de la voz de Dan, que parecía brotar de lo más profundo de su pecho al fin de cada sentencia. Lo miró con admiración.

—Voy a votar por usted la próxima vez que quiera ser elegido para algo, Dan —le dijo con una mirada fervorosa.

—Serás la más encantadora de mis adeptas, Vickie, y yo aprecio tu promesa de votarme. —Vació su vaso y volvió a llenar el suyo y el de Vickie—. La confianza que depositas en mí simboliza la fe del pueblo.

Se reclinó contra ella y sintió la tela del vestido nuevo.

—Estás usando un vestido nuevo, ¿verdad? —preguntó con un movimiento de sus pesadas cejas—. Es hermoso, Vickie; pero, claro, tú haces que cualquier vestido lo sea. Algunas mujeres tienen esa rara y feliz habilidad de adornar la ropa, en lugar de dejarse adornar por ella; y es lindo saber que tú te cuentas entre esas pocas afortunadas. —Levantó su vaso—. Brindo por una hermosa joven... soy un hombre solitario que está en condiciones de apreciar tu encanto y tu belleza. —Bebió la mitad del *whisky* y dejó el vaso sobre la mesa—. Tu presencia me hace comprender qué solo me he sentido desde aquella primera noche en que viniste aquí a encantarme con tu belleza y tu personalidad. Vickie.

—¿Es cierto que tuvo que salir de la ciudad la otra noche? —preguntó ella, incapaz de esperar más y ansiando saber por qué había fracasado aquel encuentro—. La noche que usted me hizo avisar que no viniera a verlo.

—Sí, Vickie —dijo él sin vacilar, mirándola a los ojos—. Me llamaron, desgraciadamente. Cuestiones de política, algo muy urgente. ¿Por qué me lo preguntas?

Ella jugueteaba con un botón de su pijama, pensativa. Dan la observaba de cerca.

—¿Por qué, Vickie?

—Bueno, no estaba muy segura, Dan. No supe qué pensar, a último momento. Tuve miedo de que alguna otra...

—¿Quieres decir, otra mujer?

—Sí; sé que hay mujeres que se arrojarían prácticamente encima de un hombre

tan importante como usted. Y tuve miedo...

Dan sonrió complacido.

—No dejes volar tu imaginación en estos momentos, Vickie —le dijo palmeándola—. En verdad, me llamaron por un asunto muy importante. Yo no me pertenezco, tengo deberes, y a veces, los hombres como yo, tienen que abandonar todo para cumplir con su obligación. A un médico puede pasarle lo mismo. Todos debemos responder al llamado del deber. Lamento sinceramente no haber podido asistir a nuestra cita y te pido humildemente perdón, Vickie.

—Entonces, ¿usted tuvo realmente que irse y no estuvo todo el tiempo aquí con otra mujer?

El teléfono, que estaba sobre la mesa de noche, comenzó a sonar repetidamente con un campanilleo agudo y molesto. Sonó una y otra vez mientras Dan lo miraba con el ceño fruncido.

—¿No va a contestar? —preguntó ella.

Dan esperó hasta que la campanilla dejó de sonar.

—No quiero que me molesten en un momento como este. Me disgusta.

—Pero ¿y si fuera algo importante?

—Tengo derecho a un poco de vida, Vickie.

Ella espero un momento antes de decir algo más.

—Bueno —dijo con calma—, si realmente tuvo que irse aquella noche...

—¿Tienes alguna razón para creer que yo estaba aquí... con otra muchacha?

—No, pero algunos hombres no dicen la verdad en estas cosas —dijo ella mirándolo a la cara—. Por eso una debe tener mucho cuidado.

Dan la rodeó con sus brazos.

—Vickie, esa noche salí de la ciudad y no estuve aquí con ninguna otra. Estuve ausente tres días y tres noches, sintiéndome desdichado todo el tiempo. Me faltabas, Vickie; pero eso me hizo comprender algo que yo no sabía antes. No solo llenas un gran vacío en mi vida; me has hecho ver la magnitud que alcanzó ese vacío en estos últimos años. No quiero pasar más tiempo sin ti. La primera vez que te vi supe que eras distinta y por eso te hice venir a mi cuarto; pero me llevé la sorpresa de mi vida cuando descubrí cuán diferente eras de todas las otras mujeres que conocí. Sabes lo que quiero decir. Otras mujeres no hacen eso, ya sea porque les falta el coraje o porque no saben. He estado pensando en esto muy seriamente desde que volví anoche; es como encontrar la manera y los medios de continuar nuestra amistad sin interrupciones, y hacerla más importante de lo que es ahora.

—¿Quiere decir, estar juntos todo el tiempo... como si estuviéramos casados?

—Bueno —se apresuró a decir él—, no exactamente eso; pero en cierto sentido, sí. Quiero decir, que cada uno disfrute de la compañía del otro, a nuestra manera. Mira, me han llamado de Washington para una conferencia importante y debo partir mañana. Por eso insistí tanto en el teléfono para que vinieras esta noche. Tendré que hacer en Washington hasta la próxima sesión del Congreso. Eso significa que no

podré volver hasta el verano. He pensado mucho en esto, todo el día, y he llegado a la conclusión de que es necesario hacer algo inmediatamente. Claro está que esto nos lleva a una cuestión importante, Vickie...

—¿Quiere decir que nos casaremos?

—¡No, Vickie! No quise decir eso, precisamente. Déjame que te explique.

Vickie movía la cabeza. Estaba a punto de llorar.

—Dan... no quieres decir que este es el fin de nuestro... —Lo miró conteniendo el aliento.

Dan la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—Debes dejarme que te explique, Vickie. Quiero decir como...

—¿Acaso no he sido la chica que tú querías, Dan... no hice todo lo que tú querías que hiciese?...

—Por favor, Vickie —imploró él, restregándose nerviosamente la cara.

—Sí, Dan —dijo ella, tratando de aparentar calma.

Dan aspiró hondamente.

—¿Nunca consideraste la posibilidad de irte a alguna parte y seguir un curso que te capacite para otro tipo de trabajo?

—No sé lo que quieres decir —replicó ella, confusa.

—Bueno, las muchachas se van a veces de sus casas para estudiar. Algo así he estado pensando para ti.

—¿Quieres decir que siga un curso de belleza para conseguir luego un empleo en un salón?

—Bueno, no era eso lo que yo pensaba, Vickie. Eso ocupa un lugar en la vida, por supuesto; pero lo que yo quería es que fueras a una buena escuela comercial, tal vez en Washington, y luego te podría ofrecer un puesto de secretaria en mi oficina.

—Pero esas escuelas cuestan mucho dinero. Yo nunca podría pagarlo.

—Tú no tendrías que preocuparte por el costo, Vickie. Siempre que siguiéramos siendo tan amigos como ahora. Naturalmente, eso es importante. En verdad sería necesario, Vickie.

—¿Quieres decir que sería como venir aquí a tu cuarto y pasar la noche contigo y esas cosas?

—Digámoslo de otra manera, Vickie —explicó él con una risa nerviosa y breve—. Digamos que tú y yo tenemos mucho en común y que nos gusta estar juntos, al margen del hecho que tú eres una muchacha encantadora y yo soy un hombre.

—Eso significa igualmente que tendría que dormir contigo, ¿no es cierto?

—Bueno, sí. Posiblemente, en ciertas circunstancias, podría llamarse así; pero yo prefiero darle otro nombre.

—¿Y aún si voy a la escuela comercial en Washington, querrías dormir conmigo?

—En lenguaje corriente, sí.

—¿Qué tendría que hacer yo una vez terminado el colegio?

—Lo de costumbre. Tomar dictado, escribir a máquina, llevar un archivo. Es un

trabajo muy interesante, Vickie. Muchas jóvenes inteligentes encuentran que es el medio de expresión ideal. La liberación emocional que proporciona el trabajo de secretaria es fuente de grandes satisfacciones para ellas. No sé que haya nada mejor para una muchacha encantadora, deseosa de llevar una vida más interesante.

—¿Pero seguiría viéndote mientras trabajara? Quiero decir, viéndote de noche.

—Naturalmente, Vickie. Esa es la parte más importante de nuestros planes. Yo haría todos los arreglos necesarios para que tuvieras un departamento agradable y tranquilo donde yo pudiera visitarte de cuando en cuando. Te necesito en Washington, Vickie. Un hombre como yo se siente solo y triste en Washington. La mayoría de las jóvenes simpáticas que van a Washington, en especial si son bonitas, están comprometidas desde antes de salir de su pueblo natal. Es sumamente difícil encontrar una joven libre allí. Conozco bien la situación y por eso hago mis propios planes.

—He pensado irme de casa, de todas maneras —dijo ella—. No puedo soportar más a esa terrible Pauline... es la otra camarera nocturna en el Rainbow. Nick no la quiere echar porque dice que ella es de confianza y nunca pide salidas extra como yo. Siempre me está haciendo canalladas. Como la otra noche, cuando dijiste que no estabas en la ciudad.

—¿Qué hizo ella?

—Bueno, se portó peor que nunca conmigo esa noche.

—Entonces, ¿te gustaría ir a Washington?

—Ya lo creo, Dan.

—Pues está todo arreglado, Vickie. Yo debo volver mañana. Dentro de una semana espero que vengas e ingreses en una de las buenas escuelas comerciales que tenemos allí. Mientras tanto, yo buscaré un departamento chico para que esté listo cuando tú llegues. Aquí tienes mi tarjeta. Tan pronto como llegues me telefoneas y le pides a cualquiera que atienda que te comunique directamente conmigo por un asunto personal. Pregunta por Dan y mi secretaria sabrá que eres una amiga íntima.

—¿Y qué pasará con Ross, Dan? Dijiste que harías algo por él también. ¿Te has olvidado?

—Hablé con tu hermano esta tarde, Vickie, y lamento decirte que es muy poco lo que pude hacer. Lo encontré en los tribunales. Es un joven muy agradable pero no parecía interesado en nada de lo que yo le proponía. Tengo la impresión que no hubiera aceptado ni siquiera el puesto de Director General de Correos, si yo se lo hubiera ofrecido. Diría que es un joven idealista. No creo que pudiera asociarse conmigo ni para la transacción más insignificante. Hasta cierto punto comprendo su actitud. Los jóvenes abogados ambiciosos comienzan siendo idealistas y benefactores de la humanidad y yo admiro ideales tan dignos y elevados. El mundo sería muy pobre si no tuviéramos a nuestros jóvenes idealistas. Los hombres jóvenes deben ser idealistas y los viejos deben ser prácticos, conservadores y lentos en aceptar cambios en nuestra forma de vida. Sucede que yo, tal vez a consecuencia de un sólido sentido

común, me cuento entre los últimos. Con el correr del tiempo los jóvenes idealistas e incendiarios se vuelven blandos y filosofantes. Me he propuesto volver a hablar con tu hermano dentro de algunos años. Tarde o temprano cada uno de nosotros llega al punto en que debe decidir de una vez por todas si va a dedicar su vida a hacer el mayor bien posible para el mayor número de personas o si va a permitir que lo domine un idealismo juvenil. Tu hermano llegará a esa etapa después de algunos años de decepciones. Sin embargo, le hice saber que me sentiría honrado de encontrarle un puesto gubernamental en Washington, y espero que algún día venga a mí en una actitud completamente distinta. Entonces seré muy feliz ocupándome de él.

—Espero que esté bien que yo vaya a Washington y deje que me mant... quiero decir, que me ayuden a desenvolverse.

—Mi querida niña —dijo Dan, rápido para consolarla—, no debes tener una impresión equivocada de este plan nuestro. Te estoy haciendo un favor, de la misma manera que le haría un favor a cualquier votante calificado de mi distrito. Quiero que sigas un curso de preparación comercial para que puedas tener cargos de responsabilidad, y, puesto que soy tu amigo, trataré de conseguirte el departamento que necesitas. Puede decirse que es solo una coincidencia el que tú y yo encontremos tanto placer en estar juntos. En iguales circunstancias, haría lo mismo por cualquier votante calificado de mi distrito. Es lo que se espera de un hombre que ocupa mi posición. Claro que el hecho de que continuemos siendo amigos íntimos en Washington, en un grado no menor al que lo somos aquí, significa que no habrá ningún cambio en nuestras relaciones. Yo no quiero que fuera de otro modo. Si no, no hubiera empezado por sugerírtelo.

—Me resultará extraño ir a la escuela otra vez y no trabajar de noche en el Café Rainbow —dijo Vickie—. No sabré qué hacer con mi tiempo.

—Encontrarás muy agradable vivir en Washington, una vez que te hayas adaptado a tu nueva existencia. Naturalmente, no quiero oírte hablar de tomar un empleo como camarera en un restaurante de Washington por mucho tiempo que te sobre. Eso no se adapta a los planes. Quiero que estés libre cuando a mí me resulte conveniente visitarte, de día o de noche. Eso es lo que yo espero. Tú sabes, un hombre de vida pública tiene que descansar como cualquier otra persona al fin de una jornada fatigosa.

—Cuando tengamos nuestro departamento, Dan... ¿qué dirá tu esposa... si se entera?

—Eso es algo que no debe preocuparnos, Vickie. Nosotros, los políticos, ya no tememos esas cosas como antes. Los tiempos han cambiado. Ahora culpamos a nuestros enemigos políticos por todas esas calumnias irresponsables; porque todo el mundo sabe que algunos políticos recurren a los medios más viles para desacreditar a un hombre frente al pueblo. Nuestras esposas han sido instruidas para ignorar esas historias inevitables y ese es el precio que debemos pagar por ser servidores del pueblo. Forma parte de la tradición política del opositor proferir calumnias siempre

que eso le traiga votos. No; nuestras esposas han aprendido a no dar crédito a ninguna palabra infame.

Vickie suspiró.

—Es emocionante pensar que me voy de acá, que voy a vivir en Washington. No sé cómo podré esperar el momento de partir. —Se acostó boca arriba y miró el techo—. Será tan distinto todo. Maravilloso. Una de las cosas buenas de la vida de las que mamá hablaba siempre. No tendré que oír a Nobby pelear con mi hermana y papá no me sacará más dinero. Papá... —Se detuvo y miró a Dan—. ¿Qué pasa con papá? ¿Le conseguirás ese trabajo en el gobierno, del que él tanto habla?

—Tuve que abandonar esa idea, Vickie. No resultó bien. No será necesario, de todas maneras, en las circunstancias actuales.

—¿Qué quieres decir, Dan?

—Creo que me apresuré demasiado. Al principio quise tomar todas las precauciones posibles contra las murmuraciones; pero ahora que tú vienes a Washington, el peligro de las habladurías de un pueblo chico, políticamente hablando, ha desaparecido. Nunca se puede saber lo que un hombre como tu padre es capaz de hacer y yo quiero asegurarme de que él no sienta que me tiene que matar porque tú has venido a visitarme a mi cuarto. Los acontecimientos hicieron que esta última precaución fuera innecesaria y además me han demostrado qué excelente idea es la de llevarte a Washington. En resumen, no tengo planes para el futuro de tu padre. Estoy seguro de que él sabrá arreglarse como lo hizo antes.

—Ahora que me voy, me gustaría ver a Ben Humphrey para decirle que me voy. Ha sido terriblemente bueno conmigo.

La cara de Dan se nubló.

—Me gustaría saber por qué te sientes obligada a verlo.

Vickie, sorprendida por la aspereza en la voz de Dan, se mordió los labios.

—Ben trabaja en la funeraria; pero esa no es la razón por la que quiero decirle que me voy.

—Entonces ¿cuál es la razón? —dijo él rápidamente.

—Bueno, Ben solía venir al Rainbow todas las noches, y nunca se desalentó; y yo llegué a conocerlo de esa manera hasta que una noche fui a la casa de pompas fúnebres con él.

—¿Sí? —dijo él, muy serio.

Vickie asintió dudosamente. Lamentaba haber mencionado a Ben.

—¿Para qué fuiste allí? —preguntó él.

Vickie se sobresaltó.

—¿Acaso no lo sabes? —contestó—. ¿Nadie te contó?

Dan continuó mirándola pero no dijo nada.

Vickie cerró los ojos para evitar su mirada penetrante.

—Bueno —dijo lentamente—. Me alegro de que no hayas oído todo lo que se dijo. No fue mucho, de todas maneras; pero todo el mundo pensó que era un lugar

extraño para que la esposa de Ben y yo nos peleáramos.

Dan se levantó y volvió a llenar los vasos de *whisky*.

—Vickie, querida, quiero que te des prisa y te prepares para ir a Washington. No tendrás que esperar una semana como te dije hace un rato. Será mejor que te vayas inmediatamente, mañana por la noche y no más tarde. Recuerda que no debes contarle nada a nadie. Puedes decir que vas a la escuela comercial, pero nada más. Y, ni una palabra sobre mí. Hagas lo que hagas, no menciones mi nombre. Y no hables del departamento que buscaré para ti. ¿Entendido?

—¿Crees que tendré el anillo después de llegar allí?

—¿Qué anillo?

—El anillo que te dije que quería. De brillantes. La primera noche que pasé contigo me preguntaste qué quería y yo te dije, un anillo de brillantes.

—Es verdad —dijo Dan con una risita nerviosa—. Bueno, eso es algo que merece pensarse. Puedes estar segura de que lo pensaré.

Buscó la botella de *whisky*.

—Ahora, tomemos otra copa.

CAPÍTULO XVI

A la mañana siguiente, una hora después del desayuno, Ross detuvo su auto frente a la casa. El abuelo Crockett, con su viejo «*sweater*» de algodón, tomaba sol sentado en el porche. En cuanto vio a Ross bajar del auto y caminar hacia la casa, acercó su silla al borde del porche y se inclinó sobre la baranda.

—¿Cómo te sientes esta mañana? —gritó, agitando una mano y apretando la barba contra el pecho con la otra.

—Estoy muy bien, abuelo —replicó Ross—. ¿Te has repuesto de tu resfrío?

—Oh, sí. Anteanoche tomé todo lo necesario y hoy ya no me molesta casi. Cuando un hombre llega a ser tan viejo como yo, aprende cómo cuidarse.

Ross se detuvo por un momento y escuchó; pero la casa estaba completamente silenciosa. Subió los escalones haciendo el menor ruido posible, y se sentó en la barandilla.

—¿Para qué me quiere ver papá, abuelo? —preguntó en voz baja—. Jarvis vino a mi oficina y me dijo que papá necesitaba hablarme inmediatamente.

—Se trata de Vickie —dijo el abuelo, echando una mirada rápida hacia atrás para asegurarse de que no lo habían oído—. Tu padre hizo un escándalo esta mañana durante el desayuno, cuando Vickie le dijo que se iba de casa para entrar a una escuela comercial. Después, además de eso, supo por ella que Dan Blalock había vuelto a Washington sin darle ese empleo del gobierno con el que él contaba. Lo oímos gritar durante media hora, pero después se tranquilizó; está en el fondo. Le dijo a Vickie que si se iba la molería a palos; pero ella le contestó que no le importaba, que se iría de cualquier manera. Entonces la abofeteó y la insultó. Ella le dijo que no lo quería ver más, empacó y se fue. Eso pasó hace una hora y supongo que ya ha salido de la ciudad. Me dio mucha pena verla partir, pero creo que es lo mejor que podía hacer, aunque Dan Blalock tenga algo que ver con todo eso.

—Vino a mi oficina para despedirse, pero no mencionó a Blalock. —Ross estaba irritado—. Todo lo que dijo fue que papá no quería que se fuera de casa; pero yo pensé que pasaba algo más. Si hubiera sabido que Dan Blalock tenía algo que ver con su partida...

—Espera un poco, Ross —dijo el abuelo con calma. Se acarició la barba varias veces—. No quiero verte disgustado por este asunto. Hablemos de eso un minuto. He vivido en este mundo mucho tiempo y tal vez yo conozca algunas cosas más que tú. Vickie tiene un buen corazón y unos pocos deslices no tienen necesariamente que arruinar a una mujer. Vickie está tratando de encontrar su lugar en la vida, como cualquier otra mujer de su edad, de una u otra manera. Y si descubre que ha cometido un error yendo a Washington con Dan, lo dejará antes de que sea tarde. Tal vez esté tratando de conseguir un imposible, pero vale la pena probar y si fracasa, se beneficiará por la experiencia obtenida. Tengo la corazonada de que no fracasará y me alegro de que tenga el valor de marcharse.

—Lo sé, abuelo, pero Dan Blalock...

—No me gusta Dan Blalock, pero aun así, su amistad con él no será peor que la vida que llevaba en el Café Rainbow. Un hombre, aunque sea Dan Blalock, será mejor para ella que las docenas que tiene aquí. Con este cambio, y en un nuevo ambiente, tiene una mejor oportunidad en la vida que la que tenía en ese lugar. Vickie me contó lo de Dan Blalock, Ross, y tu padre no sabe que se fue con él. Está furioso porque pierde los diez dólares semanales que ella le daba desde hace un año. Y porque comprende que nunca tendrá el empleo que Dan le prometió.

Mientras el abuelo hablaba, Chism rodeó la casa, y, aunque no oyó lo que se decía, apareció en el patio a unos pocos metros. Ross fue el primero en hablar.

—Buenos días, papá —dijo volviéndose.

Esperaba que su padre estuviera agresivo y furioso después de lo que había pasado, pero Chism solo parecía abatido y confuso. Saludó y avanzó unos pasos arrastrando los pies, para apoyarse en la baranda.

—Esto es lo último —se quejó con voz doliente, echando la cabeza hacia atrás y mirando a Ross con sus ojos grises y húmedos—. He sido bueno con mis chicos toda la vida y ahora que estoy viejo y no puedo trabajar, me abandonan. Acabaré muriéndome de hambre. Vickie se va para no tener que darme un poco de dinero de vez en cuando. Solo eran diez dólares por semana. Todos en esta casa saben que esa es la sagrada verdad. Que me caiga muerto si no lo es. Es una vergüenza, eso es lo que es. Una vergüenza.

—Vickie tendrá pronto veintitrés años, papá —le recordó Ross—. Tiene derecho a irse de casa, si quiere.

—Terminaré en el asilo para pobres. Eso es lo que me sucederá. Pasaré el resto de mis días en una casa de caridad. Me juntarán allí con todos los pobres cuyos hijos los abandonaron, dejándolos hambrientos y muertos de frío. Yo solía pasar por el asilo y me daban lástima los viejos, sentados como si tuvieran una pared ante los ojos; pero nunca pensé que mis propios hijos me abandonarían y me mandarían allí cuando yo estuviera agotado e inútil después de toda una vida de trabajo para poder vivir. Ver que puede sucederle algo así hace que un hombre pierda la fe en la naturaleza humana.

Ross se volvió y miró al abuelo. El abuelo se acariciaba la larga barba blanca y miraba la casa del otro lado de la calle con la mirada abstraída de sus pálidos ojos azules. Chism fue arrastrando los pies hasta el medio del patio, y después de mirar durante algunos minutos el pasto seco y oscuro, pensativo, volvió a los escalones. Los miró durante un momento y luego, inclinándose bruscamente, golpeó la tabla con el puño tan fuerte como pudo. Ross y el abuelo se sobresaltaron al oír el golpe.

—¡No, señor! —gritó—. ¡Yo no voy al asilo! —Se enderezó y agitó el puño mirando a Ross y al abuelo—. ¡Si mis propios hijos no me cuidan ahora que soy viejo, yo mismo me cuidaré! —Con un gesto imperioso llamó a Ross—. ¡Vamos a ver, Ross! ¿Dónde está ese aserradero del que tú hablabas? Quiero ir a verlo ahora

mismo. Si es mío, tendré todo el dinero que necesito en este mundo. No tendré que depender de nadie. ¡Vamos, ahora!

Ross se levantó y fue hacia los escalones.

—¡Apúrate, te digo! —le gritó Chism, moviendo desaforadamente los dos brazos—. Haré trabajar al maldito aserradero día y noche y haré tanto dinero que no sabré qué hacer con él. ¡Vamos! Te digo que vayamos en tu auto inmediatamente. ¡Trae al abuelo también, si quieres! ¡Estoy decidido!

—Tal vez sea demasiado tarde ahora, papá —dijo Ross mientras bajaba los escalones hacia donde su padre lo esperaba impaciente—. Puede ser que el aserradero ya esté vendido.

—¿Y tú te llamas abogado? A ti te toca detener la venta o hacer algo si yo me decido a comprarlo. ¡Vamos, ya! ¡Apúrate, papá! ¡Vamos al auto en seguida!

El abuelo se sentó en el asiento trasero y Chism se sentó adelante con Ross. Atravesaron velozmente la ciudad mientras Chism inclinado hacia adelante tocaba casi con su cara el parabrisas. No volvió a reclinarsse contra el asiento hasta que estuvieron a varias millas de distancia de la ciudad. Después se instaló confortablemente y lio un cigarrillo mientras miraba el paisaje. Al pasar frente a un gran tambo, Chism tocó con el codo a Ross y le señaló una manada de vacas. Ross asintió obedientemente. La mayor parte del campo que atravesaban estaba cubierta por bosquecillos de robles y pinos en las colinas. Las granjas a lo largo de los arroyos y en los terrenos bajos estaban dispuestas en cuadrados claramente delimitados y en áreas de cultivo oblongas separadas por setos de zarzamora silvestre y sasafrás. Todo estaba prolijamente cultivado y cuidado. A esa altura del año los campos no cultivados estaban tostados y morenos con rastrojos y pasto seco. Habían andado unas ocho millas cuando Chism comenzó a mirar aprensivamente el paisaje.

—Me parece que hemos estado viajando mucho tiempo, Ross —observó sin entusiasmo—. ¿Falta mucho para llegar al aserradero?

—Dos millas y estaremos allí, papá —replicó Ross—. Podremos verlo tan pronto como lleguemos a la colina que está más adelante.

—Bueno —comentó Chism, volviendo a mirar por la ventanilla con ojos desconfiados—, no sabía que estaba tan lejos de la ciudad. Parece que estamos yendo a la loma del diablo en este maldito campo. Aquí no hay más que tierra y árboles. Diez millas del sitio en que quieres estar pueden parecerte cien.

Subieron la colina y comenzaron a bajar por el camino parejo y llano que llevaba a las tierras bajas. Dos millas abajo se podía ver el Middle River serpenteando hacia el oeste a través de los bosques. Podía verse el aserradero en un claro en la ribera sur de Middle River y una nube de humo azul lechoso que la brisa alejaba de la alta chimenea de hierro de la caldera. Chism permaneció silencioso mientras se aproximaban al camino de troncos que llevaba de la carretera al aserradero. No pronunció palabra mientras Ross entraba y frenaba el auto.

—Bueno, aquí estamos, papá —dijo Ross, algo inquieto, al tiempo que bajaba del

auto.

Varios hombres estaban trabajando bajo el cobertizo de techo de lata donde los grandes troncos de roble eran trasladados por un camino de varaderas hasta los coches de transporte. El gemido de la sierra circular era tan agudo y penetrante que el abuelo tenía que subir la voz para ser oído.

—Esto me hace añorar el campo otra vez —dijo con entusiasmo bajando del auto y parándose en el sol. Se acarició la barba y aspiró el olor acre de la madera recién aserrada—. Me hace recordar la época en que me mudé a esta parte del mundo, hace ya sesenta años. Muchas cosas han cambiado desde entonces, pero el aserrín fresco tiene el mismo olor de siempre. En aquellos días lo primero que un hombre tenía que hacer era instalar un aserradero y derribar los árboles que cubrían sus tierras porque no se podía cosechar hasta no haber limpiado los campos. Lo peor era arrancar de la tierra los muñones de los árboles porque todo tenía que hacerse a mano. En aquellos días la dinamita era demasiado cara para los pioneros y nosotros cavábamos la parte de las raíces y luego hacíamos pedazos los muñones para después prenderles fuego. Ese era un verdadero trabajo de pioneros. La tierra estaba cubierta por bosques tan espesos que era imposible atravesarlos a menos que se abrieran anchos caminos en ellos. Me apena recordarlo porque todo está en el pasado y no volverá a suceder. En aquellos tiempos la gente estaba demasiado ocupada con su trabajo para malgastar el tiempo peleando y discutiendo como se hace ahora. Las nuevas generaciones no tienen mucho que hacer más que beneficiarse con aquel trabajo; y yo tengo la impresión de que no saben apreciar lo que los pioneros hicieron para ellas al comienzo. Si no hubiera sido por nosotros, no verían hoy todas estas hermosas granjas.

Chism miró al abuelo con lástima y comenzó a liar un cigarrillo. Ross caminó hasta donde el abuelo estaba parado.

—Se trabaja aquí, papá, ¿no le parece? —gritó a través de la ventana abierta.

Chism asintió, indiferente, sin apartar la mirada del cigarrillo que estaba haciendo.

—¿Quieres salir y echar un vistazo, papá? —preguntó esperanzado—. Tenemos mucho tiempo. No tengo prisa por volver. Vamos a ver cómo trabajan con algunos de esos grandes troncos.

Chism humedeció delicadamente el borde del papel con la punta de la lengua, dio forma al cigarrillo con un hábil movimiento de los dedos y cerró el extremo retorciendo apenas el papel. Luego encendió un fósforo y prendió el cigarrillo. Una nube de humo salió por la ventana del auto.

—Puedo ver todo lo que quiero ver desde donde estoy —le dijo a Ross moviendo la cabeza con resolución—. No tengo que dar un maldito paso más para saber todo lo que necesito saber. Es tal como yo pensaba.

—¿Qué quieres decir, papá?

—Todo se ha ido al diablo en este maldito campo. Mira todo el campo, extendido

sobre el mundo, hasta donde llega la vista. Ahora me siento como si estuviera a un millón de millas de cualquier parte.

—Pero solo estamos a diez millas de la ciudad.

—Creo que he olvidado cuántas son diez millas. Pensé que era a un paso de la ciudad. ¿Cómo hace uno para llegar a la ciudad en caso de apuro si su auto no anda y si necesita estar allí? Sería lo mismo que estar en la cárcel. Sé que yo sentiría eso. Estaría todo el tiempo muerto de miedo pensando que no podría ir a la ciudad cuando quisiera. Volvamos ya, Ross.

El abuelo miró a Chism durante un momento y luego se alejó. Fue al galpón y miró a los obreros que llevaban la madera al torno de la aserradora. Motas de dorado aserrín se le pegaban a la barba color nieve; pero él estaba tan absorto en la contemplación de la sierra cortando los troncos enormes, que no lo notaba.

—Papá, no sé qué decir ahora —repuso Ross decepcionado—. Hace media hora, cuando salimos de casa, estabas entusiasmado con la idea de comprar el aserradero. Ahora, después que llegamos aquí, de repente cambias de idea. ¿No te das cuenta de que entretanto todo sigue igual? Vickie se ha ido y no tendrás el dinero que ella te daba todas las semanas. ¿Crees que cuando volvamos a la ciudad habrás cambiado de idea otra vez?

—¡No, señor! —dijo Chism, sacudiendo enérgicamente la cabeza—. Me he decidido de una vez por todas. No me tomarán por tonto otra vez. Si yo volviera al campo, algo sucedería, lo sé, y terminaría siendo un maldito chacarero otra vez. El aserradero se incendiaría o sucedería algo por el estilo y yo tendría que levantar cosechas para vivir. Prefiero morirme antes que hacer eso. Que otros trabajen la tierra si quieren; yo no lo haré. Prefiero morirme de hambre en la ciudad antes que pudrirme aquí. Volvamos en seguida a la ciudad, hijo.

Ross decidió que era mejor no decirle nada más a su padre en ese momento.

Chism señaló al abuelo, que estaba en el cobertizo.

—Ve a buscar a tu abuelo. Quiero volver en seguida.

Ross dejó el auto y fue hacia el abuelo. El ruido de la sierra circular en el tronco era tan fuerte que Ross no intentó hablarle. Simplemente movió la cabeza y señaló a su padre en el auto. El abuelo se volvió, caminó a través del espacio libre al sol que arrancaba reflejos metálicos a las motas amarillas de aserrín en su barba. Se encaminó directamente hacia el automóvil.

—Chism —dijo deteniéndose al lado de la ventana del auto—, todo el tiempo que estuve parado en el galpón donde trabaja la sierra, pensé en cómo hemos complicado nuestras cosas. Traté de descubrir dónde está el error y ahora lo sé. Al venir aquí hoy y ver la sierra abrí los ojos.

Chism escuchaba boquiabierto. Hacía muchos años que no oía a su padre hablar bondadosamente.

—Cuando en una familia todos empiezan a pelearse como nosotros lo hemos hecho —dijo el abuelo—, lo mejor que se puede hacer es dividirla en tantas partes

como seres humanos tiene y dejar que cada una siga su camino. De otra manera, todos terminan siendo intratables. Tú trataste de escapar mudándote a la ciudad, pero no pudiste; entonces le mostraste a Jarvis cómo lo podía lograr él. Por eso se casó Dorisse con Nobby Hair; pero ella tampoco tuvo éxito. Vickie se fue de casa por la misma razón y espero que encuentre la felicidad. Y después está Jane...

Se detuvo y se acarició la barba.

—Yo soy la causa de todas las desgracias. Fui egoísta y ciego. Si alguien alguna vez te quiere culpar por lo sucedido, Chism, quiero que sepas que yo soy el que debe cargar con la culpa. Yo debía haber sabido que no tenía que dirigir tu vida. Cuando yo era joven, mi padre quiso que fuera a trabajar a su negocio a aprender el oficio; pero yo no quise ser un tendero de pueblo toda mi vida y escapé de casa y crucé las grandes montañas con los otros pioneros que venían al valle en aquel entonces. Yo fui el causante de toda esta desgracia insistiendo en hacer de ti un chacarero cuando siempre quisiste ir a vivir a la ciudad y tener un pequeño negocio. Cada uno de nosotros estaría mejor ahora si yo te hubiera dejado vivir la vida que querías. No sabes cuánto me pesa, Chism. De ahora en adelante no me oirás hablar más de la casa vieja. Ross o Jarvis podrán echarla de menos; y si no ellos, sus hijos lo harán, y uno de estos días los Crockett comprarán la propiedad e irán a vivir allí. Estoy convencido de que así será. Lo que me convenció fue venir hoy aquí. Esto me hizo recordar el tiempo en que fui pionero en estos campos en vez de ser el tendero que mi padre quería que fuese. Si así lo quieres, lo que debes hacer es comprar un negocio pequeño en alguna parte y establecerte para hacer lo que siempre has querido hacer. Si todo marcha bien verás que los Crockett vuelven al lugar donde nacieron antes de que pasen muchas generaciones.

—No pareces el de siempre, papá —dijo Chism sorprendido—. Nunca te oí hablar de esa manera antes. ¿Qué te ha pasado?

—Fue este viaje y la vista del aserradero en el Middle River; eso me hizo pensar. Me hicieron retroceder sesenta años y recordé cómo entendía la vida cuando era joven. Supongo que eso prueba que un viejo que ya ha vivido su vida no debe entrometerse en los asuntos ajenos. Un hombre como yo se vuelve torpe y limitado y eso puede ser causa de desgracia para los que lo rodean. Pero el hombre está hecho de tal manera que tarde o temprano puede volverse atrás y deshacer todo el mal que ha provocado. Cometí un grave error al tratar de imponerles mi voluntad durante todo este tiempo. Ahora quiero hacer lo que pueda para compensarlos antes de que mis días acaben.

Chism sacó su tabaco y comenzó a hacer otro cigarrillo. Las manos le temblaban y derramó hebras de tabaco sobre sus pantalones y en el piso del auto.

—Algo que ya no tiene arreglo —continuó diciendo el abuelo, meneando tristemente la cabeza—. Deshacer todo el daño que se ha hecho. Vickie se ha ido de casa y Dorisse todavía está casada con ese hombre. En eso nada puedo hacer. Pero todavía es tiempo de hacer mucho por Jane y Jarvis, darles una mejor oportunidad de

alcanzar las cosas buenas de la vida. No me importará morir si sé que crecerán como es debido. No tenemos que preocuparnos por Ross. Él se abrirá un camino en el mundo mucho más fácilmente si le dejamos hacer lo que quiera.

—¿Oyes eso, Ross? —exclamó Chism, ansioso. Contrajo el rostro en una sonrisa de placer—. Volvamos rápido a la ciudad para empezar a buscar un negocio pequeño; y ahora, lo encontraré, así sea lo último que hago en este mundo. Será la mejor manera de vivir de ahora en adelante. ¡Apúrate, Ross!

El abuelo se quitó el aserrín de la barba y se sentó en el asiento trasero del coche. Ross puso en marcha el motor y pocos minutos después corrían a toda velocidad por la carretera. Chism se sentó en el borde del asiento moviéndose hacia atrás y hacia adelante como si así hiciera andar más rápido al coche.

Habían hecho ya más de la mitad del camino cuando rompieron el silencio.

—Es bueno estar en paz con el mundo —dijo Chism, tocando a Ross con el codo—. De ahora en adelante será un verdadero placer vivir; simplemente vivir. Estoy contento de haber perdido ese puesto del gobierno porque me hubiera atado de tal manera que ni mi alma hubiera sido mía. Ahora me conseguiré un negocio pequeño y cuando tenga ganas, lo cerraré y me iré a cazar. Me hará falta otro mastín porque de ahora en adelante saldré muy a menudo a cazar. La próxima vez que oigas que alguien ofrece un perro, Ross, ¿me avisarás?

CAPÍTULO XVII

Al salir de la casa de Maud Flowers, donde había estudiado historia aquella tarde, Jane vio la *coupé* verde que tan bien conocía. Oyó que ponían el motor en marcha y apretó el paso. El auto se detuvo en la bocacalle antes de que ella pudiera alcanzar la esquina.

—Jane —la llamó Russ, en voz baja—. Ven aquí, Jane.

Faltaban seis cuadras para llegar a su casa y Jane sabía que no podía hacer todo el camino corriendo. Russ la abordaría de todas maneras. Lo miró con el rabillo del ojo y se preguntó qué tenía que hacer. Él se había corrido sobre el asiento y la llamaba. Miró hacia atrás, hacia la casa de su amiga; pero comprendió inmediatamente que Russ podía alcanzarla si trataba de escaparle.

—Jane, te he estado esperando toda la tarde —dijo él—. Tengo que hablarte.

Jane había ido a la casa de Maud en seguida después de cenar, y ya eran las diez. Eso significaba que Russ la había esperado casi tres horas.

Con una mirada rápida, Jane hizo un gesto de negación con la cabeza. Russ había abierto la puerta y tenía ya un pie sobre la acera. Estaba muy cerca de ella, podía tocarla estirando el brazo.

—Por favor, Jane, ven aquí.

Jane volvió a negarse resueltamente.

—No puedo verte más.

—¿Por qué no?

Ella no contestó y él repitió la pregunta.

—No puedo decirte todas las razones. Hay demasiadas.

—Todas inventadas por ti —argumentó Russ—. No son verdaderas.

—Siento que no me creas.

Russ permaneció silencioso por un momento.

—Te necesito, Jane. Tienes que ser mía.

—No debes hablar así.

—No puedo hablar de otra manera, Jane. Por eso es tan importante. Por favor, ven aquí.

Jane estaba decidida a no hacerlo. Se dijo que tenía que escapar; pero antes que pudiera moverse, Russ la había tomado por el brazo y la empujaba dentro del auto. Se sorprendió al ver que no se resistía hasta el momento que se encontró sentada a su lado. Entonces trató de evitar que él cerrara la puerta. Pero Russ la cerró y rodeó a Jane con sus brazos.

—No debes abrazarme así —protestó ella.

—¿No recuerdas lo que me prometiste, Jane?

Ella sacudió la cabeza.

—¿No haces promesas que no piensas cumplir, verdad, Jane?

—No sé de qué estás hablando.

—Sí que lo sabes. No habrás olvidado lo que me prometiste la otra noche.

Jane apartó la mirada, convencida de que no debía permitirse hablar.

—Prometiste dos cosas, Jane. Prometiste no contarle nada a nadie y que me dejarías verte otra vez. ¿No es verdad, Jane?

—Pero no puedo verte ahora —protestó ella—. Por favor, déjame ir.

—¿Lo has contado a alguien?

Ella dijo que no.

—Es bueno saber que cumpliste tu promesa, Jane —dijo él, aliviado—. Estuve preocupado.

Russ puso el coche en marcha. Al sentir el movimiento del auto, ella trató de abrir la puerta, pero Russ se lo impidió. Tomó por una calle oscura, evitando las luces de la ciudad. Pasaron varias cuadras antes que él le dirigiera la palabra otra vez.

—No quiero que sientas que te estoy forzando a hacer esto, Jane —dijo él mirándola a la escasa luz del auto. Ella miraba hacia adelante—. Me gustaría creer que quieres escucharme. Te hablo muy en serio porque es importante. ¿No entiendes, Jane?

—No me parece bien que me obligues a quedarme en el auto.

—Pero es que solo así puedo conseguir que me escuches. —Atravesaron lentamente las afueras de la ciudad. Las luces de las calles habían quedado atrás y algunas de las casas ya estaban a oscuras—. Traté de verte anoche; pero no saliste de tu casa. Esperé casi hasta la medianoche.

Pronto estuvieron fuera de la ciudad, en una calle sin asfaltar; y al cabo de unos minutos, Russ dobló por una estrecha callejuela y estacionó el auto al borde de un baldío. Apagó las luces y encendió un cigarrillo.

—Supongo que te estás preguntando por qué estaba yo tan interesado en que subieras al coche y que vinieras aquí —dijo él, hablando rápidamente. Esperó a que ella dijera algo; pero Jane permaneció silenciosa—. Tenía que verte, Jane. No podía esperar más. Todo el tiempo que te esperé anoche frente a tu casa estuve pensando en lo que significas para mí. No te lo podía decir en la ciudad, hace un rato, porque me hubiera llevado mucho tiempo y hubieran podido vernos. No es posible que nos vean conversando juntos de esa manera... por lo menos, no es posible todavía. ¿Comprendes, verdad?

Ella no pudo evitar preguntarse qué era lo que él quería explicar; pero no se resolvía a mirarlo. Ahora que estaban solos, Jane se sentía contenta de estar allí. Trató de rechazar ese pensamiento; pero recordaba haberse sentido desdichada durante los días pasados.

Russ fumaba nervioso y luego aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—No sé qué hubiera hecho si no te hubiera visto esta noche, Jane. Estaba desesperado.

La rodeó con sus brazos y ella no hizo ningún esfuerzo para detenerlo. Al principio su cuerpo estaba tenso y rígido; pero cuando los brazos de Russ la

apretaron, perdió el miedo y aflojó los músculos.

—¿Has estado enamorada alguna vez, Jane? —le preguntó, hablando rápido—. ¿Sabes lo que eso significa?

Russ sintió que la cabeza de ella se movía contra su hombro.

—No —contestó con voz casi inaudible.

—Jane —murmuró Russ, apretándola contra sí de tal manera que ella pensó que podía oír latir su corazón—, tengo que tenerte. No me importa lo que digas. Tú me perteneces. ¿Comprendes, Jane? He pensado en ti constantemente desde aquella noche en el estadio y he decidido que debo ganarte cueste lo que cueste. Te estoy previniendo. De ahora en adelante ya sabes lo que puedes esperar.

—No —dijo ella, asustada por los pensamientos que le atravesaban la mente. Trató de alejar a Russ para pensar qué debía hacer; pero Russ la apretó con fuerza y le hizo sentir contra la boca la cálida humedad de sus labios. Se apartó por un momento—. No, Russ —gritó, pero después ya no pudo evitarlo.

En el instante en que él comenzó a besar sus labios palpitantes, Jane sintió que perdía la voluntad para resistirse. Cerró los ojos, sometiéndose, porque comprendió que le era imposible detenerlo y que tampoco lo deseaba. Por primera vez en su vida, Jane sintió que poseía algo. Comprendió que algo había cambiado, al recordar cómo había luchado aquella última tarde en el estadio para evitar que él le hiciera el amor; y no se sorprendía al sentirse tan sumisa ahora.

Después de aquello, aceptó que nunca sería enteramente feliz con ningún otro hombre. Russ la había estado besando durante largo rato; impulsada por su deseo le devolvió el beso por primera vez.

Estaba tan asombrada por lo que había hecho y tan excitada por la sensación, que pasaron varios minutos antes de que se diera cuenta de que Russ le estaba hablando.

Russ hablaba rápido y en un tono suplicante.

—Jane, no sé cómo decírtelo, pero tienes que escucharme. Tengo que decirte cuánto te he necesitado desde esa primera vez que estuvimos juntos. He tratado por todos los medios de convencerme de que debo renunciar a ti; pero nada consigue hacer que mis sentimientos cambien. Ahora sé lo que antes no entendía. Estaba muy solo aquella tarde y te necesitaba. Ahora es diferente. Todavía estoy solo; pero es porque sé que nadie puede ocupar tu lugar; y no seré feliz hasta que pueda tenerte conmigo. Al principio quería hacerte el amor porque eres hermosa y deseable, pero ahora te necesito porque te amo. Estoy contento de que no te hayas entregado aquella vez, porque me hiciste comprender que te deseaba porque te amaba. ¿Comprendes, Jane?

—Pero yo no debo... y tú tampoco —dijo ella mirando a Russ y tratando de mostrarse persuasiva—. No debes hablar así, Russ. Estás casado. No sería justo. Estás casado, Russ. —Apretó su cara contra la de él—. No sé qué pensar. Yo también te quiero. Pero sé que no debo. No sé qué pensar. No sé qué hacer.

Él le puso las manos sobre los hombros y la apartó, mirándole los ojos. Ella trató

de evitar su mirada, pero había algo en él que la hacía obedecerle.

—Jane —dijo él, hablando rápido como acostumbraba—, sabes que somos el uno para el otro. Ahora nada podrá impedirlo. No tenemos salida. Tenemos que estar juntos, Jane. Eres mía y yo soy tuyo.

Jane cerró los ojos sintiendo cuánto lo necesitaba.

Russ le oprimió los hombros.

—Jane, si me divorcio de mi mujer, ¿te casarás conmigo?

Jane se quedó sin respiración.

—¡Divorciarte de tu esposa... para casarte conmigo!

—Sí, Jane. Te hablo seriamente. ¿No comprendes lo que te estoy diciendo? Quiero casarme contigo, Jane. ¿Serás mi esposa si yo consigo el divorcio?

Era increíble que un hombre quisiera divorciarse de su mujer para casarse con ella. También era increíble que alguien quisiera casarse con ella... Jane Crockett, la hija de Chism Crockett, la hermana de Vickie Crockett, la cuñada de Nobby Hair. Pero todavía podía oír las palabras de Russ resonando en el aire, y se dijo que era verdad, después de todo.

—En cuanto renuncie nos iremos de aquí, Jane. Conseguiré un empleo mejor, también. Trataré de emplearme en una universidad. Es lo que siempre he querido. Siempre quise estar en un lugar donde se pudieran escalar posiciones, y rápido. Tú serás una gran ayuda para mí, porque eres joven y hermosa; y eso me dará una mejor oportunidad para conseguir el empleo que quiero. Nunca fui feliz con mi mujer, desde el primer año, porque no tenemos nada que nos una. Yo no sabía lo desdichado que era hasta aquella noche, en mi oficina. Entonces supe que tenías que ser mía. Eres todo en el mundo para mí. ¿No ves cuánto significas para mí, Jane?

—No sé qué decir, Russ —dijo ella, con una sensación de calma. Había pensado de repente que era mayor y capaz de comprender lo que Russ le estaba diciendo—. Me gustas. Creo que no lo supe hasta esta noche. En realidad, me gustaste un poco aquella noche en el estadio; pero yo tenía miedo. Quería quedarme contigo, pero eso también me asustaba. Ahora ya no tengo miedo. Pero hay algo más. Estás casado. No me parece bien apartarte de tu mujer. No hago más que pensar en lo que sentiría si fuera ella. Eso cambia las cosas, Russ.

—Nada de eso importa, Jane, y no puedes ponerme obstáculos. No lo permitiré.

—No sé —dijo ella, insegura—. No sé qué pensar ahora.

—Di que te casarás conmigo. Eso es todo lo que tienes que hacer.

—No puedo decirlo... y menos ahora.

—¿Por qué no?

—Porque primero tengo que pensarlo. Nunca soñé que realmente querrías casarte conmigo.

—¿Me prometes que lo pensarás muy seriamente... más seriamente de lo que hayas pensado nunca antes?

—Sí, Russ.

—Muy bien, Jane. ¿Me contestarás dentro de pocos días... muy pocos días?

Ella asintió.

—Ninguno de nosotros será feliz con otro después de esto, Jane. Recuerda esto.

—Me da lástima tu mujer, Russ.

—Dejemos ahora mismo de tenerle lástima a nadie. Seamos felices, Jane. Esto es demasiado maravilloso para estropearlo. Tenemos derecho a unirnos. Yo ya no puedo esperar más. Tengo que tenerte, Jane.

—Pero dijiste que esperarías unos días, Russ.

Russ la besó y una vez más ella se sintió dócil y sometida entre sus brazos. Tuvo deseos de besarlo, despreocupada de las consecuencias.

Era más de medianoche cuando emprendieron la vuelta. No hablaron durante el viaje de regreso. Estuvieron muy juntos y miraron los haces de luz del auto que cortaban la oscuridad. Cuando el auto se detuvo frente a la casa, se quedaron un rato callados y luego, todavía sin hablarse, se besaron como si nunca más se fueran a ver.

Russ la dejó en la puerta y cerró la puerta detrás de ella. Ella permaneció con la mano en el picaporte hasta que oyó arrancar el coche, y luego se dirigió lentamente a su habitación. Había hecho la mitad del camino cuando reconoció la voz de Nobby. Sonaba colérica y cruel. Repentinamente, toda la casa pareció llenarse con esa voz. Jane se detuvo. El corazón le golpeaba dolorosamente en el pecho. Oyó el débil llanto de su hermana y luego otra vez a Nobby que la insultaba. Tapándose los oídos con las manos, corrió a su cuarto y se tiró sobre la cama. Ya no oía a Nobby, pero pensaba aterrorizada que si se casaba con Russ le sucedería lo mismo. Se quitó las manos de los oídos a tiempo para oír gritar a Nobby, y luego la voz de su hermana implorándole que no la golpeará. Jane se incorporó y miró la puerta que separaba las dos habitaciones. Cuando ya no lo pudo soportar corrió al vestíbulo y llamó al abuelo.

El abuelo salió de su dormitorio con su largo camisón de franela y apretándose la barba contra el pecho.

—¿Qué pasa, Jane? —preguntó inquieto.

—¡Abuelo, por favor, haz que Nobby deje de pegar a Dorisse! —dijo llorando—. ¡No lo puedo soportar! ¡Por favor, háblale!

El abuelo la llevó otra vez a su cuarto y se sentaron en la cama. La voz de Nobby sonaba más fuerte y odiosa que nunca.

—Hace un rato golpeé a su puerta —dijo el abuelo—, pero ella me pidió que me fuera. Dijo que todo estaría bien en seguida.

—¡Pero le está pegando, abuelo! ¡No lo puedo soportar!

El abuelo no dijo nada; Jane lo abrazó y se puso a llorar contra su pecho. Él la palmeó cariñosamente, y al cabo de un rato Jane lo miró.

—Abuelo, me voy de casa.

—¿Por qué, Jane? —No parecía sorprendido—. Dime por qué, Jane.

—No puedo soportar más nada de esto... la forma en que Nobby trata a Dorisse. Tengo miedo que a mí me suceda lo mismo, abuelo. —Apretó el brazo—. ¡No quiero

que me pase a mí!

—¿Qué te hace decir eso, Jane? —preguntó—. ¿Cómo podría sucederte a ti?

—Tuve una cita con Russ Thornton esta noche. No era exactamente una cita, pero subí a su coche cuando venía de la casa de Maud Flowers y fuimos hacia el campo. Creo que lo quiero y él también me quiere. Entonces... entonces Russ me pidió que me casara con él. Si se divorcia de su mujer. No sé qué hacer ahora. Tengo miedo. Podría maltratarme como Nobby. —Miró al abuelo mientras lo abrazaba con fuerza—. ¡Tengo que irme, abuelo! ¡Tengo miedo de casarme con él si me quedo aquí!

—¿Realmente quieres irte de casa, Jane?

—Sí, abuelo. Quiero irme.

—¿Y crees que es eso lo que debes hacer?

—Sí, abuelo.

—No es fácil abrirse sola un camino en el mundo, Jane. Lo sabes, ¿no es cierto?

—Sí; pero no me importa. Cualquier cosa es mejor que quedarse aquí ahora, porque... porque no podré evitar casarme si me quedo.

—¿Dónde irás si te vas, Jane?

—A casa de tía Susana. El último ómnibus de la noche me hará llegar allí a la mañana —dijo ella—. Me permitirá quedarme con ella y terminar el colegio. Estoy segura.

—Yo también sé que lo hará. Pero ¿con qué dinero te irás? —replicó el abuelo.

—Tengo quince dólares ahorrados. El ómnibus cuesta solo unos pocos dólares. Me sobrará bastante.

—No tengo un solo centavo a mi nombre —dijo el abuelo con tristeza—. Me gustaría poder darte algo. —Le acarició el cabello—. Una muchacha de tu edad no tendría que irse de casa, Jane. No es lo mejor que puede hacer. —Calló durante un momento antes de volver a mirarla—. Pero tal vez sea para bien; tengo la sensación de que tu madre hubiera estado de acuerdo con que te fueras. Creo que ella comprendería. Recuerda que la vida está llena de cosas buenas y que tú puedes tener tu parte en ellas. Lo importante es elegir las que realmente quieres y luego luchar para ganarlas. Podrías equivocarte casándote con Russ Thornton, y sin embargo el matrimonio puede ser una de las cosas buenas de la vida, aunque no lo haya sido para tu hermana. Si vuelves para casarte con él, sé que es porque estás segura de tu corazón.

Salió de la habitación y atravesó el vestíbulo. Jane se apresuró a guardar alguna ropa en una pequeña valija. Estaba de pie junto al tocador cuando el abuelo volvió. Traía su reloj de oro en la mano.

—Esto es para ti, Jane —le dijo—. Quiero que lo tengas. Es todo lo que tengo en el mundo para darte y quiero que lo vendas lo más caro que puedas. No será mucho, pero el dinero que recibas te ayudará. Estoy contento de tener todavía esto para darte. Guárdalo en la cartera y véndelo tan pronto como puedas.

—Siempre pensaré en ti, abuelo —dijo mientras lo abrazaba con los ojos llenos

de lágrimas—. Tal vez algún día vuelva y tú todavía estés aquí. ¡No te mueras, abuelo! ¡Por favor, no te mueras y me dejes sola en el mundo! ¡Por favor, no te mueras nunca, abuelo! ¡No quiero quedarme sola!

Levantó su valija y salió corriendo por el vestíbulo, mientras la voz de Nobby sonaba brutal a sus espaldas. El abuelo la siguió hasta la puerta y se quedó allí, apretando su larga barba blanca; tiempo después que dejaron de sonar los pasos de Jane.

CAPÍTULO XVIII

Hacía una hora que Dorisse esperaba que Ross volviera del Tribunal, y cuando atravesó la puerta y la encontró sentada en su oficina eran más de las cinco, y oscurecía rápidamente. Encendió las luces, tiró el sombrero sobre una silla y dejó el portafolio sobre el escritorio. Al volverse para mirar a su hermana lo primero que notó fue la desusada palidez de su rostro y sus manos que se retorcían nerviosas, una dentro de la otra. Dorisse trataba de sonreír a través de sus lágrimas cuando él acercó una silla y se sentó a su lado. Pensó que sabía por qué la había encontrado llorando en su oficina, y en lugar de interrogarla, esperó que ella hablara. Después de un rato, Dorisse levantó la cabeza.

—¡Oh, Ross! —gritó.

Él le tomó una mano.

—Ross, no sé qué será de mí.

—¿Tan mal está todo? —dijo él sonriendo y tratando de darle ánimos.

—Sí —dijo ella solemnemente.

Ross se apoyó en el respaldo de su silla y la miró preocupado. Al mismo tiempo, no quería que ella se diera cuenta de su inquietud.

—¿Te mandó a buscar dinero otra vez?

Ella lo miró apenas antes de bajar la cabeza y continuó con los ojos fijos en sus manos.

—¿Hizo eso, Dorisse?

—Sí —contestó ella, casi sin voz.

—Ha llegado el momento de ponerle fin a todo esto, Dorisse —dijo él, apoyándose en cada palabra como para darles fuerza. Después ya no pudo ocultar su preocupación—. No podemos permitir que esto continúe. La situación es peligrosa. Tenemos que hacer algo. ¿Lo comprendes, verdad, Dorisse?

—No sé —replicó ella con un sentimiento de impotencia. Cerró los ojos y movió la cabeza, confusa—. Pero yo quiero ayudar a Noble.

—Supongo que no vale la pena que te diga otra vez, como no sé cuántas otras veces, que Nobby no merece ayuda de nadie... ni siquiera de ti, Dorisse. Nobby se ha convertido en un sujeto peligroso. Debería estar encerrado en alguna institución. Cuando un hombre se encuentra acorralado como él, ya no se puede saber lo que hará; y no importa quién sea responsable de su situación. Por eso te digo que es peligroso. No deberías volver con él, Dorisse.

Ella continuaba con los ojos cerrados y las lágrimas le corrían por sus mejillas.

—Déjame que te mande a alguna parte, Dorisse. Donde Nobby no te pueda encontrar para abusar de ti como lo hace ahora. Es la única manera que tienes de poder pensar tranquilamente cómo saldrás de esto. Mientras él esté cerca tuyo, continuará dominándote y abusándose de ti. ¿Me harás caso aunque solo sea esta vez? ¿Te irás en seguida?

Ella se cubrió la cara con las manos y permaneció sentada en silencio largo rato. Ya no lloraba cuando miró a Ross.

—No —dijo con calma—. No puedo irme y esconderme de Noble. Es mi marido. No sería justo, Ross.

—¿Ni siquiera por tu propia seguridad?

Ella negó con la cabeza.

—No, Ross. Voy a seguir intentando hasta el último minuto.

Ross se levantó y se paró junto a la ventana mirando la creciente oscuridad. El viento hacía rodar y girar a las hojas otoñales. Comenzaba a caer una fina niebla, y ya el negro asfalto relucía tocado por los rayos de luz de los faros de los automóviles. En la vereda de enfrente cerraban las oficinas y se apagaban las luces una por una. Sintió un ligero estremecimiento al bajar la cortina metálica de la ventana.

Luego se volvió, y en ese mismo momento la puerta se abrió y entró Nobby. Ross vio a Dorisse apretar nerviosamente los brazos de la silla. Nobby recorrió el cuarto con una mirada cargada de sospecha.

—Noble... —dijo Dorisse cohibida.

—Hola, Nobby —dijo Ross elevando la voz sobre la de su hermana—. Entra. —Señaló una silla—. Siéntate, Nobby.

—Me imaginé que estarías aquí —dijo Nobby, dirigiéndose a Dorisse e ignorando a Ross.

—Noble, tuve que hablar con Ross.

—Yo lo entendí de otra manera. ¿Qué te hizo pensar que tenías que venir a verlo?

Nobby enterró las manos en los bolsillos y miró a Ross con una sonrisa torcida.

—¿Se puede saber qué estás tramando contra mí? —preguntó agresivo—. Cuando ustedes dos se juntan es porque algo va a pasar. —Se volvió hacia Dorisse—. No quiero que te vuelvas a acercar a él después de esto. ¿Me oyes? Si algo quieres saber, me preguntas a mí. Yo soy el que te dice lo que tienes que hacer. No lo quiero ver a él entremetiéndose en mis asuntos.

Dorisse estaba por decir algo, pero se detuvo a tiempo.

—Nunca podrás ser más vivo que yo, picapleitos.

—Un momento, Nobby —dijo Ross—. Basta ya de hablarle así a mi hermana. No voy a permitir que sigas abusando de ella. Hay leyes que te vendrían muy bien a ti, y el Tribunal está muy cerca. Si te vuelvo a oír amenazarla con malos tratos te voy a dar una tan rápido que no sabrás qué fue lo que te golpeó. ¿Entendido?

—Con eso no me asustas. No temo a los picapleitos como tú, que abren un agujero en la pared y caminan con túnicas creyéndose Dios todopoderoso.

—No importa lo que pienses de mí, Nobby; pero recuerda que Dorisse es mi hermana. Eso significa que me ocuparé de que ni tú ni nadie la maltrate. Piénsalo un poco.

Nobby miró a Ross con el ceño fruncido y tomó a Dorisse por la muñeca. Ella miró a Ross por un instante, indecisa; pero cuando Ross le indicó con un gesto que lo

siguiera, se levantó rápidamente y se paró a su lado. Nobby se rio en la cara de Ross.

—Espera, Dorisse —dijo Ross—. Quiero hablar con Nobby, no te vayas todavía.

—No tienes nada que decir que yo quiera escuchar, picapleitos —dijo Nobby con una sonrisa despectiva.

—Tal vez Dorisse quiera escuchar lo que tengo que decir.

—Ya has interferido más de lo que puedo aguantar. Vete a dar consejos a los idiotas que no saben nada mejor que escucharte, picapleitos.

—Dorisse, por favor, no te vayas —dijo Ross—. Arreglemos esta cuestión de una vez por todas.

Ella miró a su hermano como si fuera a quedarse, pero Nobby la empujó hacia la puerta. Dorisse salió de la oficina sin mirar hacia atrás. Nobby, con una carcajada insolente, la siguió, cerrando con un portazo que hizo temblar el edificio.

Durante todo el camino de vuelta a la casa, Nobby no le habló. Caminaron uno al lado del otro a través de la plaza y por la calle Mayor, pasando frente a la iglesia Presbiteriana. Mucho antes de llegar, Dorisse había quedado atrás y tenía que correr para alcanzar a Nobby.

En el vestíbulo las luces estaban encendidas; pero ella no vio ni al abuelo ni a su padre cuando lo atravesaron para entrar en su habitación. Nobby echó llave a la puerta y la guardó en el bolsillo del pantalón. Luego enfrentó a Dorisse, pálido de ira. Dorisse retrocedió.

—¡Creo que te dije que no te acercaras a ese hermano trapisondista que tienes! —le gritó—. ¿Qué estás tratando de hacerme... alguna trampa?

—Pero, Noble...

—¡Cállate! ¡Ahora hablo yo! ¿Qué están tramando ustedes contra mí? —Encendió un cigarrillo con manos temblorosas—. Yo sé que pasa algo. ¿Piensa acusarme de que no te mantengo? ¿O qué es? Si eso es lo que planean, más vale que lo olviden, y rápido, porque sabes muy bien lo que te haré si le permites intentar semejante maniobra. Le voy a romper la cabeza si se le ocurre hacer algo contra mí.

—Noble, fui a verlo para pedirle dinero para ti.

—¿Estás tratando de arreglarlo, no?

—Pero, Noble...

—¿Por qué le pides a él?

—Porque no sabía qué otra cosa hacer, Noble —contestó Dorisse dulcemente—. No había nadie más a quien pudiera pedirle. Tenía que ver a Ross. ¿No comprendes, Noble?

—Mientes.

—Sabes que siempre te digo la verdad.

Noble se reclinó contra los pies de la cama.

—Hay muchos otros lugares donde conseguir dinero en esta ciudad, y tú lo sabes.

—Por favor, Noble...

—¿Qué tramaban ustedes dos ahí?

—Nada, Noble. No tramaba nada contra ti.

—Mientes. Algo hacían.

—Ross habló de algo, pero yo no lo quise escuchar. Le dije que quería quedarme contigo.

—Es lo que yo pensaba. Es algo muy propio de un trapisondista como él. ¿De modo que una vez usaste la cabeza y no quisiste complicarte en sus sucios manejos?

—No quiero dejarte, Noble. Te quiero demasiado para hacerte eso.

—Él es como todos los abogados: un tramposo. Convencerían a su propia madre de que debe divorciarse si con eso ganaran algo. —Noble gritaba—. ¿Verdad o no?

Ella asintió, sin atreverse a hablar. Nobby se le acercó.

—¿Dónde está el dinero?

—No lo tengo, Noble.

—¡No lo tienes! ¿No conseguiste nada?

—Noble, no conseguí ningún dinero para ti. ¿No ves? Esperé a Ross casi una hora y él recién aparecía cuando tú llegaste. Por eso no le pude pedir. Iba a hacerlo, pero tuve miedo de pedirle mientras tú estabas allí. De veras, Noble.

—Tienes más excusas que un abogado bolsillos para guardar la plata que roba. Haces que cualquiera sospeche de ti. Estás mintiendo. ¡Y yo lo voy a saber!

Le arrancó la cartera de la mano y buscó el dinero. Después de tirar al suelo todo el contenido de la cartera, la arrojó a un lado. Entre las cosas que tiró al piso había una pequeña foto de ellos tomados del brazo. Ella quiso levantarla antes que él la pisara, pero tuvo miedo de moverse. Lentamente la fotografía fue desapareciendo ante sus ojos.

—¡No trataste de conseguir el dinero o lo escondes! —gritó—. ¡Crees que me puedes jugar sucio! ¡Yo te enseñaré!

Instantáneamente ella supo que le iba a pegar. Cerró los ojos y se cubrió la cara con las manos. Nobby la abofeteó brutalmente con la mano abierta. Ella cayó pesadamente contra una silla. El golpe quemante la solivió. Por primera vez desde que se habían casado se sintió incapaz de soportar el castigo que él le infligía. Algo en ella se rebelaba contra la voluntad de soportar tanto la indignidad como el dolor. Abrió los ojos y lo miró por un instante. Nobby era otro hombre. De repente descubrió que no había razón alguna para que este extraño la atormentara y la humillara.

Se refugió tras la silla derribada.

—Noble, sentémonos para hablar de esto —le dijo con calma—. Quiero decirte qué es lo que creo que debemos hacer. Es importante, Noble.

—¡Cállate! Ya he escuchado todo lo que me vas a decir.

—Te hablo en serio, Noble —dijo sin cambiar la voz—. Esto es importante.

Fue hasta la cama y se sentó. Dorisse cerró los ojos por un momento y apretó las manos sobre la falda. Nobby se acercó.

—¿Por qué no sigues y dices algo? —preguntó—. Dijiste que estabas loca por

hablar. Oigamos.

Ella lo miró y vio la sonrisa torcida y hosca que tan bien conocía. La embargó un sentimiento de infinita tristeza al comprobar que ya no lo amaba.

—¡Rápido! —dijo él, impaciente—. ¡Habla de una vez!

—Noble, ¡me voy!

La sonrisa desapareció de su rostro. Los ojos se le empequeñecieron.

—¿Qué? —preguntó. No podía creer lo que oía—. ¿Qué dijiste?

—Me voy, Noble.

Entre la mejilla y el ojo de Noble un músculo comenzó a contraerse.

—¡Al demonio te irás! ¿Quién te crees que eres?

—Estoy decidida. Nada me hará cambiar de parecer ya.

—¡Yo te lo voy a cambiar tan rápido que ni siquiera vas a saber quién te lo cambió!

Ella lo vio acercarse, pero esta vez no sintió deseos de suplicar. Cuando levantó la mano para pegarle, Dorisse saltó a un costado y corrió hacia la puerta. Llegaron a ella los dos al mismo tiempo, y él la hizo a un lado antes que tuviera tiempo de llamar al abuelo. Ella esperaba sentir el golpe de su mano en cualquier momento, pero él la volvió a empujar con tanta fuerza que tropezó y cayó sobre la silla.

—No puedes detenerme ahora, Noble —dijo Dorisse con tanta calma como pudo—. No puedo quedarme más contigo. Nada que hagas me hará cambiar de idea. Tengo que irme, Noble.

Noble palideció. Se mojó los labios secos con la lengua.

—¿Qué pasará conmigo si te vas? —dijo lentamente—. No puedes irte y dejarme. Tu viejo me echará a patadas en seguida. Déjame ir contigo, Dorisse. Conseguiré trabajo. Te lo juro.

Ella lo miró pero no pronunció palabra.

—No puedes irte y dejarme aquí, Dorisse —le dijo en tono suplicante—. ¿Qué será de mí? Conseguiré trabajo. Te juro que lo haré. ¿No me crees, Dorisse?

Dorisse se decía una y otra vez que, sucediera lo que sucediera, no iba a alterar su decisión. Él la miraba fijamente, pero ella no quería devolverle la mirada. Sabía que si él decía una palabra más, le iba a dar tanta lástima que le echaría los brazos al cuello para prometerle que no lo abandonaría nunca. Cerró los ojos y oró en silencio para que él no dijera nada.

Nobby miró a su alrededor. Ella había estado planchando un vestido aquella tarde y la plancha de hierro todavía estaba sobre la mesa en el rincón. En cuanto la vio, corrió a buscarla. Dorisse, al ver que se le aproximaba, trató de incorporarse; pero Nobby ya estaba a su lado. Cuando comprendió lo que estaba haciendo, Dorisse lanzó un grito con todas sus fuerzas.

El abuelo estaba golpeando la puerta con su pesado báculo de roble. Chism, que también había oído, vino corriendo desde el patio trasero para enterarse de lo que pasaba. Él y el abuelo forzaron la cerradura y entraron en la habitación. Encontraron

a Nobby de pie al lado de Dorisse. El abuelo lo golpeó con su pesado bastón mientras Chism le arrancaba la plancha de las manos. Ninguno de ellos comprendió bien lo que había pasado, hasta que Chism empujó a Nobby a través de la habitación. Fue entonces cuando el abuelo, balanceándose pesadamente, trató de apoyarse en la cama. Ante de que pudiera alcanzarla con la mano, cayó al suelo. Nobby había retrocedido hasta el ángulo de la habitación y estaba parado allí, con la espalda contra la pared. El abuelo no volvió a moverse.

—¡Nobby lo hizo! —gritó Chism señalando a Nobby con un dedo acusador—. ¡Yo lo vi! ¡La estaba golpeando con la plancha! ¡El abuelo también lo vio! ¿Verdad, abuelo? —Miró a su padre—. ¡Pa! —Se volvió, buscando a Ross—. Ross, está muerto...

—Me lo temía —dijo Ross, frotándose la cara con la mano—. Por eso me di prisa en venir. Debería haberlo hecho antes. —Miró a Jarvis—. ¡Jarvis, corre lo más rápido que puedas a lo de Ed Mitchell y telefona al médico, a cualquier médico! ¡Dile que venga rápido! —En cuanto Jarvis salió, Ross se acercó al abuelo.

—Fue su corazón —dijo Chism—. Nobby no lo golpeó. Papá cayó muerto, nada más. Su corazón no pudo soportarlo.

Nobby estaba saliendo cautelosamente del rincón.

—No lo hice adrede —dijo temblando—. ¡Lo juro, por Dios, que no quise hacerlo, Ross! No sabía lo que hacía. No quería hacerle daño.

—Nunca supe qué hacer contigo, Nobby Hair —dijo Chism—, desde el día en que supe que no querías salir a cazar conmigo. Cuando te casaste con Dorisse, pensé que tendría alguien que me acompañara cada vez que yo quisiera. Si yo hubiera sabido antes que preferías jugar al billar a salir de caza, hubiera hecho que se casara con algún otro. Pero aún después de eso te pedí, no sé cuántas veces, que me acompañaras; y nunca quisiste hacerlo.

Nobby levantó una silla y la arrojó contra la ventana. Todavía estaban cayendo los trozos de vidrio cuando Nobby saltó por el hueco y echó a correr hasta perderse en la noche.

—¡Nobby se escapó, Ross! —dijo Chism, excitado, al tiempo que corría hacia la ventana.

—Lo encontrarán —contestó Ross a su padre—. Los sabuesos del *sheriff* lo encontrarán cuando llegue la mañana.

—Lo tiene merecido; que los perros lo persigan hasta el fin —dijo Chism.

Los dos sabían que el médico ya no podía hacer nada por el abuelo ni por Dorisse cuando llegara. Ross se sentó en la cama y se tapó la cara con una mano. Al rato Chism salió de la habitación, caminando pesadamente, y se fue al porche trasero. Se sentó en la oscuridad. Después de varios minutos oyó que un auto frenaba frente a la casa y que alguien entraba apresuradamente. Oyó al doctor y a Ross que hablaban en voz baja, pero no hizo ningún esfuerzo para oír lo que decían. Sentado en los escalones en la densa oscuridad, con la cabeza abatida sobre los brazos y los ojos

cerrados, se sentía solo en el mundo.

Pasó un cuarto de hora antes de que Ross saliera al porche. Jarvis estaba con él.

—No digas nada, Ross —dijo Chism, sin cambiar de posición—. Ha sucedido lo peor. Podía haber sido peor si alguien hubiera tratado de averiguar cuánto daño podía hacerse a los Crockett. Dos de las muchachas escaparon de casa y Dorisse está muerta. Y papá se ha ido también.

Ross se sentó al lado de su padre.

—¿Qué vas a hacer, papá? —preguntó con voz serena.

Chism dijo que no sabía lo que iba a hacer.

—Jarvis vivirá conmigo de ahora en adelante —dijo.

Jarvis se acercó y se sentó junto a su padre.

—Papá trató de cargar con la culpa de todo lo sucedido —dijo Chism lentamente—, pero no era su culpa. El culpable soy yo. Esto de tener una familia era mucho para mí. Hubiera sido lo mismo con el pequeño negocio o con el empleo del gobierno que Dan Blalock me prometió. En realidad, yo nunca quise unirme a ellos; pero ellos me dijeron que más me valía hacerles caso y vender la chacra y mudarme a la ciudad, porque querían para sus mítines toda la gente que fuera posible reunir. Quisiera no haber conocido nunca a los del Klux. Ellos fueron mi ruina. Me parece que todo lo que me interesa en el mundo es salir de caza. Las únicas veces en mi vida que me he sentido feliz, fue cuando salí a cazar con los sabuesos. Algunos dirán que yo no tengo ambición; pero qué le voy a hacer si las cosas simples son las que más me gustan en la vida. Sé que debe haber mucha gente como yo; y demasiado avergonzado de su condición para admitirla, como yo. Esa fue siempre mi desgracia. Me avergonzaba ser lo que era. Yo sé que eso nos lleva muy lejos en un mundo como este, donde todos luchan para hacerse ricos o famosos o algo por el estilo. Pero ahora estoy orgulloso de lo que soy y no avergonzado de lo que no soy. Si hubiera comprendido esto veinte años atrás...

Palmeó a Jarvis en el brazo. Después, sin decir más, se agachó para atarse los zapatos, haciendo nudos, y silbó para que se acercaran los perros manchados. Liz, Rocky y Margie vinieron saltando del cobertizo, y Chism estiró el brazo para golpearlos afectuosamente antes de levantarse y salir al callejón.



ERSKINE CALDWELL (White Oak, Georgia, 1903 - Paradise Valley, Arizona, 1987), escritor estadounidense, hijo de un ministro de la Iglesia Presbiteriana, estudió en la Universidad de Virginia sin llegar a graduarse. En 1926 se trasladó a Maine y allí empezó a escribir para periódicos y revistas. En sus libros manifestó su preocupación por las miserables condiciones de vida de los campesinos sureños, a la vez que denunciaba el racismo, la violencia de género y los prejuicios de clase de aquella sociedad. En 1936 se casó con la fotógrafa Margaret Bourke-White. De sus obras, entre ellas *El camino del tabaco* (1932) y *La parcela de Dios* (1933), se habían vendido hacia 1940 más de dieciocho millones de ejemplares. En ellas se describen con humor y erotismo la miseria, la violencia y el racismo de los blancos pobres del Sur.